

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

---

COMPENDIO

DE

HISTORIA UNIVERSAL

POR

CLEMENCIA JACQUINET

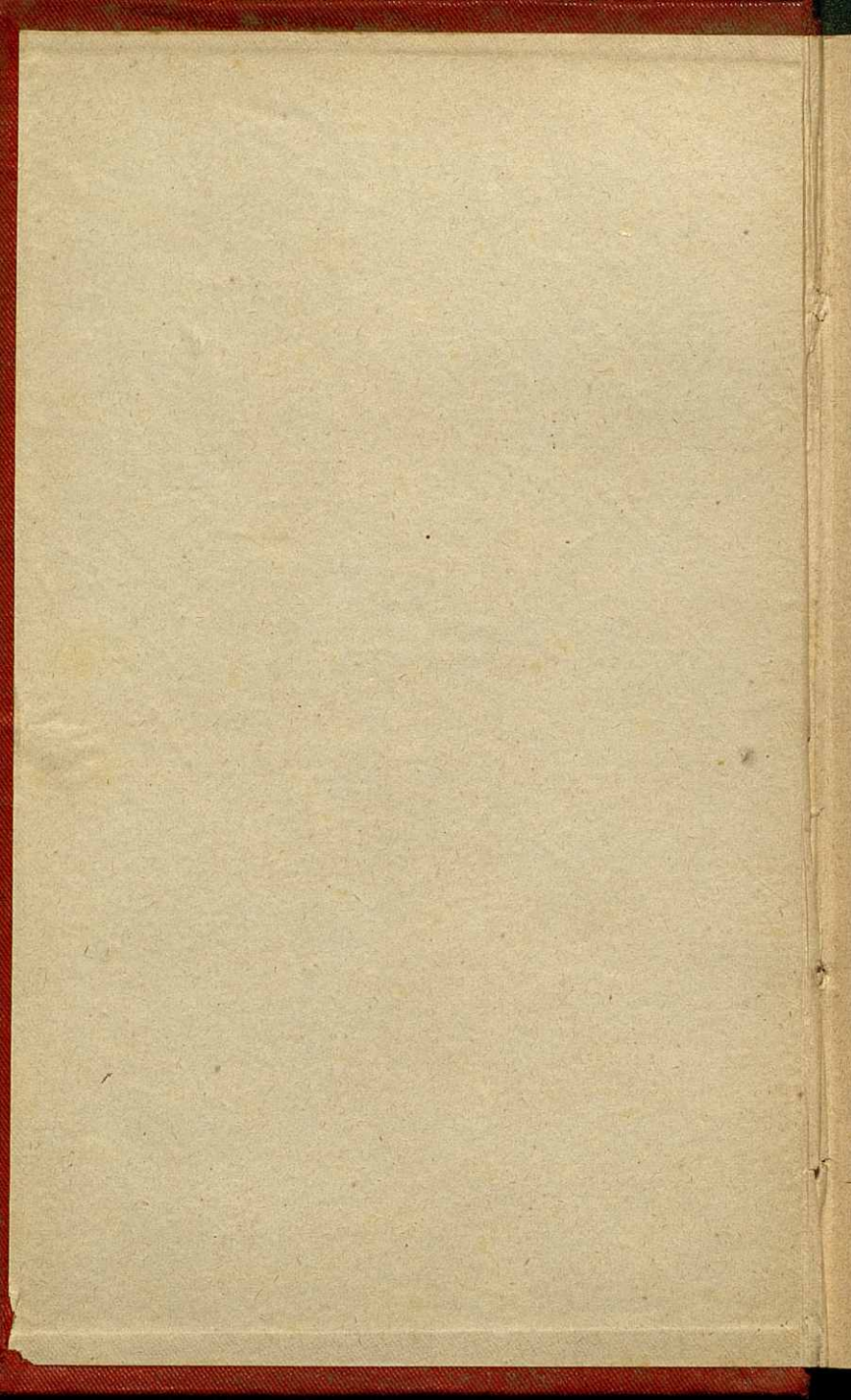
---

PRIMERA PARTE

Tiempos prehistóricos al Imperio romano



BARCELONA  
CALLE DE BAILLÉN, NÚM. 70  
1901

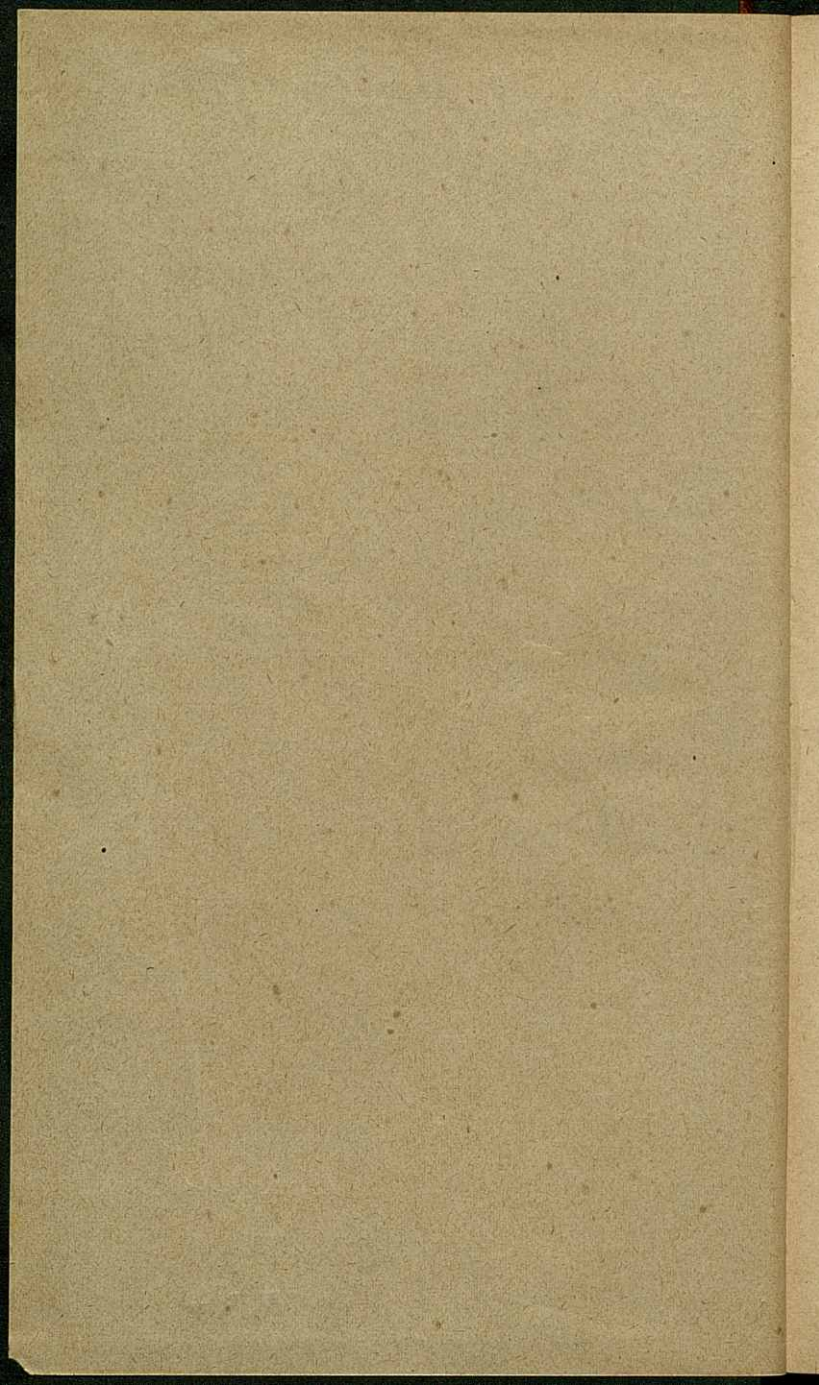


RONALDO

R. 00014

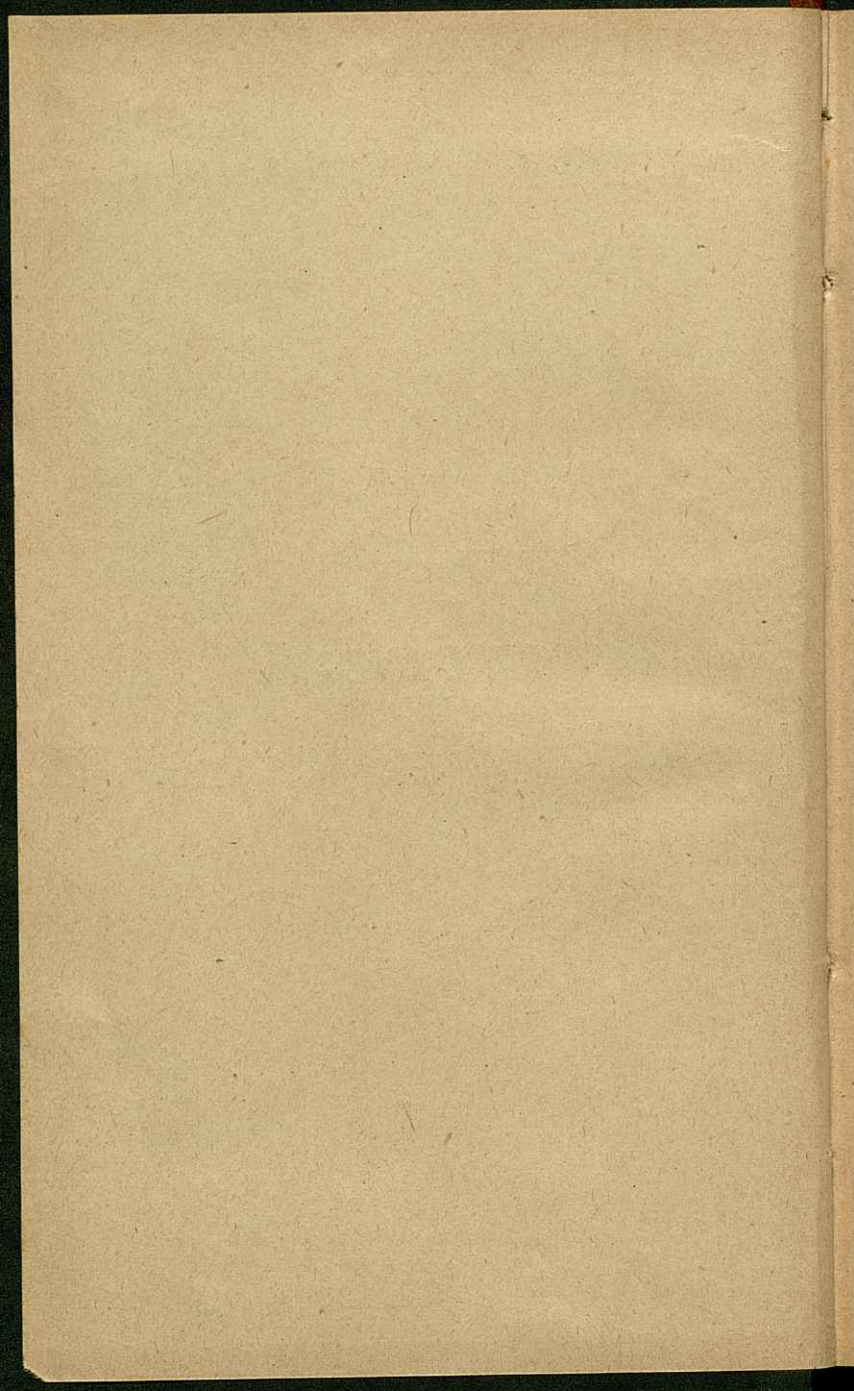
N-7/37

MEM 269



COMPENDIO  
DE  
HISTORIA UNIVERSAL

---



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

---

COMPENDIO  
DE  
**HISTORIA UNIVERSAL**

POR  
**CLEMENCIA JACQUINET**

---

**PRIMERA PARTE**

TIEMPOS PREHISTÓRICOS AL IMPERIO ROMANO



BARCELONA  
CALLE DE BAILÉN, NÚM. 70  
1901

---

ES PROPIEDAD

---

---

Imprenta de LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, 8, Barcelona.

# *LA ESCUELA MODERNA*

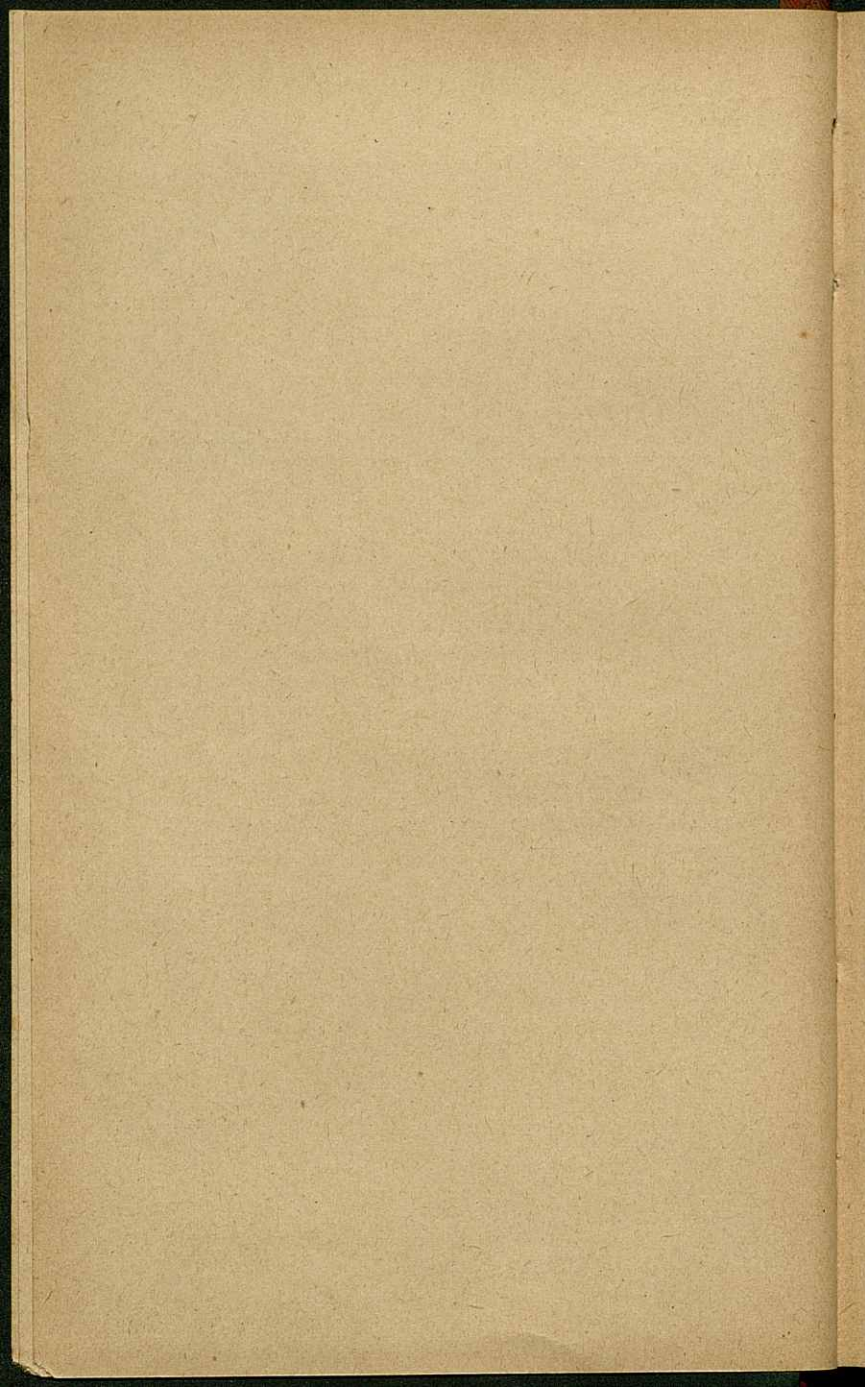
*inaugura la serie de sus publicaciones tributando homenaje de respeto á los que sufrieron y sufren durante la evolución y progreso de la humanidad y afirmando su ideal de justificación y paz.*

EL FUNDADOR

*F. Ferrer Guardia*

LA DIRECTORA

*Cl. Jacquinot*



## PREFACIO

---

Al presentar á los profesores este primer volumen de la Historia universal, juzgamos necesario exponer cómo comprendemos el estudio de la historia.

Antes se entendía por *historia* la relación de las guerras y la cronología de los reyes, reduciéndose á una glorificación de la fuerza, á la que se mezclaba oportunamente una apología religiosa, de lo cual no se desprendía ninguna enseñanza útil. Por el contrario, muchos cerebros jóvenes se apasionaron por la fama de los conquistadores, cuyas virtudes y gloria tanto se ensalzaba, y acaso más de un crimen fué el resultado de un estudio que se consideraba destinado no más á ilustrar á las nuevas generaciones con la experiencia de las ya extinguidas.

En nuestra época, hará una quincena de años, se ha iniciado el método de dar la preponderancia á la historia de la civilización, dejando obscurecida la historia política.

La tentativa era laudable y respondía á una necesidad imperiosa. Pero ¿qué se ha comprendido bajo el nombre de historia de la civilización? ¿Se trata de exponer los esfuerzos de los hombres, de todos los hombres, en su marcha ascendente hacia un porvenir mejor? No. No se ha pasado de mostrarnos el funcionamiento y los diferentes resortes de los gobiernos; la extensión del comercio, es decir, de la explotación del hombre por el capital, del vasallaje del dinero; se nos habla mucho también de las elucubraciones altamente fantásticas de los fundadores de religiones y de su supuesta acción bienhechora sobre la humanidad.

En ese nuevo género de historia la civilización se ha

empequeñecido hasta no comprender más que la historia de los conductores de los pueblos, no de los pueblos mismos, y, en sus concepciones más atrevidas, como previsión del porvenir, no excede apenas el nivel de las repúblicas actuales.

Por nuestra parte comprendemos de muy distinto modo la historia de la civilización: tomando á los hombres á su aparición sobre la tierra, nos esforzamos en reconstituir la vida real con todas sus luchas, sus sufrimientos y sus progresos; procuramos también descubrir la malicia de todos los explotadores: guerreros, legisladores, sacerdotes, y de todo el conjunto de engaños que sufren los pueblos, los verdaderos, los que trabajan, deducimos una enseñanza completa y severa que instruya á las nuevas generaciones en el conocimiento de sus verdaderos derechos y de sus verdaderos deberes: que sea una escuela de fraternidad universal, una prenda de paz para los hombres honrados y una causa de terror y espanto para todos aquellos que intentasen avasallar á sus hermanos.

Mas para que esta enseñanza dé todos sus frutos, conviene no empezarla hasta el momento en que la inteligencia de los niños y su sentido crítico tengan el suficiente desarrollo para comprender un estudio de puro razonamiento. Aconsejamos, pues, que se aleje la historia de las clases preparatorias. Hacia los once, ó doce años, cuando los discípulos han adquirido la facultad de observar, es ya tiempo de hablarles de los hombres que les precedieron y les prepararon el camino.

Aquí nos detenemos: nuestro intento consiste en indicar nuestro método, no en desarrollarlē; réstanos manifestar que recibiremos con gratitud cuantas observaciones y críticas se nos dirijan, y que en la continuación de este trabajo tendremos especialísimo empeño en no perder jamás de vista el sentimiento altamente liberal y verídico que debe dominar en una historia universal de los hombres.

CL. JACQUINET

## I

### **Tiempos prehistóricos.—Época de la piedra cortada y de la piedra pulimentada.**

Cuando hace frío, cuando reina un viento fuerte ó cuando cae la lluvia, parécenos bien tener una casa que nos cobije, ropas que nos abriguen y una buena comida que restaure nuestras descaecidas fuerzas. Lo mismo que cuando hace demasiado calor, en el estío, nos place encontrar la misma casa que nos resguarde de los rigores del sol.

Pero los hombres no siempre han tenido casas, ni vestidos adecuados, ni alimentos bien apetitosos; necesario ha sido que ellos mismos descubrieran los medios de procurárselo todo.

Hace largo tiempo, más de cuarenta siglos, que los hombres comenzaron á saber vivir en poblados ó ciudades; y si nos remonta-

mos á una época probablemente cien veces más remota, también encontraremos hombres en la tierra, pero muy diferentes de lo que somos hoy.

La tierra misma era otra. No se veían en ella las mismas plantas ni los mismos animales; el clima también difería del nuestro, y los continentes y los mares tenían diferente forma. Ciertos sitios donde hoy se elevan montañas, estaban ocupados por océanos; otros terrenos, ahora invadidos por las aguas, estaban secos y cubiertos de vegetación.

Como la historia de la tierra es objeto de una ciencia especial, llamada Geología, que estudiaremos aparte, aquí nos ocuparemos solamente de la Historia propiamente dicha, de la historia del hombre.

En otros tiempos, los hombres eran todavía demasiado ignorantes de las cosas de la Naturaleza para trazar su propia historia; sin embargo, como sentían el deseo de explicarse su origen, inventaron todo género de fábulas acerca del mismo.

Ahora, las ciencias naturales han adelantado mucho; sabemos con precisión cómo

se producen los fenómenos de la vida; hemos aprendido á conocer nuestro cuerpo y el de los otros animales, y ha sido posible fundar una nueva ciencia que se llama Antropología, la cual nos hace conocer cuándo y cómo aparecimos en la tierra, qué relaciones nos unen á los seres que la pueblan, y qué progresos hemos realizado desde nuestro origen.

La Antropología nos enseña que el hombre es un animal como los otros; sus órganos son los mismos que los de los mamíferos, de los cuales es el representante más perfecto. Por la conformación de su cerebro y de sus miembros, pertenece al orden de los primates.

He aquí el acta de naturalización de nuestro linaje:

Rama de los vertebrados.

Clase de los mamíferos.

Orden de los primates.

Tribus { Hombres.  
Antropoides.  
Monos.  
Lemúridos.

La Fisiología nos enseña á conocer nuestros órganos; ocupémonos ahora de nuestros orígenes.

Cuando los primeros hombres aparecieron sobre la tierra, al fin de la época secundaria, el clima de las diversas partes de nuestro globo era mucho más cálido y mucho más uniforme que lo es en nuestros días. De suerte que, al principio, nuestros antepasados no tuvieron que apurarse por la cuestión de ropas ni de abrigos. Eran naturalmente muy salvajes, y disputaban penosamente el suelo y los alimentos á las fieras, tales como unos grandes lagartos dos ó tres veces más grandes que los cocodrilos, y como unos herbívoros entre los cuales cuesta trabajo reconocer á los progenitores de nuestros caballos y de nuestros bueyes.

Más adelante, después de gran número de siglos que comprenden toda la época terciaria, la temperatura fué poco á poco enfriándose hasta ser aproximadamente lo que es hoy la de Laponia. Los animales, ya hemos dicho habían sido reemplazados por otros más semejantes á

los que existen ahora en los países fríos: había entonces en las selvas elefantes gigantes, de colmillos corvos, de cuerpos llenos de pelo; osos muy feroces, de gran corpulencia, que habitaban las cavernas; rengíferos y aurochs, especie de toros salvajes muy temibles.

¡Representémonos la condición penosa de los hombres, obligados á luchar con el frío, el hambre y los animales feroces, careciendo de armas naturales, sin pelos, hasta sin fuerza en comparación de sus adversarios! ¿Cómo era posible que pudieran resistir?

Pues bien, el hombre, no solamente resistió á sus enemigos, sino que triunfó de ellos, logrando vencer al frío, domesticar á las fieras y convertirlas en animales útiles. Es admirable la historia de los esfuerzos de nuestros antecesores para conseguir tal resultado (1).

Aun se pudiera decir que si los hombres

---

(1) Evito adrede la palabra *inteligencia*, para esquivar todo equívoco de los que pueden prestarse á una interpretación en favor del espiritualismo.

de aquella época hubieran tenido garras, cuernos ó dientes poderosos, contando además con el abrigo de pieles naturales, habrían permanecido salvajes; pero tenían algo mejor que todo eso: una industria muy superior á la de todos los animales, y órganos que se convirtieron en maravillosos instrumentos de aquella industria.

Todos los seres vivientes se hallan dotados de un instinto que los impulsa á buscar los medios de conservar su vida; y es claro que, cuanto menos tienen esos medios en sí mismos, tanto más se ven obligados á buscarlos fuera de sí. Y siendo el hombre el más desprovisto de armas corporales, debió servirse de los productos del suelo para su conservación.

Lo primero que empleó fueron las piedras angulosas—sílex—con las que se hizo armas y herramientas; poco á poco aprendió á tallar el sílex, á pulimentarlo, groseramente, es cierto, para hacer puntas de lanzas, hachas, etc. Estos instrumentos eran en verdad apenas comparables á los de que hoy disponemos; con todo, si se piensa en las dificultades que debieron encontrar

aquellos obreros primitivos para tallar piedras, no puede menos de reconocerse su trabajo más admirable que el nuestro, porque es la aplicación de un esfuerzo mayor, porque representa infinitamente más dificultades vencidas.

Una vez armado, lucha el hombre con ventaja contra las fieras carnívoras, pudiendo disputarles las cavernas para abrigarse en ellas, cazar para buscar el sustento, resguardarse del frío con las pieles de los animales que mataba.

Después de la primera invención de los instrumentos de piedra, el más grande de los descubrimientos del hombre fué sin duda el del fuego; lo obtuvo haciendo brotar chispas de los sílex que labraba, y también por el frote de los leños secos.

¡Qué asombro y qué alegría el haber conquistado la luz y el calor! ¡Y qué cuidados tan grandes para conservar el fuego, tan difícil de obtener y tan fácil de apagar! Se le depositó en una caverna, al abrigo del viento, y un hombre fué el encargado de mantenerlo constantemente encendido.

Los demás hombres acudían alternati-

vamente para admirar el fuego, cuya naturaleza no comprendían; le tuvieron miedo, al mismo tiempo, y empezaron á adorarle.

De esta suerte, la admiración y el pavor causados por la ignorancia crearon el primer templo y la primera oración.

A medida que los hombres descubrían nuevos medios de disminuir su miseria y de asegurar su vida, reparaban más lo que sucedía á su alrededor; sentían una admiración cada vez más pronunciada por los fenómenos de la Naturaleza; los unos, como las tormentas, les causaban terribles pavores; las personificaban en su cándida imaginación, haciendo de ellos seres sobrenaturales cuya cólera intentaban aplacar con rezos.

Admiraban también los hermosos paisajes, los bosques, los ríos, las plantas que empezaban á utilizar; esto los condujo á adorar también la tierra, productora de tan bellas y tan buenas cosas, y al sol que la fecunda. Tales fueron los orígenes del sentimiento religioso, hijo de la flaqueza humana.

Este primer período de la vida de los

hombres es el llamado la edad de la piedra bruta, por la materia de que estaban hechos los instrumentos y por lo grosero de su fabricación.

Por fortuna, los grandes fríos no duraron siempre; los hielos acabaron por fundirse, la temperatura se regularizó, llegando á ser casi lo que es en nuestros días: cálida en el ecuador, templada á uno y otro lado de la región ecuatorial, y glacial únicamente en las regiones polares. También las estaciones empezaron á determinarse y á sucederse con precisión.

Los mamouths desaparecieron entonces; los rengíferos y los aurochs se refugiaron en las regiones polares; y la mayoría de nuestros animales actuales reemplazaron á aquéllos en las regiones habitables. Poco á poco lograron los hombres domesticar á casi todos los cuadrúpedos que criamos actualmente.

Los hombres pudieron entrar entonces, y entraron, en una nueva fase de civilización. Aprendieron á explotar las canteras de sílex y de otras piedras igualmente propias para hacer instrumentos. Además descu-

brieron que el sílex se trabaja fácilmente al salir de la cantera, cuando aun no ha perdido su humedad, y utilizaron esta propiedad para perfeccionar su fabricación; dieron á sus armas é instrumentos formas bien determinadas y las pulimentaron cuidadosamente. Verdaderos talleres se montaron en esta época, y se empezó á acudir á ellos, desde muy lejos, para surtirse. Asistimos al nacimiento de la industria y del comercio.

Pero los hombres de aquel tiempo no se contentaron con fabricar armas de piedra; emplearon también los huesos de los animales que se comían, para hacer mangos de hachas, de martillos y hasta anzuelos de pescar. Se hicieron con las astas de los ciervos instrumentos para trabajar la tierra, empezaron á hacer ensayos de cultivo. Encontraron igualmente el ámbar, que abundaba en suelo de aquella época, sirviéndoles para hacer collares, brazaletes, etc. Sabían también hacer diferentes objetos de tocador, testigo un peine de hueso que ha sido encontrado con otros instrumentos.

El arte de la alfarería fué bien pronto

conocido; el más antiguo vaso de tierra cocida se remonta á la época precedente. Esos primeros vasos eran todavía muy pesados, muy groseros; no obstante, se perfeccionan y empiezan á recibir adornos. Se ha dicho que para conocer el grado de civilización de una tribu de aquella época, es suficiente examinar su cerámica.

Por otra parte, esos trabajos suponen que los hombres de aquel tiempo no vivían aislados unos de otros; habían comenzado por formar familias, cuyos miembros, haciéndose cada vez más numerosos, constituyeron tribus y después grupos de tribus.

Entonces aparecieron las ceremonias que acompañan los actos importantes de la vida.

La Naturaleza ha proporcionado al hombre los primeros modelos de sus futuros monumentos. En efecto, en todos los países donde el suelo está formado de granito ó gredas, las capas de piedras no han permanecido compactas, sino que, por efecto de los movimientos de la tierra se han roto en bloques más ó menos grandes, dispuestos en todos sentidos, ya en pie y aislados, ya

reposando unos en otros, hundidos todos en capas de arenas. Ahora bien, las lluvias, muy violentas en aquella época, arrastraron la arena, y los bloques surgieron á la superficie presentando las más singulares formas; unas veces enormes piedras derechas, aisladas, dispuestas en avenidas, ó en circos, ó cubriendo espacios considerables; otras veces acostadas horizontalmente y sostenidas por fragmentos de rocas, de manera que formaban mesas. Algunas veces también formaban verdaderas salas angostas, largas y bajas.

Como los hombres eran todavía muy feroces, creían ser agradables á las divinidades inventadas por ellos, y en las que suponían los mismos sentimientos que á ellos animaban, ofreciéndoles víctimas que degollaban sobre las piedras de los sacrificios, llamadas dolmens.

Las salas naturales les sirvieron de lugar de sepultura para los muertos. No tardaron en adquirir la costumbre de construir salas semejantes y recubrirlas de tierra; esas colinas funerarias llevan el nombre de túmulos. Allí depositaban los hombres á sus

muertos, en la actitud encogida que es todavía la de los salvajes de nuestro tiempo, colocando cerca de ellos los objetos que les habían pertenecido.

Este segundo período de la vida humana se llama edad de la piedra pulimentada, y marca un gran progreso relativamente á la época anterior.

Pero no debe creerse que esos períodos se sucedieran á la manera de las estaciones, es decir, que uno estuviera completamente acabado al empezar el otro. Esa creencia sería enteramente inexacta. Los perfeccionamientos necesitan tiempo, tanto para producirse como para generalizarse. Los nuevos instrumentos de piedra pulimentada y de hueso, como los aparatos que se inventan en nuestros días, reemplazaron poco á poco á los antiguos; y más tarde hemos de ver los cuchillos de piedra sirviendo mucho tiempo todavía, cuando ya el hombre sabía labrar los metales.

---

## II

### **Desventura del hombre primitivo.—Primeras manifestaciones del ingenio humano.**

Hemos hecho notar en el anterior capítulo, cuánto tiempo es necesario para que un progreso en la industria se generalice y llegue á reemplazar definitivamente á la antigua manera de trabajar. Insistiremos de nuevo en este punto á propósito del descubrimiento del bronce; las armas é instrumentos de todas clases que se hicieron con esta aleación metálica, fueron muy escasas al principio; después se fué haciendo su uso más y más frecuente; pero esto no impedía que los hombres siguieran empleando las herramientas de piedra, no sólo al mismo tiempo que las de bronce, sino después que el hierro fué conocido.

Intentemos hacer comprender cómo se descubrieron los metales. Créese que el oro

fué el más antiguamente conocido, porque existe en estado de pureza casi en la superficie del suelo. Los habitantes de Europa lo recogían en los ríos de Germania, de Suiza y de Francia; una corriente de agua de los Pirineos, el Ariège, hasta le debe su nombre.

En Asia igualmente había ríos auríferos; pero de donde principalmente se extraía el precioso metal, era de los montes Urales. En América existía en gran abundancia el oro.

Sin embargo, por carecer de la necesaria dureza, el oro no se prestaba bien á la fabricación de herramientas. Apenas se han recogido algunas joyas de oro que datan de aquella época.

Otro metal que se encuentra algunas veces en estado nativo, cuyos brillantes yacimientos se distinguen fácilmente de la tierra, es el cobre. Se le encuentra poco en estado de pureza, en tanto que sus compuestos se hallan muy esparcidos en el suelo de Europa y de Asia.

Los americanos solamente encontraron cobre puro en bastante abundancia para hacer sus instrumentos y utensilios.

En Europa se encontraron también en la misma época numerosas minas de estaño, advirtiéndose que los yacimientos de cobre y de estaño están casi siempre asociadas en la Naturaleza.

Resultó de ello que los hombres fundieron juntos estos minerales, y así obtuvieron el bronce, el cual es un compuesto de cobre y de estaño que posee preciosas cualidades por la facilidad con que se le trabaja.

En efecto, el bronce enfriado bruscamente se hace muy duro; pero calentándolo de nuevo se ablanda lo suficiente para ser trabajado á martillo; además, templándolo segunda vez por medio del agua fría, recobra toda su primitiva dureza.

Para fabricar los objetos de bronce, los primeros metalúrgicos abrían un hoyo en el suelo; llenábanlo de leña ardiendo, y ponían en medio un vaso de tierra con los minerales de cobre y de estaño; después pasaban la aleación fundida por moldes de arena, y en seguida hacían la operación de templar el metal.

Había talleres establecidos en sitios fijos,

muy renombrados, que enviaban sus productos bastante lejos; pero también existían en buen número fundidores ambulantes, que viajaban á la manera de los caldereros, llevando su material consigo, los cuales eran muy hábiles en su profesión.

Estos obreros, no solamente fabricaban objetos macizos, también sabían revestir de un tenue baño de bronce las armas de piedra. Sabían igualmente refundir los objetos viejos dejándolos como nuevos.

Se ha encontrado una cantidad crecida de puñales, hachas, lanzas, horquillas para el pelo y alhajas de bronce.

Fundiendo el bronce, realizaron los hombres otro descubrimiento. Las materias que entran en la composición de los minerales de cobre y de estaño, al desprenderse de estos metales, se juntaron á su vez y formaron el vidrio.

Este vidrio, casi siempre coloreado de verde ó de azul, fué empleado para los adornos personales, al mismo tiempo que el ámbar, conocido desde mucho antes.

Los hombres continuaron igualmente fabricando potes y perfeccionándolos; sabían

cocerlos al horno, darles una forma elegante y adornarlos con diversos dibujos geométricos; algunos de esos vasos estaban recubiertos de un barniz de grafito.

Lo principal en alfarería eran unos grandes vasos destinados á conservar las provisiones de granos y de frutas, así como los líquidos fermentados. Otros, con agujeros, servían para fabricar el queso. Había también una especie de soportes para los vasos de fondo cónico; por último, se han encontrado botones de tierra cocida y clavijas destinadas á tender los hilos en los telares y á tejer el lino.

Eso indica que los hombres habían aprendido ya á cultivar la tierra y sabían hacer brotar algunas plantas preciosas, entre ellas el lino. Más adelante hablaremos de la agricultura; para acabar con la industria, diremos que ya se fabricaban entonces telas de hilo, hilos, bramante, cuerdas, cables de corteza, redes y cestas de paja y de mimbre.

Había también artistas que dibujaban con una punta de bronce, ya sobre huesos, ya sobre pizarras, unas figuras de animales

que se reconocen fácilmente; otros se dedicaban á la escultura.

Casi al mismo tiempo que se hizo el descubrimiento de los metales, empezaron los hombres á abandonar las cavernas y á construirse habitaciones. Las más curiosas, indudablemente, son las que establecieron sobre las lagunas y los lagos, llamadas habitaciones lacustres.

Para edificarlas, empezaron por clavar enormes troncos de árboles en el fondo del lago; sobre esos pilotes fijaban una tabla sólida, que unían á la orilla por medio de un puente estrecho, y encima de la tabla edificaban las chozas, á veces en gran número.

Las chozas ó cabañas, hechas de madera y revestidas de tierra, tenían una puerta y un agujero en lo más alto del techo. En medio de la choza estaba la piedra del hogar. Porque los hombres hacía tiempo que se habían familiarizado con el fuego y se servían de él para los usos domésticos. El humo salía por la abertura del techo. También practicaban en el suelo un escotillón ó trampa, y cuando querían pescar, levantan-

taban la trampa, echaban al agua un cesto por medio de una cuerda, y lo recogían lleno de pescados.

Las habitaciones lacustres ofrecían la ventaja de poner á los hombres al abrigo de todo ataque por parte de las fieras.

Para llevar á sus casas los productos de la orilla, tenían piraguas; las hacían ahuecando troncos de árboles y eran muy semejantes á las que usan los salvajes de Oceanía.

Otros hombres vivían en tierra firme; eran los que se dedicaban á la agricultura y á la cría de ganados.

Cultivaban el trigo, y sobre todo la cebada, la avena y el lino. Tenían huertos y jardines donde cosechaban frutas y legumbres.

En Europa, las principales frutas eran manzanas, peras, ciruelas, moras, frambuesas, ayellanas y castañas. Las hortalizas eran guisantes y lentejas. En el Norte se cultivaban los nabos y las coles.

En Asia se cosechaban el trigo, el arroz, el té, albaricoques, melocotones, peras, plátanos, etc.

En América, las plantas más antiguamente cultivadas fueron la batata (no hay que confundirla con la patata), el mate, la coca, el tabaco, el cacao y el maíz.

Se elaboraban tortas groseras tostando los granos, que se trituraban en seguida poniéndolos en un vaso ligeramente mojado; después cocíanse las tortas colocándolas entre piedras caldeadas.

Los pueblos del Norte sabían emplear la lana en la confección de sus vestidos; los otros se vestían de lino. Usaban camisas, capas amplias, chales y gorros. Se cuidaban mucho los cabellos, haciéndose unos gorros de dimensiones exageradas.

Pero desconocíase el aseo, lo que exponía á muchas y espantosas enfermedades que no se sabían curar.

Nuestros antepasados primitivos comían y bebían con exceso; al principio consumían cruda la carne de los animales, más tarde apenas cocida. Su gran regalo consistía en comerse el tuétano contenido en los huesos, hendiéndolos á lo largo para extraerlo.

Era en suma una vida muy triste y muy grosera la que hacían los hombres de la

edad que nos ocupa; vida llena de penalidades, peligros y toda suerte de males, que tenían su fuente en la ignorancia. El cuadro de todas esas miserias nos hace sentir mejor la obligación que tenemos de instruirnos todo lo posible, á fin de aumentar cuanto podamos la ventura de la humanidad.

---

### III

#### **Las primeras guerras.—Principio de la explotación del hombre por el hombre.**

Después de haber hablado de los trabajos de los primeros hombres y de sus progresos sucesivos, debemos examinar un aspecto doloroso de la vida de nuestros antepasados.

Parece que entre todos los riesgos que los rodeaban, hubiérales sido indispensable unirse para el trabajo común; pero en todos tiempos ha habido hombres menos inteligentes y menos hábiles que los otros. Estos, entregados únicamente desde el origen á la brutal ocupación de la caza, no temían atacar á sus semejantes con tanto furor como ponían en la lucha con las fieras, ya para arrancarles su presa, ya para devorarlos.

Más tarde tribus enteras, que no habían

sabido cultivar la tierra ni trabajar la piedra y los metales, cayeron sobre los trabajadores pacíficos para apoderarse del producto de su industria. Al principio, aquellos estúpidos conquistadores mataban y exterminaban sin merced tribus enteras; pero bien pronto notaron que no tenían obreros y que les convenía, siendo más fuertes, obligar á los inteligentes y á los hábiles, poco amigos de la guerra, á trabajar para sus vencedores; los redujeron á la esclavitud, los maltrataron, dejándoles apenas lo preciso para no morir de hambre é imponiéndolos todo género de privaciones. Los condenaron á trabajos duros, imaginando que ellos eran hombres superiores á sus víctimas; sin dejar de ser feroces, se hicieron orgullosos.

Su avidez, su pérvida necesidad no tuvieron límites. Para ellos se forjaron las primeras armas de bronce, y, como se reservaron la posesión de este metal, no lo emplearon en instrumentos de labranza; los aperos de los agricultores continuaron haciéndose con astas de venado. Para ellos se fabricaron las joyas y la más bella cerá-

mica; para ellos se criaban los rebaños y se recogían los granos y las mejores frutas.

Sin embargo, el sentimiento de la justicia, de la dignidad personal, se dejaba sentir algunas veces con bastante fuerza para determinar á los esclavos á rebelarse contra aquellos que los sujetaban á la servidumbre, pero como no disponían de armas suficientes, sus levantamientos no lograban libertarlos. Entonces los opresores redoblaban sus malos tratos, su crueldad imbecil.

Con todo, los vencedores no estaban tranquilos, pues demasiado comprendían que los esclavos serían más fuertes en número si hubieran querido ó sabido unir todas sus fuerzas. En efecto, habrían podido recobrar las armas que ellos habían hecho, reconquistando así la libertad. Y viendo los tiranos que la fuerza bruta acabaría por ser insuficiente, recurrieron á la astucia para mantener su tiranía.

Hay que decir que ellos mismos tenían que temer las embestidas de otras gentes, de tribus igualmente ávidas y belicosas, y que, para conservar sus posesiones, debieron librar más de un combate. Idearon,

pues, persuadir á sus esclavos de que eran para éstos unos protectores, que derramaban su sangre para permitirles que trabajaran en paz. Más tarde llegaron á convencerlos de la necesidad de que se batieran ellos mismos para defenderlos.

¿Qué podían unos hombres, todavía ignorantes, concedores apenas de los rudimentos de las artes manuales, para resistir á tanta astucia?

Pero no fué esto solo. Explotando siempre su ignorancia y su buena fe, se inventó todo un sistema de opresión moral, de explotación del miedo y de la esperanza, para sujetarlos más fácilmente al yugo. Tal fué la religión.

Hemos visto que cuando estuvieron algo más adelantados en civilización, hacia la época de la piedra pulida, sintieron los hombres desarrollarse en ellos los instintos artísticos; empezaron á experimentar placer en la contemplación de los hermosos espectáculos naturales, á ver y observar los fenómenos físicos; algunos de los mejor dotados compusieron cantos para celebrar la belleza del sol, de las estrellas, de los bosques, etc.,

y estos cantos eran escuchados con admiración por los demás y aun repetidos con acompañamiento de danzas.

Entre los oyentes de los primeros poetas, los hubo sobrado astutos y de bastante doblez para asentar su dominación por medio de aquellas poesías que excitaban tanto entusiasmo. Transformaron las alegorías, haciendo de los astros, de los vientos, de las aguas, personajes que obraban según una voluntad á imagen de la de los hombres; y forjaron dioses creados sobre tal modelo y por su imaginación. Para cada uno de ellos inventaron una historia prodigiosa, y acabaron por conseguir que se aceptara la creencia de que invocando aquellos seres sobrenaturales y ofreciéndoles sacrificios, podían obtenerse sus favores ó apartar su cólera. Diéronse por mensajeros de los dioses, probando su misión por sedicentes milagros, fáciles de hacer pasar como tales ante hombres sencillos que se encantaban ó se espantaban de cualquier cosa.

Así nació el sacerdote, que se asoció al conquistador para afirmar su poder injusto, cruel y tiránico, explotando la ignorancia y

la credulidad del mayor número. Divulgaron por todas partes que los dioses los habían hecho nacer para gobernar el mundo. Pronto la locura de su orgullo se hizo tal, que exigieron adoración para ellos mismos como si fueran dioses.

Para dominar á los hombres no retrocedían ante ninguna violencia; los dividieron en castas; los enseñaron á aborrecerse y á huirse. No permitieron que el pensamiento del hombre se desarrollara, ni que los hombres se comunicaran libremente los unos con los otros, por temor de que se descubrieran sus supercherías. A lo que se aplicaron fué á mantener vivas la ignorancia y la superstición. Nada de progresos, fuera de los que les hacían agradable y fastuosa la existencia á costa de la miseria y sufrimiento de los que llamaron súbditos.

Desde aquella época fatal, la historia no es otra cosa que el relato de la perpetua lucha de los tiranos para oprimir á los pueblos contra los pueblos ansiosos de reconquistar su libertad y establecer la justicia. Lucha no terminada, y que necesita la unión de todos los hombres de corazón para

que triunfen la verdad y el bien. La mejor de las armas de combate, la única verdaderamente eficaz, es la ciencia, que defiende á los buenos del dolo de los malos.

Hemos terminado el estudio general del largo período que se ha llamado prehistórico, que quiere decir «antes de la historia». Vamos á tratar ahora de cada pueblo en particular, volviendo sobre lo que hemos dicho, para dar más detalles sobre las costumbres de cada nación, y para exponer después lo que sabemos de notable en los tiempos históricos, esto es, desde la fundación de las primeras ciudades.

## IV

### Época histórica.—Edad de hierro.—Egipto primitivo.

No todos los hombres han llegado al mismo tiempo á igual grado de civilización; al principio de los tiempos históricos, hemos de ocuparnos del pequeño número de pueblos que precedieron á los demás en la invención de artes nuevas y en el perfeccionamiento de las ya conocidas. Nos referimos á los primeros que supieron edificar ciudades y que, habiendo imaginado la escritura, pudieron conservar sus pensamientos y su historia en libros ó en monumentos.

Los primeros pasos hacia la ciencia, los primeros esfuerzos de la industria, aquel arte de la construcción que se desarrollaron al mismo tiempo que el conocimiento del hierro, hubieran sido un gran bien para la humanidad si todos los trabajadores hu-

biesen podido gozar igualmente de los frutos de su ingenio; pero ya hemos visto que la gran mayoría de los hombres, los amantes de la paz y del trabajo, los mejores, habían caído bajo la dominación de los astutos y de los crüeles. Empezando por ser jefes de clases ó de tribus, algunos de estos malvados llegaron á la absorción de todo el poder, de todo el mando; mandaron primero en nombre de los dioses que ellos habían fabricado para atemorizar á los pueblos, para aterrorizarlos; después se entendieron con los jefes militares, que compartieron con ellos la autoridad tomando los títulos de reyes ó emperadores.

Habiéndose hecho dueños absolutos de todas las naciones, ya no se contentaron con vivir en simples cabañas, é hicieron edificar ciudades en las cuales mandaron construir palacios para ellos, y tumbas monumentales, cuyas ruinas todavía admiramos hoy. También hicieron elevar templos, más hermosos aún que los palacios, para enseñar en ellos toda suerte de patrañas y las supersticiones más groseras, por medio de las cuales mantenían á los pueblos en la

obediencia; el miedo y la ignorancia imponían á las gentes una infame esclavitud. Debe comprenderse que el temor á los supuestos dioses había de ser muy grande, puesto que millones de hombres, y durante siglos, han trabajado sin descanso, bajo el látigo, soportando miserias y todo género de privaciones, para crear la fortuna de un puñado de bárbaros sin piedad. Aquella pretendida civilización, ante la cual se tiene la costumbre de caer en éxtasis, representa en realidad la más ignominiosa barbarie, el más profundo rebajamiento de la conciencia y la dignidad humanas.

Los primeros pueblos que tuvieron una historia precisa, fueron:

En Africa, los egipcios.

En Asia, los caldeos, los sirios, los fenicios, los hebreos, los persas, los indos, los chinos y los japoneses.

En Europa, los griegos y los romanos.

Vamos á tratar sucesivamente de cada una de estas naciones; pero es necesario entender bien: 1.º que todos esos pueblos vivían al mismo tiempo; 2.º que no eran los

solos únicos habitantes de la tierra, pues á la vez existían muchos otros pueblos, cuyo estado de civilización se acercaba más ó menos—y con frecuencia se alejaba mucho—del de las naciones históricas.

Se puede dividir á los pueblos antiguos en dos grupos:

1.º Los que vivían en la costa del Mediterráneo ó en sus cercanías (egipcios, fenicios, caldeos, sirios), y cuya civilización se ha extendido hacia el oeste, en Europa y costa mediterránea del Africa.

2.º Los que han permanecido puramente asiáticos (chinos, japoneses).

Comenzaremos por hablar de los pueblos del primer grupo, ya que han sido los primeros inventores de las artes y los primeros literatos del mundo antiguo.

## HISTORIA DE EGIPTO

1.<sup>a</sup> PARTE.—*Desde los orígenes hasta el fin de la XIV<sup>a</sup> dinastía.*

Egipto está situado al nordeste de Africa. Es una tierra como arrancada al desierto por su río único, el Nilo, que ha hecho de

ella un oasis. Compónese de un estrecho valle, encerrado entre dos cadenas de montañas, más allá de las cuales se extienden los desiertos Líbico, al oeste, y Arábigo, al este.

El Nilo corre por en medio de este valle; cuando entra en él, ha recorrido ya tanto camino que los antiguos no conocieron jamás su nacimiento; hace apenas medio siglo que se le descubrió.

Después de haber regado todo el valle de Egipto, las aguas del río se encontraban con las del Mediterráneo que anegaban la costa; pero el Nilo arrastraba una gran cantidad de arena y tierra que arrancaba á las mesetas de Abisinia, y, como todos los ríos que desaguan en los mares interiores, depositaba cada año en su desembocadura los materiales suficientes para crear una tierra nueva.

La arena amontonada dividió las aguas, y mientras las del Nilo se repartían en gran número de ramas, que se dirigían al mar en forma de abanico, las saladas del Mediterráneo se encontraron aprisionadas á trechos, formando las lagunas y marismas de

la costa. Esas grandes lagunas tienen pescado abundante, siendo todavía muy activa allí la pesca. La tierra comprendida entre las dos ramas más externas de las que forma el Nilo, y el mar, constituyen un delta cuya altura aproximada es la quinta parte del curso del río en Egipto.

La geografía enseña que el Nilo es un río de crecidas periódicas, que antes se desbordaba libremente sobre las dos riberas, haciéndolas así más fértiles al depositar en ellas la tierra que arrastraba y proporcionando la humedad necesaria en un país donde ahora llueve rara vez y antiguamente no llovía jamás.

Los primeros establecimientos fijos que existieron en esta comarca estaban situados en el valle superior del Nilo, llamado Alto Egipto; más tarde en el Egipto Medio; por último fué habitado hasta el Delta mismo.

Los reyes de Egipto usaban el título de faraones. El más antiguo que se conoce, Mini, hizo edificar á Menfis en el Alto Egipto, donde reinaron después que él otros muchos príncipes. Andando el tiempo, los faraones abandonaron á Menfis para fijarse

en Tebas; otros, después, dieron el rango de capital á Xoís, en el Delta, patria de su dinastía.

Estos reyes hicieron ejecutar á los egipcios obras de canalización del Nilo, para encauzar las inundaciones periódicas y hacer que desaparecieran los pantanos y las charcas. Hacían extraer del suelo granito para construir recipientes, lo cual era útil, y palacios, templos, sepulturas, lo cual era tiempo y trabajo perdidos. Para ejecutar aquellas construcciones, era preciso empezar por establecer caminos, á fin de transportar bloques de piedra enormes, arrastrados por hombres hasta el río, donde los embarcaban.

Todo ello constituía un trabajo muy dificultoso, dado que las máquinas eran aún desconocidas y las fuerzas del hombre habían de suplir á todo. Se emplearon cientos de miles de obreros, muriendo muchos de fatiga y del mal trato, pues se les trataba con mucha menos humanidad que la empleada hoy con los animales domésticos más desdichados. En tanto que los obreros daban sus vidas por construirles, al faraón

y á los príncipes palacios suntuosos, á los sacerdotes templos inmensos, ellos no poseían otra morada que un lugar infecto que no merecía ni el nombre de cabaña. Su alimentación estaba reducida á algunos panes y habas, ú otras legumbres, en cantidad insuficiente. Al caer agobiados de fatiga, se les forzaba á latigazos á ponerse en pie y á seguir trabajando como bestias.

Eran, sin embargo, unos obreros admirables; supieron hacer construcciones como no existen otras parecidas; sacaban del suelo y tallaban bloques de granito de un tamaño fabuloso; erigían columnas de una altura de 40 metros para sostener los techos de los edificios; colocaban en avenidas delante de los templos obeliscos hechos de una sola piedra, más altos que árboles, y, verdaderos montes de granito, construyeron las pirámides, panteones de sus reyes. En los obeliscos y en los muros de los edificios, esculpían ó dibujaban las escenas de su vida con insuperable semejanza: precisamente descifrando sus dibujos y las inscripciones que los acompañaban, se ha comprobado que los egipcios conocían bastante

bien todas las artes industriales; sabían fabricar vasos de vidrio, tejer tapices muy bellos, trabajar la madera y el cobre, elaborar telas de lino, alhajas y el papel, que fabricaban con las hojas de una planta llamada papyrus.

Si ha de comprenderse bien el carácter de las obras magníficas de aquel pueblo, es necesario conocer los motivos que le hacían edificarlas; pero debemos reconocer que la causa distaba mucho de valer lo que el efecto, pues era únicamente la superstición.

Tenían los egipcios un gran número de dioses, representados bajo las formas más raras, mitad hombres, mitad animales; cada ciudad tenía el suyo, reconociendo además al dios que adoraba el rey; este dios variaba si el rey cambiaba de capital; por eso, mientras los faraones residieron en Menfis, tuvo Phtah la presidencia de la corte celestial, pero después fué destronado por Ra, y este último por Amón.

En ciertos lugares adoraban á animales comunes, como el buey Apis, representante del dios-sol Osiris; al cocodrilo; al gato, des-

structor de las ratas que infestaban el país; al ibis, comedor de serpientes.

Allí donde se adoraba al cocodrilo, ponían á este espantoso animal en un templo, sobre una preciosa alfombra, y lo alimentaban como á un príncipe en lugar de cazarlo, que hubiera sido infinitamente preferible; ¡pero resultaba tan cómodo hacer pasar por dios á un animal dañino y amenazar al pueblo con su cólera! Se podían realmente citar casos de la irritación del dios.

El buey Apis debía ser negro, con señas particulares consistentes en figuras de animales en el pecho y en el lomo. Esta divinidad no siempre era fácil encontrarla, siendo de presumir que los sacerdotes pondrían á veces la mano en la vestimenta que se decía natural. Cuando lo encontraban, el hallazgo se celebraba con fiestas, y después se le permitía vivir veinticinco años con los más altos honores. Por fin se le mataba, si él no se moría de vejez. ¡Y todo el pueblo lloraba!

Pero la creencia más curiosa de los egipcios era la referente á ellos mismos. Pensa-

ban que cada uno de ellos se componía de dos seres, uno visible, y el otro, simple sombra del primero, que empezaba á vivir cuando llegaba la muerte del ser corporal. Se entregaba el segundo, en los espacios inferiores del universo, á todas las ocupaciones que el difunto prefería, teniendo las mismas necesidades de alimentación, vestidos, etc. De tiempo en tiempo se le antojaba volver para vivir en su antiguo cuerpo, á lo que se debe el cuidado que ponían los egipcios en la conservación de los cadáveres; los embalsamaban y les edificaban sepulcros, verdaderas casas construídas en parte bajo tierra (hipogeos). Después se ocupaban en proveer á las necesidades del doble ser. Nada más fácil: bastaba figurar en los muros del hipogeo todas las diferentes escenas de la vida del difunto; se representaba allí á sus esclavos labrando sus terrenos, preparando sus comidas, arreglando sus ropas, etc. Se le veía á él mismo entregado á sus placeres, á los que tuvieron su preferencia en vida. Y resultaba milagrosamente poseyendo en el otro mundo todo lo que aparecía representado en las paredes

de su panteón. Estas creencias en el otro mundo y en el doble ser, esto es, el alma del muerto, eran ridículas; su único lado bueno ha sido el conservarnos la historia de los egipcios pintada por ellos mismos.

No hay que decir que tales tumbas estaban reservadas á la nobleza y á la burguesía de entonces; los trabajadores infelices no tenían derecho á semejante honra; en materia de religión, no se les daba más que lo exactamente preciso para explotarlos mejor.

Los faraones habían dividido el país en provincias llamadas *nomes*, y al pueblo en castas ó clases, determinadas rigurosamente. La primera de las castas era, naturalmente, la sacerdotal; los que la formaban vivían de las limosnas públicas, exactamente como los clérigos de ahora, siendo además tan avaros como éstos é igualmente ingeniosos en todo género de artimañas lucrativas.

Habiendo inventado ellos mismos la religión, es claro que no creían en ella; mantenían entre sí relaciones misteriosas y habían ideado una escritura que ellos solos cono-

cían, los jeroglíficos ó caracteres sagrados; pero éstos al fin salieron del santuario y fueron estudiados por una clase especial de personas llamadas escribas, que fué muy pronto el plantel donde los reyes buscaron sus administradores, sus enviados diplomáticos, sus dignatarios y funcionarios civiles, y á veces los militares. La carrera de escriba era la que llevaba más seguramente á los honores y á la fortuna.

La casta de los guerreros venía después de la de los sacerdotes, y de ella salieron las familias ó dinastías de los faraones. El primer faraón de cada dinastía se decía hijo de un dios, y para que su descendencia no viniera á menos, á él también se le divinizaba después de su muerte.

Aquellos faraones vivieron en un lujo insolente, del que apenas podemos formarnos una idea. Pocas personas tenían el derecho de acercárseles, y todavía los dichosos que veían su faz habían de observar las reglas de una etiqueta rigurosa que marcaba estrechamente la distancia entre ellos y «Su Santidad», que así se calificaba á sí mismo el ridículo potentado. Se le tributa-

ban, según parece, los mismos honores que al sagrado cocodrilo; pero de los monstruos, el menos malvado era ciertamente el último.

Los jueces (porque había una justicia en aquel tiempo, y se parecía bastante á la de nuestros países), eran unas veces sacerdotes, otras veces funcionarios. Los mercaderes, médicos, ingenieros, arquitectos, formaban la burguesía de aquel tiempo.

En cuanto al pueblo mismo, á los artesanos, lo mejor que podemos hacer para que se vea las condiciones en que trabajaban, es transcribir la mayor parte de la carta de un escriba á un hijo suyo, escrita para hacerle preferir la carrera literaria:

«He visto al herrero trabajando en la boca del horno. Sus dedos son rugosos como los objetos de piel de cocodrilo; es más hediondo que una hueva de pescado. El artesano en metales, ¿tiene más descanso que el labrador? Sus campos son la madera, sus instrumentos el metal. En la noche, cuando ya se le supone libre, sigue trabajando; después de todo lo que sus brazos

han hecho durante la jornada, por la noche vela con su antorcha.

»El cantero trabaja la piedra dura. Cuando ha terminado la faena de su oficio, y con los brazos cansados, busca el reposo; como está doblado y encogido desde que sale el sol, tiene rotas las rodillas, torcido el espinazo.

»El barbero afeita desde la mañana hasta la noche; sólo cuando se pone á comer puede apoyarse en el codo para descansar. Va de casa en casa en busca de clientes, y se rompe los brazos para llenar el vientre, como las abejas que se comen el producto de sus labores.

»El barquero baja hasta Natho para ganar su salario. Cuando acumula tarea sobre tarea, cuando ha matado gansos y flamencos, y ha sudado su trabajo, apenas llega á su casa cuando tiene que irse de ella.

»Te diré que al albañil lo acecha la enfermedad, pues siempre está expuesto á la intemperie, trabajando penosamente, fijo á los capiteles en forma de loto de las casas. Gástanse en el trabajo sus dos brazos; sus vestidos se desgarran; él mismo se consume

y no se lava más que una vez al día. Se humilla por agradar; es un peón que pasa meses y meses en las vigas de un andamio, colgado á los capiteles en forma de loto de las casas y haciendo allí todas las obras necesarias. Cuando recibe su pan, vuelve á su casa y maltrata á sus hijos.

»El tejedor, en el interior de las casas, es más desgraciado que una mujer. Tiene las rodillas á la altura de su corazón; no goza del aire libre. Si deja un solo día de fabricar la cantidad de tela reglamentaria, queda sujeto como el loto de los charcos. Solamente sobornando á los guardas de las puertas logra ver la luz del día.

»El armero trabaja con exceso, padece mucho, al salir para los países extranjeros; da una gran suma para sus asnos, da una no menor para alojarlos cuando se pone en camino. Apenas llega á su casa por la noche, tiene que volverse á ir.

»El correo, antes de ponerse en viaje, hace testamento por temor á las fieras y á los asiáticos. Si se va, su miseria le pesa.

»El tintorero, cuyos dedos apestan con el hedor de los pescados podridos, tiene los

ojos fatigados; sus manos no descansan; pasa el tiempo cortando harapos; sus vestidos son horrorosos.

»El zapatero es un desgraciado; mendiga eternamente; su salud es la de un pez reventado; para alimentarse, tiene que roer el cuero.

»¡He visto la violencia! ¡he visto la violencia! Por eso inclino tu corazón á las letras. He observado los trabajos manuales, y en verdad te digo que no hay nada más allá de las letras. Como se hace en el agua, sumérgete en el libro; en él encontrarás este precepto: «Si el escriba estudia á Silsilis, la inactividad corporal no pesará sobre él; á él es otro quien lo harta; no se mueve, reposa».

»He visto los oficios; por eso quiero que ames la literatura. Es más importante que todos los oficios; no es una palabra vana; al que quiere sacar provecho de ella, desde su infancia, se le honra; se le envía á desempeñar misiones. El que no entra en ella queda miserable. No es como en los oficios que te he señalado, en los cuales el compañero desprecia al compañero. Al escriba no

se le ha dicho nunca: trabaja para fulano; haz esto ó no hagas aquello.»

Se ve por las líneas anteriores que en todos los tiempos han sido desgraciados los trabajadores, y menospreciados por los mismos á quienes su trabajo enriquecía. Hay que recordar su ignorancia y los terrores que se les inspiraban deliberadamente, para no decir que sus males eran justos, puesto que los sufrían sin rebelarse.

Pero su obediencia muda y servil no les bastaba á los faraones; todavía no se encontraban éstos bien hartos de riqueza y poderío; anhelaban el título de conquistadores, esto es, de ladrones y asesinos en grande escala.

Para los primeros de entre ellos, no fué cosa fácil. Había al sur de Egipto, en Nubia, pueblos nómadas y salteadores que hacían incursiones y operaban razzias en el país vecino. Para impedir las, ciertamente habría bastado una buena vigilancia en la frontera, mas esto, á los reyes, les parecía muy poco. Uno de ellos invadió su territorio y empezó á hacerles la guerra; los otros

la continuaron, siendo al fin vencedores; impusieron á los vencidos tributos onerosos consiguiendo hacérselos pagar. Pero á cada nuevo reinado se rebelaban los nubios, y era preciso recomenzar la guerra, que duraba casi tanto tiempo como la vida del soberano. Por fin un faraón llamado Pepi logró vencerlos definitivamente.

Para dar una idea del carácter hipócrita de los faraones y de las atrocidades que cometían, citaremos el relato de la expedición hecha por el general vencedor.

«Este ejército iba en paz: entró como le plugo en el país de los hirushaitus.

»Este ejército iba en paz: arrasó el país de los hirushaitus.

»Este ejército iba en paz: aportilló todos los recintos fortificados.

»Este ejército era de paz: cortó las higueras y las viñas.

»Este ejército iba en paz: incendió todos los trigos.

»Este ejército fué en paz: exterminó soldados enemigos por miriadas.

»Este ejército de paz se llevó los hombres, las mujeres y los niños en crecido número, como prisioneros vivos, de lo que se alegró «Su Santidad» más que de todas las cosas.»

Si el faraón se alegró tanto de que le llevaran prisioneros vivos, fué porque, á fuerza de imponer á su pueblo trabajos abrumadores y guerras interminables, veía disminuir el número de sus vasallos; y pensó obligar á sus prisioneros, á unos al trabajo, á otros á incorporarse á su ejército. ¡Puede suponerse con qué blandura los trataría!

Pero importaba que el faraón no desmereciera de sus antepasados, para lo cual se hacía necesario que tuviera en su activo cierto número de templos nuevos, así como su propia pirámide funeraria; el uso establecía que ésta se empezara el año mismo de su advenimiento al trono. En cuanto al horror de hacer combatir á hermanos contra hermanos, ¡ah! eso era lo que le importaba menos.

Terminaremos esta primera parte de la

historia de Egipto, mencionando el hecho de que, á pesar del rebajamiento del pueblo, sus sufrimientos eran tales para edificar los monumentos, que la memoria de Menkeri, el faraón por cuyas órdenes se construyó la gran pirámide, ha llegado á nosotros cargada de anatemas de toda la nación.

---

## V

### **Continuación de la historia de Egipto.—Las guerras y las conquistas.**

La parte de Asia comprendida entre el Asia Menor, el Cáucaso y el mar Caspio al Norte, el golfo Pérsico y los desiertos de Arabia al sur, la península del Sinaí y el Mediterráneo al oeste, la habitaban pueblos diversos que no tardaron en guerrear contra los egipcios.

Unos, como los caldeos, estaban desde fecha inmemorial en posesión de una civilización muy avanzada; otros, como los sirios, vivían cultivando un suelo fértil; por último, los cananeos eran pastores nómadas, excepto los fenicios, que crearon una civilización adelantada.

Los caldeos vivían en un país regado por dos grandes ríos, el Tigris y el Eufrates, que tienen su origen en Armenia, al sur del

Cáucaso, y van á desaguar al golfo Pérsico. Ahora se han reunido, no lejos de la desembocadura, formando un solo río; pero en la época de que hablamos, las aguas del golfo llegaban hasta el punto en que cesan de ser distintos. El suelo de Caldea no contiene piedra ni granito á una profundidad accesible al hombre, sino que está formado por una tierra arcillosa de que los habitantes se sirvieron para hacer ladrillos con los cuales construían sus viviendas y todos sus edificios. Su arquitectura es digna de admiración, aun siendo muy inferior á la de los egipcios. Por otra parte, el tiempo los ha destruído bien pronto, no presentando ya los templos y los palacios más que montones de informes ruinas.

Eran mucho más hábiles en el arte de la joyería, en los muebles esculpidos y en la fabricación de tejidos de lana y de lino.

Poseían una escritura jeroglífica, llamada cuneiforme á causa de la forma de las letras; nos han dejado inscripciones y una literatura interesantes.

En supersticiones apenas diferían de los otros pueblos; però su dios principal era la

luna; adoraban dioses medio hombres, medio animales, representándolos en estatuas: toros alados con cabeza de hombre, pescados con rostro humano y pies al extremo de la cola. Sus prácticas religiosas entraban en la esfera de la brujería.

Fueron los caldeos los que imaginaron la leyenda de la Creación del mundo en seis días y la del diluvio universal. El Noé de su diluvio se llama Xisonthros. Cuando el arca por él construída se paró en Armenia, él y su mujer fueron admitidos en la mansión de los dioses. Sus hijos volvieron á Caldea, fundando allí una dinastía de reyes á cual más piadoso y todos modelo de virtudes.

Esto es la fábula, porque la historia nos enseña que los príncipes caldeos fueron los tiranos más abominables que hayan jamás existido.

Volveremos sobre la historia de los caldeos en la época de su mayor poderío, y entonces nos extenderemos algo sobre su industria y sus conocimientos matemáticos y astronómicos.

Los sirios vivían del lado del mar Medi-

terráneo, en un país de montañas cortadas por valles admirablemente fértiles; tenían ciudades rodeadas de jardines deliciosos; la principal de todas era Gargamish. Se dedicaban á cultivar la tierra y enviaban muy lejos los productos de sus campos. Vivían en el régimen feudal, subdivididos en tribus cada una de las cuales tenía su jefe, su dios y su diosa. Se les designaba por el nombre general de Khiti.

Los khiti poseían una escritura singular, que aun no ha podido descifrarse.

Pero sucedió que su país fué invadido por los cananeos, y casi todos perecieron; apenas si una ó dos tribus pudieron sobrevivir á la invasión. Los invasores, en cambio, tomaron el nombre y la sucesión de los vencidos.

Entre estos cananeos, los más célebres son los fenicios, que ocupaban la costa misma del Mediterráneo. Merecen un capítulo aparte. Los demás vivían, á la manera de los actuales beduinos, del producto de sus rebaños, que llevaban á pacer de un sitio á otro, y también del pillaje en las comarcas vecinas.

Ahora bien, ocurrió que forasteras gentes, bajadas de las montañas vecinas de Caldea (Irán, Turkestán, etc.), se precipitaron sobre el país y obligaron á los habitantes á emigrar hacia el oeste. Los fugitivos á su vez empujaron á los cananeos que encontraron á su paso. La invasión tomó entonces dos direcciones: una parte de los cananeos se dirigió hacia la Siria, y se substituyó á los habitantes primitivos; la otra parte se metió en Egipto.

En aquella época, reinando los reyes de la XIV<sup>a</sup> dinastía, era presa el Egipto de intestinas guerras; los gobernadores de los nomes aspiraban á cambiar la autoridad absoluta de los faraones por un gobierno feudal. Gracias á aquellas luchas civiles, los cananeos no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para apoderarse del país. Empezaron por someter el Egipto al más completo pillaje. Pero pronto cayeron en la cuenta de que estaban matando la gallina de los huevos de oro, y comprendieron que se enriquecerían mucho mejor explotándola. Entonces decidieron civilizarse, aprendiendo la administración en la escuela de los

escribas egipcios. Hay que convenir en que hicieron rápidos progresos: no en balde tenían sangre de salteadores y bandidos.

Para alcanzar sus fines, comenzaron por fortalecerse militarmente, que el ejército era elemento necesario para establecer la injusticia. El faraón y los príncipes, puestos de acuerdo por la invasión, se habían refugiado en Tebas. No siendo muy de temer, el rey de los ladrones (Hig-Shason, de donde proviene Hiksos) se contentó con establecer puestos fortificados de los que el principal fué Haouson. Allí formó buenos soldados. Al Norte, se ocupó en impedir toda invasión de Egipto por los caldeos, y acabó tranquilamente la conquista militar y... administrativa del país.

Los hiksos aprendieron en la escuela de los vencidos, y aunque detestados y despreciados por los egipcios, los primeros, es decir, sus reyes, adoptaron la antigua pompa cortesana de los faraones. Bien ó mal de su grado tuvieron que sufrirlos cuando formaron la XVIª dinastía, la cual duró dos siglos; en tanto los egipcios consideran dinastía XVIIª á la de los faraones refu-

giados en Tebas durante la usurpación de los hiksos. Pero la caída de éstos no tardó en llegar. Un alzamiento decisivo, alentado como todos desde Tebas, no tardó en estallar contra los usurpadores; y los principales egipcios, guiados por Amós I, los arrojaron del país.

Entonces Amós I, fundador de la XVIII<sup>a</sup> dinastía, se ocupó en restablecer la autoridad de los primeros faraones. Con tal motivo, las guerras civiles se reprodujeron, pues los príncipes querían seguir manteniendo su dominación en las provincias asentando en ellas la autoridad feudal. El nuevo faraón los venció á todos en la persona de Titi-anon, el más poderoso de ellos.

En cuanto al pueblo egipcio, no hay costumbre de referirse á él. La historia no se interesa más que en los príncipes y en los generales. Pero podemos decir que los cambios de amo y las querellas de los grandes no hacían otra cosa que aumentar su desventura, pues en definitiva era él quien pagaba por todos. A las miserias de la paz se añadían los males de la guerra. Dejaba su sangre en los campos de batalla, veía

quemar sus viviendas, degollar sus hijos, perdidos sus ganados y cosechas, y encima era él quien trabajaba hasta la muerte para pagar el tributo. Parécenos que le sería del todo indiferente ser gobernado por un faraón ó por un hikso, pues todos igualmente se podían llamar reyes-devastadores.

Después de haber triunfado de las revueltas, los faraones recobraron todo el terreno perdido desde la invasión de los hiksos, y algo más; su poder se extendía, efectivamente, desde el llano de Senaar hasta las bocas del Nilo. Sus ejércitos eran numerosos, y el espíritu de conquista empezó á animar con insistencia á los amos de Egipto. Empezaron por el lado de oriente sus expediciones victoriosas, llevando á sus soldados hasta el Eufrates, á través de Etiopía y Siria.

Al volver de aquellas guerras, paseaban á través de Egipto las interminables filas de prisioneros y de animales tomados al enemigo, es decir, al vecino, después de haberle impuesto un tributo que pagaba hasta que, reparadas sus fuerzas, no tarda-

ba en rebelarse, y entonces volvía el faraón á campaña.

Seguían nuevas victorias, y Egipto celebraba sus triunfos en pomposos versos.

La lucha no cesó durante varios siglos, en el mismo campo de batalla. Inútil describirla: siempre los mismos robos, saqueos y crueldades cometidos por una parte y otra. Es un espectáculo desgarrador, que deshonra á los hombres; desde luego nos apartaríamos de él, si no tuviéramos antes que consignar aquí el papel de la religión en todas aquellas guerras horribles.

Los que han inventado los dioses, dicen muy alto y repiten que éstos son bienhechores de la humanidad. Sin embargo, en tiempo de guerra entre naciones, los vemos tomar parte por los unos contra los otros; el dios del faraón le «concede» la vida y los bienes de sus adversarios, y favorece de continuo la barbarie y la concupiscencia. A título de ejemplo, citaremos la epopeya de Thoutmos III, el principal conquistador de la XVIIIª dinastía. Eleva sus preces á su dios Amón, y éste le responde:

«Aquí estoy; yo te concedo que aplastes á los príncipes de Zahi; yo los echo á tus plantas á través de sus regiones; yo les hago ver tu majestad como señor de luz, cuando brillas sobre sus cabezas cual imagen mía.

»Aquí estoy; yo te concedo aplastar á los bárbaros de Asia, traer cautivos á los jefes de los Rutonús, y les hago ver tu majestad cuando te cubren tus paramentos de guerra y empuñas las armas en tu carro.

»Aquí estoy; yo te concedo que domes toda la tierra de Oriente; Kafti y Asi están bajo tu terror; yo les hago ver tu majestad, como un toro joven, firme de corazón y provisto de sus cuernos al que no se puede resistir.

»Aquí estoy; yo te concedo aplastar los pueblos que residen en sus puertos, y las comarcas de Madón tiemblan bajo tu terror; yo les hago ver tu majestad, como la del hipopótamo, señor del espanto, sobre las aguas, al que no es posible aproximarse.

»Aquí estoy; yo te concedo aplastar á los pueblos residentes en sus islas; los que viven en el seno de la mar están bajo tu ru-

jido; yo les hago ver tu majestad como un vengador que se levanta sobre las espaldas de su víctima.

»Aquí estoy; yo te aconsejo que aplastes á los Tahonou; las islas de Danaens están bajo el poder de tu espíritu; yo les hago ver tu majestad, como un león furioso que se tiende sobre sus cadáveres á través de sus valles.

»Aquí estoy; yo te concedo aplastar las regiones marítimas; todo el contorno de la gran zona de las aguas están bajo tu puño; y hago ver tu majestad como el vencedor del águila (el gabilán) que abarca en una ojeada cuanto le place ver.

»Aquí estoy; yo te concedo que aplastes á los pueblos que residen en las lagunas, que domines á los amos de las arenas (los hirushaitón); les hago ver la majestad, semejante al chacal del mediodía, rey de la velocidad, corredor que cruza á través de ambas regiones.

»Aquí estoy; yo te concedo aplastar á los bárbaros de Nubia; hasta el pueblo de Pont todo lo tienes en tu mano; yo les hago ver tu majestad, semejante á la de tus dos her-

manos Hor y Sit (los dioses), cuyos brazos he reunido para asegurar tu poder.» (*Stele de Karnak*, Maspero).

¿Es posible imaginar más acabado modelo de barbarie, de orgullo y de hipocresía? A la verdad, el dios hizo muy bien en comparar tal rey á todos los animales feroces: uno solo no bastaría para dar idea de su crueldad. ¡Estremece pensar que un hombre tal ha existido, que fué jefe de un pueblo y que fué precedido y seguido por cientos de reyes á su semejanza!

Fuera de los combates, notaremos:

La fundación del primer reino de Asur (Ashshoure) ó Asiria, en las márgenes del Tigris.

El envío de una flota por el mar Rojô, hacia la Arabia, por una reina de Egipto muy venerada (y no mejor que los reyes), y su alianza con los árabes del país de Tonutir que le ofrecieron veinte arbolillos de aroma. La reina los hizo plantar en sus jardines, creyéndose que aquel fué el primer ensayo de aclimatación.

De cuando en cuando seguían los faraones levantando monumentos, restaurando los que habían sido más deteriorados por los hiksos y procurándose obreros por verdaderas cacerías de hombres.

Datan de esta época los dos colosos de granito que han sido hallados sin cabeza, de uno de los cuales se dice que sonaba melodiosamente á la salida del sol, fenómeno que por cierto no tiene nada de misterioso.

Reinando la XVIIIª dinastía, llegó Tebas á ser una ciudad muy preponderante; su dios Amón era universalmente venerado, sobre todo en la persona del gran preste. Este gran sacerdote resolvió poner su autoridad por encima de la de los reyes, suprimiendo el culto de los dioses secundarios, y empezó á predicar que Amón era el dios único y el creador universal.

Naturalmente, los faraones lo tomaron muy á mal; uno de ellos, para vengarse y contrariar á Amón, hizo edificar otra capital, donde impuso el culto de Atón, una divinidad cualquiera sacada del olvido.

La lucha de Atón con Amón no deja de tener gracia, resultando impotente uno y

otro para probar su divinidad. Sin embargo, la victoria fué de Amón, gran protector de los exterminadores de los pueblos.

La XIX<sup>a</sup> dinastía cuenta en el número de sus primeros reyes al más célebre faraón de Egipto, Ramsés II, conquistador y arquitecto, cuya gloria no nos interesa.

Después de la conquista, la invasión. Egipto sufrió el cambio que les alcanza á todos los Estados guerreros; empezó por quedarse reducido á sus propios límites, y luego se vió invadido por pueblos nuevos procedentes del Asia Menor, en tanto que los libios, sus vecinos del oeste, hacían otro tanto. Sin embargo, el faraón Mineph-tah los rechaza; pero á despecho de las inscripciones pomposas de los monumentos oficiales, el país estaba muy debilitado. Los magnates mismos querían la paz á toda costa. Se burlaban todos del servicio militar, prefiriendo los empleos civiles. He aquí la opinión de un escriba contemporáneo:

«¿Por qué dices, le escribe á su discípulo, que el oficial de infantería es más dichoso que el escriba?»

» ¡Déjame que te pinte la suerte de ese oficial y toda la extensión de sus miserias!

» Se lo llevan desde niño para encerrarlo en el cuartel; en el vientre se le forma una llaga, otra encima del ojo, por añadidura tiene las cejas desgarradas y la cabeza llagada y cubierta de pus (la causa es el armamento). En fin, es azotado con un rollo de papyrus y quebrantado por la violencia. ¡Déjame que te cuente sus marchas hacia Siria, sus expediciones á los países lejanos! Lleva sus panes y el agua sobre su espalda, como la carga de un burro; de tal semejan su nuca y su pescuezo; las articulaciones de su espinazo están rotas. Bebe agua corrompida y vuelve á su faena. Si alcanza al enemigo tiembla como un ganso, pues sus miembros ya no le sirven. Acaba por volver á Egipto como un palo carcomido por la polilla. Si no puede andar lo echan á lomos de un burro; sus ropas se las quitan los ladrones; sus domésticos se escapan.»

Otro escriba dirige á su amigo la siguiente epístola:

«Ven acá, para que yo te diga los deberes fatigosos del oficial de carros. Cuando su padre y su madre lo ponen en la escuela, de cada cinco esclavos que posee da dos. Cuando ya está enseñado, va á escoger un tronco en las caballerizas, en presencia de su majestad; apenas ha elegido los mejores caballos, se regocija y alborota. Para llegar con ellos á su pueblo, se pone á galope, bien que sólo sirve para galopar sobre una estaca. No conociendo el porvenir que le espera, lega todos sus bienes á su padre y á su madre, y luego se lleva un carro cuyo timón pesa cinco outon, sin contar otros cinco que pesa el carro (un mal carro). Así cuando quiere poner el carro al galope, tiene que apearse y tirar del carro él mismo. Este lo arrolla, cae sobre un reptil, se refugia en la maleza, resultando con las piernas mordidas por el reptil y el talón atravesado por la mordedura. Cuando se acude á inspeccionar sus efectos, su miseria es un colmo: lo encuentran tendido en tierra y apaleado.»

Pero toda la XIX<sup>a</sup> dinastía siguió ocu-

pada en las guerras. Reinando Ramsés III hubo otra nueva invasión de los habitantes de la Libia, igualmente rechazada: «Se les coge, se les golpea, se les atan los brazos como á pájaros amontonados y se les arroja al fondo de una embarcación, á los pies de su majestad.»

Ramsés III tuvo flotas importantes; una costeó el litoral africano del Mediterráneo, la otra se dirigió por el mar Rojo hacia la Arabia, de donde volvió trayendo productos y perfumes de las Indias.

Las minas del Sinaí habían sido explotadas en los tiempos de mayor prosperidad de Egipto; después fueron abandonadas. Se volvió á mandar allá compañías de mineros.

Tales son los últimos reflejos del poder de los faraones. Egipto padecía de un cáncer interior que los faraones eran incapaces de curar. Hemos visto que para efectuar sus obras de construcción, emplearon sus prisioneros de guerra y que, aun en tiempo de paz, ejecutaban razzias para procurarse la mano de obra. Todos aquellos obreros, ya lo sabemos, estaban reducidos á la

más dura esclavitud. Pero no siempre aguantaron con paciencia el degradante yugo que sobre ellos pesaba. Algunos de ellos, procedentes de Caldea, se sublevaron, y hubo que concederles su libertad. En el mismo Egipto fundaron estos libertos una ciudad que llamaron Babilonia, como su primera patria. Los hebreos salieron en masa del país para ir á fijarse entre los cananeos.

Los restantes, mezclados íntimamente á los egipcios de raza pura, se empleaban casi todos al servicio de los sacerdotes ó del Estado, trabajaban en las canteras de construcción ó ejercían el despreciado oficio de embalsamadores.

Todos recibían un salario insuficiente, que en su mayor parte se les pagaba en panes. Se les distribuía su ración al principio de cada mes, pero apenas podían vivir quince días con tan flacas provisiones. Entonces dejaban el trabajo y se iban á las puertas de los templos, siendo perseguidos por los gendarmes como los huelguistas de nuestros días. Para mayor semejanza, dejábanse engañar por las falaces promesas de los escribas á quienes se buscaba para

tratar con ellos. Estos mismos serviles se veían precisados á declarar que los obreros tenían razón: «Fuimos á oírlos y nos dijeron palabras de verdad.»

Algunas veces, impulsados por el hambre, pensaron asaltar los almacenes, los templos ó los graneros del Estado. Pero una vez en camino, el temor y el respeto absurdo al poder que se les inspiraban desde hacía tantos siglos, recobraban su imperio sobre aquellos espíritus oscurecidos por la ignorancia y debilitados por el dolor, y se contentaban con enviar un mensaje al magistrado ó al escriba director: «Estamos agobiados por el hambre y por la sed, no tenemos vestidos, carecemos de aceite, de pescado, de legumbres. Enviad al faraón nuestro amo, enviad al rey nuestro señor esta petición de que se nos dé algún medio de poder vivir.»

El escriba entonces obtenía raciones supletorias y los infelices volvían al trabajo.

Como se ve, el lenguaje que empleaban los obreros no podía ser más humilde; sus huelgas eran bien inofensivas, aunque se las ha calificado de «disturbios serios.»

En Egipto, naturalmente, no era todo gente honrada. Habíanse formado vastas sociedades de ladrones para saquear las sepulturas, figurando entre los socios sacerdotes y gendarmes; para llegar hasta las momias empezaban por minar el suelo, y, por supuesto, los muertos no protestaban.

Entretanto los sacerdotes de Amón, envanecidos de su triunfo sobre Atón, habían insistido en sus planes ambiciosos y los aumentaban cada día, que en todos los tiempos la casta sacerdotal es insaciable. Aun dejando al pueblo entregado al culto de los animales y á las prácticas de la magia, habían inventado para las clases directoras la creencia en una trinidad divina en la persona de Amón, dios único, padre, madre é hijo al mismo tiempo, á quien calificaban de alma del sol.

Aquella supuesta alma del sol, invocada por el sacerdote, en una especie de consagración podía encerrarse momentáneamente en la estatua del dios. Cuando el faraón la consultaba, si el dios aprobaba se conocía en el movimiento de su cabeza de piedra ó de metal, movimiento de veras pere-

grino; la inmovilidad de la cabeza era señal de desaprobación. De tal modo, el rey no era más que un simple instrumento en manos del gran sacerdote, soberano pontífice de aquellos tiempos.

A contar de aquel momento, Egipto va decayendo más y más, en tanto que otras potencias vecinas van elevándose. No tardará en caer bajo el yugo de las naciones extranjeras y á perder su independencia para siempre. Queda terminada, pues, su historia antigua.

---

## VI

### **Los pueblos del Asia Menor y de las cuencas del Tigris y del Eufrates.**

Hemos dicho que el país regado por el Tigris y el Eufrates llevaba el nombre de Caldea, y hemos hablado de la antigua civilización de sus habitantes. Dos ciudades son las más notables de esta comarca: Babilonia, edificada en el curso inferior del Eufrates, y Nínive en el curso medio del Tigris.

Babilonia fué la primera que tuvo celebridad, lo cual quiere decir que sus reyes hicieron la guerra á sus vecinos y los subyugaron. Durante la era de poder de la primera dinastía, un solo príncipe atrae nuestra atención por «haberse señalado en las artes de la paz.» Este monarca merece que conservemos su nombre, pues representa una excepción feliz: se llamaba Khamurabi.

Más adelante, una de las tribus monta-  
ñasas que vivían al este del Tigris acabó  
por apoderarse de toda Caldea, y durante  
siglos no hubo más que guerras civiles y  
exteriores.

Durante aquel tiempo se fundó otro Es-  
tado en el curso medio del Tigris, alrede-  
dor de la antigua ciudad de Nínive, toman-  
do por capital á Kalakh. Este fué el reino  
de Asur (que quiere decir perteneciente al  
dios Ashshour), que conocemos por el nom-  
bre de Asiria.

Era la Asiria rica en metales preciosos y  
usuales, como en minerales de todas clases;  
el trigo y las frutas crecían en abundancia;  
surcaban el país numerosos canales de rie-  
go. Se contaban muchas ciudades ricas y  
populosas.

Los asirios y los babilonios eran muy  
hábiles en la fabricación de telas de lana y  
lino, así como en el arte del bordado. Sa-  
bían hacer hermosas joyas y muebles admi-  
rablemente esculpidos. Conocían también  
el empleo de la loza como decorado de los  
palacios y templos, habiendo sido los pri-  
meros que construyeron bóvedas como

techumbres de los edificios. Sabían sacar partido hasta de las supersticiones, pues tratando de conocer su destino por las estrellas, aprendieron á conocer y á medir el curso del tiempo con exactitud.

Toda la industria servía, por supuesto, para enriquecer á los reyes, á los sacerdotes y á los nobles. El monarca y su corte ostentaban en sus trajes un lujo insensato; usaban vestiduras ricamente bordadas y cubiertas de pedrería y oro; sus mantos estaban guarnecidos por franjas cuya anchura, color y disposición indicaban el rango y la función del que lo usaba.

Su principal ocupación, y casi puede decirse que la única, era la guerra; y todo el tiempo que pasaban sin batirse, lo gastaban en festines y fiestas donde la templanza no era respetada. Se afirma que los asirios representan al hombre en todo lo que éste puede tener de brutal y repulsivo. Orgullosos, traidores, embusteros, ebrios de sangre: tales eran los rasgos dominantes de su carácter.

El pueblo estaba reducido á una esclavitud aun más dura que la de los egipcios.

Medio desnudo, más que medio hambriento, estaba entregado sin defensa á patronos tiránicos y groseros que tenían por única regla los caprichos más extravagantes.

¡La guerra! tal era la vida continua de los asirios. Es verdad que todos los demás pueblos hacían otro tanto; pero los reyes de Asiria la marcaron con tal sello de barbarie, que merecen ser puestos en el índice mejor que los demás conquistadores.

Fueron ellos los que inventaron las guerras de religión, las más aborrecibles de todas. Fueron los primeros en lanzarse al ataque de las naciones vecinas, para obligarles á adorar su dios; no fueron solamente rapaces y tiranos como todos, sino también fanáticos.

No se contentaban con exterminar los pueblos contra los que guerreaban; tenían refinamientos de crueldad, por ejemplo, desollar sus víctimas para clavar su piel como trofeo en los muros de la ciudad. Desde Armenia hasta Egipto, pasando por Asia Menor y Siria, humillaron á todas las naciones.

A pesar de todo, fueron vencidos á veces.

En varias ocasiones, los babilonios les impusieron su yugo. Una vez duró su servidumbre cuatrocientos años, con la circunstancia agravante y humillante para su dios Ashshour de ser éste llevado prisionero al templo de Babilonia.

Sin embargo, siempre acababan por salir de su vencimiento y servidumbre, para volver á sus campañas horribles. Pero Asiria, aun en el apogeo de su poder, no dejó de ser el coloso de los pies de barro; así cayeron por fin y para siempre bajo la dominación de sus vecinos los medas y los persas.

Para hacer la justicia que se debe á los tiranos asirios, y consagrar sus nombres á todo el desprecio y repugnancia que inspiran, citaremos algunos de los escritos cínicos que nos han dejado los que se han hecho más odiosos.

Empecemos por Tugultipalesharra I, vulgarmente llamado Tiglath-Phalasar; de regreso de una expedición á la cuenca superior del Tigris escribió las líneas siguientes:

«He llenado con sus cadáveres los barran-

cos y las cumbres de sus montañas. Los he decapitado, coronando con sus cabezas las murallas de sus ciudades; he traído esclavos, y tesoros, y un abundante botín. Seis mil de los suyos que se habían sustraído á mi poder, se abrazaron á mis rodillas y los he recibido prisioneros.»

Y más adelante: «el resto de sus soldados, los que habían temido el choque de mis armas terribles y no habían podido resistir la potencia de mi ataque, se habían dirigido para salvar la vida hacia la cima de sus montañas, á las altas mesetas, á los claros de sus bosques, por barrancos tortuosos que apenas puede atravesar el pie del hombre. Yo los seguí; quisieron hacerme frente y los puse en fuga; pasé como una tempestad sobre las filas de sus combatientes en medio de los despeñaderos de las montañas...

»Porque yo soy Tugulpalesharra, el poderoso rey, el destructor de los malos, el que aniquila los batallones enemigos.»

Y en otra parte: «Bravo en la pelea, he marchado como nadie contra los reyes de las orillas del mar superior que no se ha-

bían sometido nunca, los cuales *me habían sido señalados por Ashshour.*»

Después, inspirado por un sueño, marchó sobre el país de Aram «que no reconocía en Ashshour su dios.»

Además citaremos á Aurnazirpal, incendiario y empalador. He aquí lo que cuenta de sus expediciones al Kurdistán y Armenia; después de incendiar poblados y perseguir á sus moradores hasta las crestas más inaccesibles, «entregué al filo de la espada doscientos sesenta combatientes para cortarles las cabezas y con ellas construir pirámides.»

Habiéndose rebelado una ciudad de Mesopotamia, los habitantes vencidos arrojaron las armas á sus pies: «Maté á uno por cada doce; levanté un muro delante de cada puerta de la ciudad; desollé á los jefes de la insurrección y cubrí las murallas con su piel. Algunos fueron emparedados vivos en los muros, y otros empalados; desollé á un gran número en mi presencia para revestir los muros con su piel. Reuní sus cabezas en forma de coronas y sus cadáveres en forma de guirnaldas.» ¡Qué hemos de decir de estas diversiones de rey!

En otra ocasión hizo cortar las manos á doscientos prisioneros.

Por último, es él quien se atreve á exclamar: «Sobre las ruinas mi cara se esponjó; en la satisfacción de mi iracundia encuentro mi placer.»

No se necesitan comentarios.

Aquí suspendemos nuestras citas; y saldremos de este país atroz, para no padecer más con el recuerdo de semejantes escenas, que llenan toda su historia.

¿Pero es que los otros pueblos, los vencidos, nos ofrecerán un espectáculo más consolador? No, guerras civiles y exteriores, pillajes, asesinatos; eso es lo que nos muestra la historia de los sirios, de los hebreos, de los armenios y otros.

No creemos que deba insistirse sobre la vida de esos pueblos. Digamos solamente que si ofrecieron, no obstante su resistencia secular, una presa fácil á los conquistadores, fué debido á su eterna desunión y á la acción de sus sacerdotes, que los apartaban á unos de otros en lugar de predicarles la unión y el trabajo en común.

Exceptuaremos entre estos pueblos cana-

neos á los fenicios, que supieron crearse un destino diferente. No eran mejores que los otros; pero, más inteligentes, dedicaron sus esfuerzos al comercio; se hicieron célebres por sus viajes marítimos y porque señalaron las rutas del Oriente.

Salían de sus capitales Sidón y Tiro, yendo en caravanas á buscar los productos de Arabia, de Caldea y aun de la India para venderlos en Egipto, donde habían establecido factorías importantes, pero no sustraídas á la autoridad de los faraones.

Para facilitar las comunicaciones y surtir sus convoyes, habían fundado villas en todos los puntos importantes de sus rutas y en todos los vados de los ríos.

Después de haberles vendido las mercancías del Oriente, compraban á los egipcios su vitrería, su hilo, el más fino de la antigüedad, sus objetos de arte, etc., y se engolfaban en el Mediterráneo, donde visitaban las costas de África, España, Gاليا, Italia é islas de Chipre, Rodas, las Cíclades, las Esporades, Creta, etc.

Si se encontraban al desembarcar en presencia de un pueblo bastante fuerte para

defenderse, contentábanse con entablar un comercio de cambio; pero si tropezaban con gentes inofensivas, se entregaban entonces á todos los horrores de la piratería, llevándose hombres, mujeres y niños para venderlos en sus mercados de esclavos.

No tardaron en *colonizar* España, Sicilia, Chipre, Rodas y las islas; esto quiere decir que se establecieron en los citados países como dueños y señores, imponiéndoles á los habitantes sus costumbres y su culto. Después los obligaron á trabajar para ellos, á explotar las minas de cobre y plata ó las canteras de mármol, y establecieron pesquerías donde quiera que abundaba el molusco productor de la púrpura.

La conquista egipcia les fué menos penosa que á sus vecinos, pues se apresuraban á pagar el tributo y no intentaron nunca sublevarse, para conservar completa libertad de entregarse á su lícito negocio. En cuanto á los asirios, éstos fracasaron delante de Tiro, que se resistió durante años enteros. Por otra parte, los fenicios les compraron la paz.

Su mercantilismo dió por resultado el

extender á todas partes el conocimiento de las industrias de las naciones más hábiles, y desarrollar el gusto y el cultivo de las artes, aunque ellos mismos no habían producido nada original. Los servicios más señalados que prestaron á los hombres, fueron: haberles enseñado, practicándola, el arte de la navegación; haber extendido los conocimientos geográficos; haber inventado un sistema de escritura fonética, mucho más sencillo y fácil que las escrituras egipcia y caldea. Transportaron igualmente los pesos y medidas de los egipcios, y su contabilidad, y su agrimensura, como asimismo los conocimientos astronómicos de los caldeos.

Nos falta hablar de los medas, vencedores de los asirios; otro pueblo guerrero, cuya historia, por consiguiente, no es muy interesante.

En su origen eran tribus nómades, que se acantonaban en las orillas del mar Cáucaso, entre el Jaxarte y Oxus. Poco á poco emigraron hacia el sur, errantes largo tiempo, hasta que acabaron por fijarse entre los montes Elburz y los montes Zagros; sobre

una meseta que tomó el nombre de Media. Al principio los nuevos ocupantes vivieron lo mismo que en su país de origen, divididos en tribus y sometidos á la autoridad poco extensa de jefes distintos (VII siglo antes de la era vulgar). Poco después se encontraron en lucha con los asirios, que se anexionaron la mitad de la comarca quedando dueños de ella durante medio siglo.

Por último Kiaxares reunió todas las tribus en un solo cuerpo de nación, constituyó un imperio, atacó á los asirios, é iba á vencerlos cuando se produjo la invasión de los escitas, bárbaros temibles que vivían al otro lado del Cáucaso y en las orillas del Caspio, donde habían sucedido á los medas.

Los escitas devastaron en menos de ocho años los países comprendidos entre el Caspio, el golfo Pérsico y el Mediterráneo. Pueblos enteros quedaron por ellos destruidos. Sucumbieron ellos mismos á sus propios excesos. Kiaxares los acabó y desaparecieron sin dejar traza.

Entonces los medas renovaron su campaña contra los asirios, y destruyeron su imperio para siempre, gracias á la traición

del general Nabupalusor, á quien debieron la destrucción de Nínive.

Nabupalusor obtuvo en recompensa el imperio de Caldea con Babilonia por capital. Esto no quiere decir que Kiaxares no deseara suprimirlo; pero lo temía, y se vió obligado á compartir con él.

Por lo demás, ni Caldea ni Media tuvieron larga vida. Un nuevo pueblo que les era tributario se elevó sobre sus ruinas: eran los persas, que no tardaron en ser el pueblo más poderoso del Oriente.

Los medas y los persas pertenecían á la misma raza, á la raza aria; profesaban las mismas supersticiones religiosas, verdadera fantasmagoría que les había enseñado un tal Zoroastro, cuya existencia es bastante problemática. Sus sacerdotes pertenecían todos á la misma tribu, á la de los magos; afectaban una gran austeridad, bajo la cual se dice que ocultaban los vicios más horrendos, lo que no tiene nada de increíble.

No vamos más adelante por ahora en la historia de los persas, por convenirnos hablar antes de los griegos, como lo haremos en el próximo capítulo.

## VII

### **Los griegos: Esparta y Atenas hasta las guerras médicas.**

«Una hoja de higuera extendida sobre las aguas,» ha dicho el poeta hablando de Grecia, tal es la primera imagen que acude al pensamiento; nada que mejor caracterice la forma irregular de ese pequeño país.

La hoja de higuera tiene poderosos nervios, empezando por la cadena del Pindo que la recorre de norte á sur y de la cual se destacan otras cadenas casi perpendiculares por el lado del este, paralelas al oeste. La mar misma está limitada, al este, por montañas: el Olimpo, el Osa y el Pelión.

Los golfos que se internan entre sus cordaduras la han dividido en tres partes: Grecia del Norte, comprendida entre los golfos de Ambracia y Meliaca; Grecia Central, entre los golfos de Corintó y Salónica; por

último el Peloponeso con sus cuatro puntas cuya extremidad se prolonga al sur.

Esta es la parte continental, á la cual hay que añadir las islas Jónicas, la de Creta, las Cíclades, las Esporades, Rodas, Chipre y las colonias del Asia Menor.

El clima de Grecia es templado en invierno, delicioso en primavera, seco y ardiente en verano.

La primavera es la estación favorecida, pues trae las aguas frescas y la abundancia de vegetación. Existe una diferencia tal entre este tiempo y el verano, en el cual la tierra se vuelve árida y estéril, que los antiguos griegos personificaron la primavera en la figura de un hermoso adolescente á quien amenazaban dos perros furiosos. También hacían que los niños celebraran la fiesta de la golondrina que les traía su caro Elinus.

Desde sus primeros tiempos los griegos fueron marinos; lo debían á su mismo suelo, compuesto de valles sin comunicaciones entre sí y terminados muchos en el mar. Sus naves recorrían el Mediterráneo y el mar Egeo. Habían aprendido á guiarse de

noche por medio de los astros, y conocían algunas constelaciones como la Osa menor y la mayor; pero, menos hábiles que los fenicios, no conocían la estrella polar. A su carácter de marinos, unían las cualidades de los montañeses.

Los primeros habitantes de Grecia fueron los pelasgos, población prehistórica del país, que hacían una vida primitiva casi desprovista de toda industria. Después llegaron los helenos, que sustituyeron á los pelasgos y dieron su nombre al territorio mismo: la Heladia. Hasta mucho tiempo más tarde no se llamó Grecia.

No conocemos de los primeros helenos más que una historia fabulosa, imposible de descifrar por completo; llena aquella época toda la vida y milagros de los dioses, de las diosas y de personajes extraordinarios llamados héroes. A través de estas leyendas, podemos descubrir el carácter y el género de vida de los antiguos griegos.

Sus relatos maravillosos han llegado hasta nosotros en forma de poemas, que iban cantando de pueblo en pueblo unos poetas ambulantes, los aedas y los rapsodas. Los

más célebres poemas son «Los trabajos y los días» de Hesiodo, la «Iliada» y la «Odisea» de Homero.

Hesiodo en su poema, el más antiguo que se conoce, nos enseña cuál era la vida de los agricultores. Grosera todavía, pues se servían de arados de madera y se contentaban con cosechar cebada, chícharos, habas, cebollas y un poco de trigo; conocían el vino, el aceite y la miel y cultivaban diversos árboles frutales: la higuera, el olivo, el peral, el manzano y el granado. Para extraer el grano, hacían trillar el trigo y la cebada valiéndose de los bueyes; aquel grano era molido después á mano por las mujeres. Servíanse del aceite para la preparación de sus comidas y para untarse el cuerpo, á fin de dar más suavidad á la piel.

La alimentación de los griegos siempre fué frugal, se componía de tortas de cebada, legumbres, pescado fresco ó salado y un poco de vino. Los días de fiesta comían carne fresca y pan de trigo.

Sabían trabajar también la lana y los metales. Por toda moneda, se servían de

un toro como término de comparación del valor de las cosas.

Elevaban edificios más sólidos que elegantes, pues aun no sabían tallar el mármol.

La música, el canto y el baile, gozaban de mucha boga entre ellos; se acompañaban con la lira y otro instrumento de cuerda llamado *phorminæ*.

Honraban el trabajo, considerándolo padre del bien. Todos, comenzando por los héroes más famosos, entregábanse á ocupaciones manuales.

Sin embargo, lo mismo que las demás naciones, no supieron vivir apaciblemente. Su primer período está todo lleno por el ruido de las armas, las expediciones guerreras, los ardides, las rivalidades y los groseros vicios de los héroes. Encontramos la relación de todo en los poemas de Homero.

En fin, hacían como todos, apoderándose de los vencidos y haciéndolos esclavos; los cautivos eran repartidos entre los vencedores, que se hacían servir por ellos ó los vendían.

No obstante, la esclavitud en Grecia por aquella época era menos penosa que en

Egipto ó en Asiria, y que lo fué más tarde entre los mismos griegos. Fundándose en que ellos también podían caer cautivos, trataban á los suyos con humanidad, más bien como servidores, á los que se les permitía cierta familiaridad. A pesar de eso, la suerte de los esclavos siempre fué dura: gentes arrancadas brutalmente á su país y á su familia, niños separados de sus madres, víctimas, en una palabra, del derecho de la fuerza.

Los griegos no formaban un solo pueblo; estaban divididos en muchos pequeños Estados, teniendo cada uno vida propia, si bien tenían la desgracia de envidiarse unos á otros llegando en muchos casos á la guerra.

Al fin de los tiempos heroicos, nombre con que se designa al período legendario, se van dibujando en Grecia dos Estados cuya historia domina entre la de todos los demás y que se personifican en dos ciudades, Atenas y Esparta. Es imposible concebir dos pueblos más diferentes, de costumbres más distintas, siendo ambos del mismo origen y hablando la misma lengua.

Esparta es la personificación de la guerra en lo que tiene de más repugnante, de la guerra erigida en organización social.

Atenas es la ciudad de la inteligencia y del trabajo, y quisiéramos añadir que de la libertad y de la paz.

Veamos primero cómo se vivía en Esparta:

Durante los tiempos heroicos, un pueblo venido del norte de Grecia, los dorios, invadió el Peloponeso, del que se hizo dueño; los aborígenes del país fueron exterminados ó reducidos á la servidumbre, excepto los montañeses de Arcadia, centro de la península, que debieron á su suelo inaccesible el seguir independientes.

Los dorios se dividían en dos tribus principales: los mesenios y los espartanos. Ambas se fijaron al sur del Peloponeso, ocupando los mesenios las montañas y estableciéndose los espartanos en Laconia, alrededor de una ciudad llamada Lacedemonia, que englobaron pronto en la nueva ciudad de Esparta, edificada junto á ella.

Eran los espartanos poco numerosos, y para guardar su conquista, se vieron obli-

gados á vivir alerta, á la defensiva, consagrando toda su vida al oficio de soldados. Uno de los más deplorables efectos de la conquista consiste en obligar á los hombres á concentrar todos sus esfuerzos y toda su inteligencia en la guerra, viviendo en continua alarma, como ladrones que temen el castigo.

El pueblo que ama el trabajo, cultiva el suelo, desarrolla su industria, piensa en instruirse y en dilatar su espíritu y su corazón, puede gozar de los bienes que sabe producir; pero el que elude el trabajo, el que por la astucia ó por la fuerza quiere apoderarse del fruto de las labores ajenas, ese tiene que temerlo todo de las consecuencias de su proceder. Las conquistas de la guerra sólo se conservan por la guerra, y dirigidos al militarismo todos los pensamientos del pueblo conquistador su inteligencia se atrofia; se hace cada día más brutal y más grosero; envidia á las naciones vecinas, afectando menospreciar las artes que ignora; y todos sus esfuerzos tienden á destruir, por odio, aquellas obras que es incapaz de imitar.

Fueron los espartanos ignorantes, groseros, crueles y supersticiosos, porque no supieron ni quisieron ser más que soldados.

Al comienzo de su conquista, los espartanos sometieron á la servidumbre á todos los lacedemonios, desarmándolos, privándolos de todos sus derechos y obligándolos á trabajar para ellos, que no sabían hacer nada. Los lacedemonios eran diestros en varias industrias, señaladamente en la fabricación de calzado, el tejido de las lanas y su teñido en púrpura, obras de madera y hierro y escultura. También labraban la tierra.

La servidumbre que se hizo pesar sobre ellos era muy dura, tanto, que los vecinos de la ciudad de Helos—ilotas—se insurreccionaron. Pero vencidos por los espartanos, fueron reducidos á una horrible esclavitud, de la que pronto hablaremos.

Los espartanos formaban un Estado aristocrático gobernado por dos reyes, después por dos magistrados-vigilantes, llamados éforos, y por un consejo de ancianos. Vivían en común y apenas se querían los unos á los otros. Su vida entera estaba con-

sagrada al aprendizaje de batirse; todas sus leyes les imponían esta obligación, con menosprecio de todos los sentimientos y de los deberes más sagrados. Tan salvaje constitución la debían á Licurgo; pero, digámoslo en honor de este personaje, se cree que no existió nunca más que en la leyenda.

El aprendizaje militar puede decirse que empezaba desde el nacimiento. Apenas venido al mundo, el niño era llevado ante un consejo de magistrados que lo reconocía con la mayor atención; cuando no les parecía bastante robusto para ser más tarde un buen guerrero, lo arrojaban sin piedad á una sima que se llamaba Ceada; sus padres ni protestaban siquiera. Cuando el niño era fuerte, se lo devolvían á su madre, que lo criaba sin ternura hasta los siete años.

Al llegar á esta edad lo separaban de su familia, para criarlo en común y empezar su educación.

¡Singular educación! No consistía solamente en enseñarle á fortalecer su cuerpo con los ejercicios, lo cual estaba bien, sino

en que aprendiera á buscar el sustento por sí mismo valiéndose de ardides ó del robo. El niño que habiendo sustraído algún objeto se dejaba descubrir, era rudamente castigado, no por el robo, sino por la torpeza.

Para acostumbrarlos al dolor, cada año eran los niños llevados á un templo donde se les azotaba en público hasta hacerles brotar sangre; pero el niño debía conservar un semblante sonriente en el dolor.

Tan singular educación era común á las hembras y á los varones. Por eso las mujeres espartanas no tenían nada de tiernas y afectuosas; «mejor, decían cuando á sus hijos los mataban en la guerra, mejor, con tal que Esparta quede victoriosa.» ¡Dignas compañeras de aquellos bárbaros!

Esparta está bañada por un río, el Eurotas, cuyas aguas son muy frías; los mozos que regresaban de los ejercicios cubiertos de sudor, tenían la costumbre de sumergirse en él, lo cual decían que les excitaba el apetito para el nada apetitoso pisto negro que se les servía en común.

Porque los espartanos comían todos jun-

tos, debiendo aportar cada uno de ellos la cantidad necesaria de provisiones para él y su familia. Por otra parte, eran muy sobrios. Vivían pobre y groseramente, repudiando todo lo que puede ser encanto de la existencia, no prodigando el lujo nada más que para los templos de sus ídolos.

Como complemento de sus ejercicios militares, todos los jóvenes de Esparta eran cazadores; pero las piezas que perseguían no eran vulgares. Todos los años dedicaban un día á la caza de ilotas, como ejercicio de emboscadas, y á todos los que encontraban fuera de sus chozas los asesinaban; llamábase á esto la criptia.

Ya hemos dicho que los ilotas, por haber tenido el valor de rebelarse, estaban condenados á la más penosa esclavitud. Dependían de dos amos: primero del Estado, después de cualquier espartano que reclamara de ellos un servicio. Cultivaban la tierra y debían proveer de alimentos á cada familia de Esparta. Y lo más infame era que, para inspirar desprecio á los niños de Esparta, se les comunicaba toda clase de vicios, particularmente la embriaguez.

Acabamos de ver la espantosa caza de la criptia; pero esto no era todo. Entre aquellos tan despreciados ilotas los había fuertes y bravos, y para librarse de ellos, se mataba en masa y secretamente á cuantos podían ser capaces de rebelarse algún día. Véase lo que imaginaron una vez: En una guerra habían formado los espartanos un cuerpo de ilotas. Éstos se portaron bravamente. La asamblea de los ancianos acordó libertarlos en premio de su valor. Con tal motivo acudieron al templo, y, coronados, en número de dos mil, se les festejó mucho, y poco después desaparecieron todos sin dejar huella. Es seguro que á todos los asesinaron.

Al lado de estos hechos, parecían poca cosa las mezquinas humillaciones diarias, la prohibición de cantar los himnos de los espartanos, el traje especial y aun los golpes frecuentes. Con todo, recordemos que no hay ofensas pequeñas para el corazón que sufre por la injusticia y por la tiranía.

Pero estos espartanos, artistas en el arte de la guerra y la matanza, ¿prestarán á lo menos los servicios que Grecia puede tener

derecho á reclamarles? ¿Tomarán parte en la defensa del país cuando lo ataquen los persas? No; apenas si aparecerán al comienzo de la lucha. Verá el mundo la vergonzosa quiebra de su fama, siendo el pueblo más pacífico de Grecia, Atenas, quien salve al país de la invasión.

Atravesando el istmo de Corinto y remontando un poco hacia el nordeste, á orillas del mar Egeo, se encuentra la ciudad más célebre del mundo antiguo, Atenas, situada en un rinconcillo estéril del territorio griego, en el Ática, dominada por el Pentélico, monte del cual se extraía un mármol blanco muy puro. A falta de riquezas agrícolas, se juntaban á los mármoles del Pentélico las minas argentíferas del Laurio.

La constitución de Atenas era diametralmente opuesta á la de Esparta. Los jónicos, que poblaban el Ática tenían abierto el espíritu á todo lo bello; amaban el trabajo, acogían fácilmente al extranjero y se mostraban ellos mismos viajeros infatigables.

Primitivamente se dividían en tres cla-

ses, los eupatridas ó nobles, los geónrros ó labradores, y los demiurgos ó artesanos. Gobernábalos un rey. El más célebre de sus reyes es un héroe casi mitológico, Teseo, que había reunido las dispersas tribus subdividiéndolas en familias.

Por familia debe entenderse aquí un grupo de personas más ó menos unidas por lazos de parentesco, de origen ó de hábitos, viviendo juntas y poseyendo en común un altar de los antepasados, una tumba y un tesoro.

Cuando Teseo quiso unificar todas las gentes del Ática, luchó con dificultades para obtener la aquiescencia de los jefes de las tribus, y éstos acechaban la ocasión de apoderarse del gobierno. Pero ocurrió que los dorios, después de haber conquistado el Peloponeso, invadieron el Ática. Fueron rechazados; pero como el rey de Atenas, Códrus, había muerto en el combate, los eupátrides acordaron no darle sucesor, y cambiaron la realeza por un gobierno aristocrático. Se puso á la cabeza del Estado á los arcontes, unos magistrados elegidos entre los eupátrides; su número varió, así

como la duración de sus funciones. Se estableció por fin que fueran nueve y gobernarán un año, debiendo dar cuenta de sus actos al cesar en el cargo que tenían.

Bajo el gobierno de los nobles fueron los pobres muy desventurados; habían contraído deudas con los ricos, y éstos les exigían réditos más que usurarios; para pagar, debían los labradores abandonarles un sexto de sus cosechas. Reclamaron, y todo aquel período fué de turbulencias y revueltas. Algunos de los eupátrides, aquellos cuya ambición no estaba satisfecha, se pusieron á la cabeza del pueblo para derribar al gobierno aristocrático. La sedición más conocida es la de Cilón, que fué vencido gracias á una traición religiosa. Pero el pueblo no tardó en ser bastante fuerte para reclamar una constitución y leyes escritas, á fin de librarse de la arbitrariedad y abusos de los nobles que administraban mal, invocando costumbres añejas y secretas.

Dracón, uno de los arcontes, fué encargado de redactar un código de leyes; pero lo hizo tan severo, que cayó en desuso por sí mismo.

La miseria del pueblo iba creciendo, y las querellas continuaron hasta que llegó el momento en que Solón fijara la legislación de Atenas.

Era Solón un sabio que había viajado mucho por razones de comercio, pero que al mismo tiempo se instruía en las costumbres de las naciones que visitaba. La constitución que estableció puede ser considerada como el primer ensayo que se ha hecho del socialismo del Estado.

Empezó por abolir las deudas de los pobres, lo que le costó mucho trabajo, como puede presumirse; después quiso que desaparecieran las antiguas clases de la nación, dando la igualdad á todos los ciudadanos de Atenas. Pero equivocándose en el procedimiento, en lugar de hacer que desaparecieran todas las diferencias de fortuna, se sirvió precisamente de la riqueza para establecer nuevas categorías. Es verdad que hizo pesar los impuestos sobre los ciudadanos ricos, declarando exentos de toda carga á los pobres. Pero nótese que aquellos impuestos directos, equitativamente repartidos según los recursos de

cada contribuyente, no se hacían efectivos sino en caso de necesidad extraordinaria, mientras los impuestos indirectos que gravaban los objetos de consumo eran permanentes y pesaban sobre todos, con visible detrimento de los que trabajaban, es decir, de los menesterosos.

Por otra parte, el hacer una clasificación, cualquiera que ella sea, de los habitantes de un país, es siempre una medida injusta. La de Solón creaba una aristocracia del dinero en lugar de la nobleza antigua, y no valía más la una que la otra.

No había ninguna barrera que separase entre sí las nuevas clases de la sociedad; todo ciudadano podía pasar de una á otra. Para elevarse, bastaba poseer la renta establecida; pero en verdad era difícil que los pobres pudieran llegar á poseerla. ¿Y no era esto, además, conceder á la suerte una importancia que no puede tener sin inmoralidad? El que entrevé la riqueza como único objetivo, ¿no ha de sentir la tentación, hasta cierto punto disculpable, de emplear todos los medios para conseguirla? Sean responsables los que han esta-

blecido entre los hombres injustas diferencias.

Otra parte mala del Código de Solón, era el estado de inferioridad á que se encontraban sometidos los extranjeros residentes en Atenas. Los extranjeros contribuían, no solamente á la prosperidad material del Estado, sino también á su defensa; prestaban servicios como marineros y como soldados de infantería. Los atenienses mismos los atraían á su ciudad, concediéndoles el privilegio del comercio exterior; pero los negaban el título de ciudadano, los obligaban á vivir en las afueras de la ciudad y los sometían á un patronato. Cada mateco (tal era el nombre que se daba á los forasteros), debía escoger un protector ó padrino que respondía de su conducta, mediante cierto estipendio; además, el Estado mismo les cobraba una contribución. Por último, á fin de poner bien clara la diferencia que separaba á los maticos de los atenienses, aquéllos debían comparecer en la gran fiesta nacional de los panateneos como servidores de los ciudadanos. Obsérvese—aunque este argu-

mento carece de valor para nosotros — que los extranjeros también eran griegos, aunque no fueran áticos; pero bien sabemos que los pequeños pueblos de Grecia, por su desgracia, no se querían unos á otros.

En fin, la gran mancha de la obra de Solón es que mantenía la esclavitud, esa terrible iniquidad ante la cual se oscurecen todas las brillantes cualidades de los atenienses.

Al estudiar la historia de los egipcios y de los demás pueblos del Oriente, hemos experimentado sentimientos violentísimos de odio y de repugnancia hacia la abominable tiranía de sus reyes; consideramos á éstos como brutos feroces; pero aquellos brutos eran lógicos en sus crímenes. Príncipes que se presentan como seres sobrenaturales y se hacen adorar como dioses, creen que todo les es permitido. No podían ni soñar que la vida de los demás hombres pudiera tener valor alguno ante un capricho que satisfacer.

Pero cuando se nos muestra un pueblo como ejemplo de amor á la libertad, cuando ese pueblo ha dado al mundo grandes

artistas, admirables poetas, profundos pensadores, se experimenta una sorpresa penosa no encontrando en las costumbres de ese pueblo ni noción de la justicia social; y nos preguntamos por qué aberración no ajustaban su conducta á los sanos cuanto elevados principios de que en sus escritos se muestran apasionados. Y no se puede menos de concluir que los atenienses, en efecto, poseían la inteligencia más brillante, pero no tenían el corazón á la altura de su inteligencia.

Hechas estas observaciones, vamos á entrar en pormenores de la vida de los atenienses.

La división del pueblo según la riqueza no había cambiado nada en la nación, puesto que los nobles eran al mismo tiempo los más ricos y los poseedores de una gran parte del suelo; eso explica por qué Solón no encontró resistencia en este punto. Los eupátrides continuaron siendo, con otro nombre, la clase directora y de la cual salían los arcontes, los principales funcionarios y los jefes del ejército y de la marina. Pagaban los impuestos más crecidos; pero sólo en

circunstancias excepcionales; de su participación en las cargas del Estado, por otra parte, sabían sacar provecho.

Después venían los caballeros, cuyo influjo y riqueza eran menores; se les había reservado el desempeño de algunos empleos del gobierno, los menos importantes, y su servicio militar lo prestaban en la caballería.

Figuraban en la tercera clase los que tenían, á lo menos, una yunta de bueyes; debían servir en la infantería (hóplites), y se les daba también algunos empleos ínfimos.

La cuarta clase comprendía los thetas ó mercenarios, que servían en las filas por un sueldo. Pertenecían á la clase de artesanos y de agricultores pobres. Estaban excluidos de las dignidades del Estado y de todas las funciones públicas; no pagaban ningún impuesto directo.

Los arcontes, que desempeñaban funciones análogas á las de nuestros ministros, estaban al frente del Estado, por un año, en número de nueve. Al concluir sus funciones debían dar cuenta de su cometido.

Aprobada su administración, ingresaban en el Areópago, tribunal supremo del Ática encargado de juzgar las causas criminales. Este tribunal funcionaba al aire libre «para que sus miembros no se mancharan sentándose bajo el mismo techo que los acusados.»

No se permitía ni alegar ni argüir delante del Areópago; había que contentarse con exponer sencillamente los hechos. Después cada uno de los jueces depositaba una piedra en una urna de bronce, en señal de absolución, ó en una urna de madera si condenaba á muerte. En seguida se contaban los sufragios; si había empate, es decir, tantos votos en una como en la otra urna, el heraldo (especie de alguacil) echaba una piedra en la urna de bronce y el acusado era absuelto.

Cosa extraña, y que muestra bien el lado frívolo del carácter ateniense: juzgábanse también las cosas inanimadas, tales como una piedra que al caer mataba á un hombre ó el hacha de que el sacrificador se había servido para matar un buey en honor de los dioses. Y se «desterraba al objeto

culpable, echándolo fuera del Ática ó arrojándolo al mar.

Los miembros del Areópago, aunque inamovibles, podían ser destituidos si su conducta no era buena. Se cita el caso de uno que fué excluido por haber ahogado un pájaro, que se había refugiado en su pecho para salvarse de un ave de rapiña. Podríamos preguntarnos: ¿esta severidad alcanzaba á todos?

Después del Areópago venía el Senado, que preparaba las leyes y decretos antes de ser presentados á la asamblea del pueblo. Todo ciudadano de Atenas tenía derecho á presentar un decreto. Los senadores eran elegidos por sorteo, y luego sujetos á pruebas muy difíciles; debían tener á lo menos treinta años; sus funciones duraban un año y eran responsables siempre.

La asamblea popular se componía de todos los ciudadanos de Atenas, ricos ó pobres, sin excepción ninguna. Era soberana, gobernaba efectivamente y juzgaba las causas civiles. Todo ciudadano, desde la edad de veinte años, formaba parte de la asamblea y podía tomar en ella la palabra. Las

sesiones se celebraban generalmente en el Ágora (plaza pública). Estaba prohibido ausentarse del Ágora antes de concluir la sesión.

Para despachar los asuntos de menos importancia se nombraban comisiones de ciudadanos, los mismos que desempeñaban funciones parecidas á las de jueces de paz.

Los atenienses tenían el derecho de vigilarse unos á otros, pudiendo acusar ante la asamblea al que se portara mal. Este sistema inquisitivo era poco loable, pues es gran injusticia el convertirse en censor de los conciudadanos; sin contar que fomenta las venganzas, el odio y la desconfianza mutua.

El trabajo era obligatorio para todos; cada ciudadano tenía que declarar de qué profesión obtenía sus medios de subsistencia, y la ociosidad se castigaba. Pero ya veremos al hablar de los esclavos cómo los ricos encontraban medio de eludir la obligación del trabajo.

Los atenienses eran libres de trabajar cada uno como quería; ninguna prescripción reglamentaba la industria; también

podía todo ciudadano abandonar el país con su familia y sus bienes para fijarse en tierra extraña.

El culto principal era en Atenas el de los antepasados; cada familia en su altar hacía ofrendas á los suyos; se consideraba una desgracia muy grande la extinción de una familia, porque los antepasados á quien no se honraba con sacrificios, por no tener descendientes, dejaban de proteger la ciudad. Los griegos, como los egipcios, creían que después de la muerte iban los hombres á vivir en otro mundo, desde el cual seguían en comunicación con sus descendientes.

En el origen, los bienes de los que morían sin hijos iban al tesoro común de la familia (en el sentido griego de la palabra). Solón cambió esta costumbre, estableciendo el derecho de testar. Los hijos heredaban de sus padres por partes iguales, debiendo constituir un dote para sus hermanas. En general, las hembras no heredaban sino faltando parientes masculinos del difunto.

La condición de la mujer era precaria. Algo la mejoró Solón, prohibiendo al ciudadano el vender como esclava á su mujer,

á su hermana ó á su hija, salvo el caso de mala conducta. Pero las «ciudadanas» se pasaban su vida encerradas en el gineceo, parte de la habitación que les estaba destinada; se las casaba á la edad de doce años, sin consultarlas. La ley les prohibía salir libremente, y determinaba el número de vestidos y la cantidad de provisiones que podían llevar en viaje. No tenían derecho á presentarse delante de los huéspedes de su marido ó de su padre, á no ser que fueran de la familia. En fin, estaban sometidas á una tutela humillante para su dignidad.

Eran muy activas, ocupándose en todos los trabajos de la casa y en sus labores de tejido y bordado.

Los atenienses no eran padres cariñosos, aunque no fueran tan duros como los espartanos. La ley les permitía abandonar sus hijos—sobre todo las hijas—cuando no querían criarlos. Dejábanlos en las calles, donde á veces los recogían los transeuntes y los adoptaban; pero otras veces morían sin ningún socorro.

Los hijos que sus padres conservaban se

criaban en familia, sin que el Estado interviniera hasta que tenían diez y seis años. Cuidábase mucho de desarrollar armónicamente sus facultades físicas é intelectuales, debiendo al mismo tiempo enseñárseles una profesión; el padre que faltaba á este deber, no podía reclamar de su hijo ningún auxilio para su ancianidad.

A los dieciséis años empezaban los jóvenes á frecuentar los gimnasios, las asambleas y las escuelas públicas; se preparaban así para la vida de ciudadanos, que á los veinte años comenzaba para ellos.

Hemos visto que la esclavitud nació en los tiempos heroicos, por efecto de la costumbre general entre los pueblos antiguos de reducir á servidumbre á los prisioneros de la guerra, ó venderlos como bestias de carga ó animales de lujo.

La piratería, practicada por los fenicios primero, después por los griegos mismos, siguió alimentando los mercados de esclavos, «mercados de cuerpos,» como se decía; los atenienses, que tanto amaban la libertad... para ellos, habían imaginado (acaso para apagar sus escrúpulos) que los escla-

vos eran seres inferiores, á los que no se les podía dar el dictado de hombres.

En los mercados, en la plaza pública, obraba el comprador exactamente lo mismo que si adquiriera un caballo: el esclavo era reconocido, palpado, sobado como un objeto insensible; se le hacía correr y saltar para apreciar su vigor; se discutía y regateaba el precio, no teniendo nunca el desgraciado ni derecho á intervenir en las condiciones de la venta ni el de negarse á hacer cuanto se le exigía. Más aún, el Estado mismo protegía al mercader de esclavos, fomentando su tráfico, sobre el cual tenía establecido un impuesto.

De los esclavos, unos eran empleados en cultivar la tierra, otros en el servicio doméstico del amo, algunos en los talleres. También había los esclavos de los templos, y los de la ciudad para la limpieza de las vías. Los médicos tenían esclavos, á los que instruían en su profesión para enviarlos á las consultas que requerían un viaje.

Los esclavos del campo fueron obligados por espacio de siglos á cultivar la tierra encadenados, para que no se dieran á la fuga.

El dueño de un taller podía venderlo comprendiendo en la venta los esclavos; así la ley del trabajo era burlada por los ricos, pues compraban una ó varias fábricas y se decían fabricantes, no siendo más que explotadores de los míseros obreros.

El esclavo podía reunir penosamente un reducido peculio, del cual había de dar contribución á su amo; éste le cobraba una parte del dinero, cuando no se lo quitaba todo.

Los golpes no escaseaban; la menor falta llevaba aparejado el tormento. Cuando dos hombres sostenían un pleito, se entregaban mutuamente sus esclavos para que, someténdolos á la tortura, averiguaran los jueces la verdad.

En vano la ley les daba el asilo de los templos. Sus amos, no atreviéndose á maltratarlos en el santuario mismo, los obligaban á salir por el hambre ó por el fuego.

Los «ciudadanos libres» que por su pobreza no podían tener esclavos, tampoco eran felices. Ganando poco, se veían frecuentemente obligados á alquilar sus servicios en las casas y talleres, cuando no á

venderse como esclavos. Prescribía la ley que entregaran sus hijos á los magistrados, si no podían mantenerlos. Más adelante los veremos recibiendo un socorro del Estado, que les daba 2 óbolos por día (15 céntimos). Como no podían al mismo tiempo trabajar para vivir y concurrir á la asamblea del pueblo, se acabó por darles fichas de presencia. Hubo polizontes encargados de perseguir á los que se paraban á conversar en vez de ir á la asamblea, y á éstos se les marcaba en la espalda, no pudiendo cobrar la ficha de aquel día.

Tal era, en sus rasgos generales, la vida de los atenienses después de Solón (595 antes de la era vulgar). Tendremos ocasión de ver más adelante su obra intelectual, brillante herencia que legaron á la humanidad. Pero de todo lo dicho, se desprende que en sus actos había un egoísmo refinado (acaso irreflexivo). Los atenienses, lo repetimos, valían por su gran inteligencia, pero no por su moralidad.

---

## VIII

### **Las colonias griegas.—Indios.—Chinos y japoneses.**

Fuera de Atenas y Esparta, había en Grecia otras muchas ciudades de consideración, como Argos, Corinto, Siciona, Olimpia, en el Peloponeso; Tebas, Delfos, Megara, Platea y Tespia, en la Grecia central.

Se llamaba ciudad en aquel tiempo, no solamente al burgo ó villa, sino á todo el territorio comprendido en su jurisdicción, lo que llamamos hoy término municipal, cuyos habitantes formaban una pequeña nación autónoma.

Habían sucedido los griegos á los fenicios en todas las islas del Archipiélago y costas del Asia Menor, cuyas principales ciudades eran Mileto y Efeso. Las islas de Rodas y de Chipre, á su vez, se hicieron griegas. Por último, los griegos fueron hasta Italia.

A consecuencia de prolongadas guerras con Esparta, los mesenios abandonaron el Peloponeso para ir á fundar en Sicilia una segunda Mesena (hoy Mesina).

Los griegos no colonizaban á lo conquistador. Cuando en una de sus ciudades era excesivo el número de habitantes, algunos de ellos se iban á fundar en otra parte un establecimiento comercial; todas sus colonias eran factorías, siempre en relación con la metrópoli.

Se dice que si tuvieron tanta facilidad para establecerse y prosperar en el Asia Menor, fué porque los helenos pertenecían á la misma raza de los habitantes primitivos de aquella tierra.

En efecto, la lengua, las costumbres y todos los caracteres étnicos, revelan su procedencia común, el mismo origen ario. Los arios, emigrados de la India, habiendo encontrado infranqueable barrera en el Himalaya, faldearon la cordillera tomando el rumbo occidental, de más fácil acceso, y derramándose por Asia Menor y Europa desde el principio de los tiempos históricos.

A continuación trataremos de los arios, descendientes de los indios.

Los primeros pobladores de la India fueron los drávidas, hombres pequeños, de piel atezada, que vivían de la caza y apenas sabían cultivar el suelo. Unos hombres blancos procedentes del Norte los arrojaron á las montañas y al extremo sur, donde aun se les encuentra en nuestros días. Esos invasores eran los arios ó indios.

Más inteligentes que los drávidas, los indios desarrollaron la agricultura y la industria, y domesticaron á los elefantes para servirse de ellos como animales de carga y para montar en ellos.

No sabemos si los drávidas eran buenos, pero podemos decir que los indios no lo eran, á lo menos los que se repartieron las riquezas y las dignidades. Se constituyeron en castas rigurosamente separadas, y manifestaron el más profundo desprecio á los primeros habitantes del país.

Es inútil añadir que la religión, como de costumbre, fué la causa de todas las desdichas de aquel pueblo. Creían que el dios Brahma, creó á los indios; pero los había

sacado de partes más ó menos nobles de su persona, marcando así las diferencias de clases entre ellos. De su boca sacó los sacerdotes, llamados brahmanes, dueños indiscutibles de todos y de todo. De sus brazos nacieron los guerreros; de sus muslos formó los artesanos y los labradores; de sus pies los sudras (esclavos).

Ruda condición la de los sudras, verdadero rebaño sobre el cual pesaba la opresión con todo su rigor.

En la ley de Manú, que es el código civil y religioso de la India, se distinguen varias clases de esclavos:

- 1.º El cautivo apresado en la guerra.
- 2.º El siervo que entra á servir para subvenir á su manutención.
- 3.º El siervo nacido de mujer esclava, en la casa del amo.
- 4.º El siervo comprado ó donado.
- 5.º El siervo heredado, que pasa del padre al hijo.
- 6.º El siervo á quien se declara esclavo por castigo, cuando no tiene con qué pagar la multa.

Ninguno de estos esclavos podía poseer

nada en propiedad; estaban absolutamente bajo el dominio de los brahmanes; el único objeto de su vida era servir á los sacerdotes; no les era permitido adquirir nada, según la ley «para que no vejasen al brahmán.»

El rey tenía el deber de mantenerlos en esclavitud; para el brahmán era un derecho, y lo ejercitaba aun sobre el sudra á quien su amo había manumitido, «pues siendo la servidumbre su estado natural, ¿quién podía sacarlo de ella?»

Por lo demás, el imperio del hombre libre era el mismo sobre su mujer é hijos que sobre el sudra, pues como éste, aquéllos no podían poseer nada que les fuera propio.

El brahmán—y todo amo—le debía al sudra «el resto del arroz que se hubiera preparado, los granos de desecho, las sobras, los desperdicios y las ropas viejas, así como los muebles desechados.»

Dar conocimiento á los esclavos de la ciencia (!) de los brahmanes, hubiera sido un sacrilegio.

La vida del desdichado sudra se estima-

ba en lo mismo que la de un gato, de una rana ó de un buho; el que mataba á uno de estos animales pagaba la misma multa que por haber matado á un sudra (1).

Había otra clase de esclavos aun más despreciada: la de los hijos nacidos de la unión de una mujer libre con un hombre de casta inferior á la suya, ó con un sudra. Los desgraciados no podían hacer más que los trabajos considerados más viles, vivían fuera de los pueblos y no podían entrar en ellos de noche; no debían hacer uso para guardar sus alimentos más que de utensilios desechados; no podían vestir más ropas que las de los muertos; los hombres libres no podían dirigirles la palabra; se les permitía como especial favor el tener asnos y perros, pero no otros animales. A estos miserables esclavos se les daba el nombre de tchandalas.

Nada sabemos de la casta de los artesanos en los tiempos antiguos de la India;

---

(1) Estos detalles están tomados de una obra nada sospechosa de cariño al pueblo: *Histoire de l'esclavage*, del conservador Wallon.

pero según lo que acabamos de ver de los esclavos, es lícito pensar que no gozarían de una libertad perfecta. Hasta nosotros han llegado joyas, armas y tapices que dan testimonio de su habilidad.

De los guerreros y de los brahmanes, demasiado sabemos que su primer oficio era explotar á los pobres, y el segundo despreciar y violentar á aquellos mismos á quienes debían su ociosidad y su bienestar.

Antes de dejar el Asia, vamos á hacer una excursión por la antigua China. Sabido es que éste país hace remontar el origen de su civilización á tiempos infinitamente anteriores á la historia de los otros pueblos.

Hasta el presente no se han descubierto en China instrumentos ni vestigios de la edad de piedra; los objetos de bronce datan de tres mil años antes de la era vulgar; el uso del hierro comenzó un par de siglos después.

Allá en el origen de su historia, China se componía solamente de los territorios de Chensi y Chansi; no tardó en ser anexionado el Petcheli. Era el suelo insalubre y cubierto de marismas; para sanarlo, tuvie-

ron los chinos que vencer dificultades mil, abriendo canales de desecación. Por eso dicen que la conquista de la tierra por medio del trabajo es el carácter distintivo de la historia de China.

Pero no sabemos nada preciso de sus primeros tiempos; sólo desde el año 551 antes de la era vulgar presentan los documentos alguna garantía de certidumbre. El límite de China era entonces el Hoang-Ho; los chinos quisieron ir más allá, y por vía de conquista y de civilización exterminaron ó se asimilaron los vecinos pueblos, ó los empujaron hacia el norte.

Entendían la conquista de una manera diferente que la empleada por los pueblos hasta ahora presentados; los chinos evitaban todo combate sangriento, y después de cada paso adelante, empleaban sus ejércitos en desmontar el terreno, abrir caminos, etc. Fundaban inmediatamente escuelas y escritorios ó factorías comerciales en el país adquirido, y sometieron así á los tibetanos, á los birmanos y á los siameses.

La astucia era el arma predilecta de los

chinos; para dar de ello una idea, citaremos una anécdota muy característica.

Un emperador de China codiciaba la pagoda de Setchuán; pero asaltarla era imposible para sus soldados, por la naturaleza abrupta de los montes que cerraban su entrada. Imaginó, pues, enviar un mensajero al rey comunicándole que su dios le había hecho el presente de dos vacas que producían oro, y que él había resuelto ofrecérselas, pero que las dificultades del camino le impedían hacérselas llegar.

El rey, concupiscente y crédulo, se apresuró á hacer abrir una hermosa ruta hacia la China, de la que se sirvió el emperador para invadir aquellos Estados y tomar posesión de ellos.

Las obras públicas entraban de lleno en los planes del emperador, resultando de eso que la esclavitud se extendió, no sólo á los prisioneros de guerra, sino á provincias enteras.

Las guerras civiles perturbaron frecuentemente el Estado, y los vencidos también quedaban al servicio de los vencedores. No era raro encontrar cien mil y aun trescientos

tos mil esclavos en los imperiales campamentos. Algunos años las cosechas eran malas, y en tan deplorable caso, el monarca, no sabiendo cómo alimentar á tanto infeliz, los libertaba en masa para que fueran á morir de hambre donde bien les pareciera.

También los obreros libres tenían en ocasiones que venderse á un amo. En cuanto á los hijos, el padre tenía el derecho de venderlos, siendo esto para el hijo un deber filial, según la ley. También se practicaba la exposición de los recién nacidos.

El amo gozaba, naturalmente, de un derecho absoluto sobre sus esclavos. Pero, en general, su condición era blanda; como que los malos tratos llevaban consigo la manumisión.

Por otra parte, la esclavitud no estaba muy extendida entre los particulares. Únicamente poseían esclavos los altos funcionarios y el emperador. Los hijos tenían obligación de servir á sus padres, de modo que éstos no necesitaban de otros servidores; además, los sirvientes por salario eran

bastante numerosos y costaban menos caros.

Los chinos, desde la más remota antigüedad, han sido hábiles en no pocas industrias: sabían fabricar papel, seda, porcelana, esmaltes; cincelaban el bronce, esculpían el marfil, el jaspe y el cristal; pintaban con mucho arte.

Conocían la brújula, y desde lejana época navegaron por las costas del Océano índico y visitaron las islas del Pacífico.

Así fueron al Japón, donde importaron su escritura y sus industrias; pero los japoneses no tardaron en competir con ellos.

Si los chinos gustaban de viajar, en cambio no les gustaba recibir viajeros; los que llegaban á su territorio no eran bien acogidos. Pasaron siglos, antes que un extranjero pudiese entrar en China. Hasta el siglo último, ha estado el país apartado de las demás naciones.

En cuanto á los japoneses, habremos dicho todo lo que sabemos de su historia antigua, refiriendo las excavaciones que han hecho descubrir «vestigios de cocina»

de la edad de piedra, dolmens, sepulcros é instrumentos de la edad de bronce y de la edad de hierro. Ya hemos visto que los chinos les enseñaron las primeras artes, y su antipatía para esos invasores que los enseñaban á la fuerza.

---

## IX

### Las guerras médicas.

La historia de los orientales puede resumirse de una manera muy breve: pueblos esclavos, prosternados ante el doble poder del sacerdote y del capitán, y á quienes esos dos amos conducen á latigazos á la conquista de inmensos imperios de poca duración.

Los faraones conquistadores fueron los primeros en apoderarse de las comarcas vecinas; les sucedieron los asirios, dueños de toda el Asia del oeste; su imperio, más tarde, fué destruído por los medas, que á su vez se vieron suplantados por los persas.

Estos, cuyo país primitivo era la meseta del Irán, entre el mar Caspio y el golfo Pérsico, eran unos hombres tan ariscos y feroces como los asirios. Estaban divididos en cuatro clases: los sacerdotes, los guerre-

ros, los labradores y los artesanos. Su jefe, que se hacía titular «gran rey,» probablemente porque era el mayor malvado que alentara en la nación y el menos entendido, vivía con inaudito lujo entre funcionarios que observaban un ceremonial absurdo, más ridículo que imponente. Llenaba el palacio, para servicio de tan alto príncipe, todo un ejército de cocineros, criados, tocadores de flauta, portadores, etcétera. No había nada más incierto que el favor del monarca, pues prodigaba caprichosamente honores y suplicios, aun á los que él llamaba sus amigos. Amistad de tigre, en cuyas caricias se sentía la garra.

Naturalmente, los amigos del «gran rey» se desquitaban de su servilismo, siendo á su vez arrogantes é implacables con sus inferiores y con sus pobres esclavos.

No es necesario decir que la esclavitud existía en Persia, y una esclavitud durísima; para probarlo, nos bastará citar un texto referente á los castigos que se imponían á los esclavos: «Si, después de madura reflexión, resultan las faltas mayores que los servicios, el amo puede seguir los movi-

mientos de su cólera.» Lo más probable es que la cólera anteciedera á la reflexión madura, y que las torturas se evitarían tanto menos por cuanto la ley autorizaba hasta las más feroces.

Y no contentos con maltratar á sus esclavos y con abusar de su debilidad, los nobles llegaban hasta ponerlos en ridículo del modo más humillante. Cada año les concedían cinco días de fiesta, durante los cuales, vestidos con las ropas de sus amos, los esclavos mandaban á su vez. Uno de ellos era elegido rey; pero al terminar la fiesta se le crucificaba.

Como los nobles en Persia eran todavía más holgazanes que en cualquiera otro país, se cansaban pronto, no de la guerra, sino de hacerla en persona. Transformaban, pues, en soldados, quisieran ellos ó no, á sus numerosísimos sirvientes; hubo ejército en que se contaron hasta ochocientos esclavos por cada millar de hombres. Eso explica la facilidad con que huían en las batallas, pues no teniendo nada que ganar en ellas, poco les importaba el nombre del vencedor; tantas veces como se encontraron

en presencia de un enemigo animoso, abandonaron la lucha sin vacilar un momento.

En lo relativo al arte y á la industria, los persas no hicieron nada original, limitándose á imitar á los caldeos. Su historia antigua está llena de escenas de bandidaje á mano armada. El «gran rey» Ciro se hizo dueño de toda el Asia occidental, por un lado, y por el otro lado de la India. Otro de sus «grandes reyes» conquistó el Egipto, y un tercero se posesionó de las colonias griegas del Asia Menor; pero este último y sus sucesores recibieron de los griegos una lección bien merecida.

Antes de referir las guerras médicas (nombre que se da á las de los griegos con los persas), es necesario que volvamos á Atenas y luego al Asia Menor.

Persuadido Solón de haber establecido la paz entre sus conciudadanos, reanudó sus interrumpidos viajes; cuando volvió, tuvo la triste sorpresa de encontrar á Atenas entregada á las discordias civiles. Tres partidos se disputaban la preponderancia: las gentes del llano, comprendiendo á los grandes propietarios, antiguos nobles en su

mayoría; las gentes del litoral, marinos y mercaderes, y la gente de montaña, pastores y campesinos.

Los montañeses estaban dirigidos por un hombre de antigua familia noble, Pisistrato, ambicioso que quería elevarse por el favor popular y hacerse amo de Atenas.

Para lograr su poco loable fin, Pisistrato necesitaba al ejército y se valió de la astucia para conseguir su apoyo. Un día se presentó en la plaza pública, todo ensangrentado, y pidió á la asamblea del pueblo que le diera guardias para su seguridad personal. En realidad, sus ligeras heridas se las había hecho él mismo. En vano trató Solón de desbaratar sus planes, porque el pueblo, arrebatado y siempre dispuesto á aclamar á un ídolo, concedió á su tribuno, para que se defendiera de nuevos atentados, una guardia de cincuenta hombres armados de garrotes. No tardó Pisistrato en apoderarse de la ciudadela y en someter á los atenienses á su yugo.

Fuerza es convenir en que no fué malo, ya que ni abolió la constitución ni cometió actos de violencia; pero, no podemos

reconocer como hombre justo al que aspira á la dominación, pues la mayor injusticia que puede cometerse es precisamente la de privar á los hombres de su libertad.

Entre tanto los del llano se entendieron con los de la costa para derribar á Pisistrato y confiscar sus bienes; pero al triunfar no pudieron entenderse, y Pisistrato, valiéndose de otro ardid, recuperó el poder. Esta vez explotó la credulidad religiosa de los atenienses.

Porque los griegos no estaban exentos de supersticiones; adoraban una multitud de ídolos, y aun los consultaban para conocer lo porvenir. No hacían nada sin saber lo que opinaban los dioses, esto es, los sacerdotes. Ya tendremos ocasión de hablar de los crímenes cometidos por tal medio.

La divinidad que se adoraba en Atenas y á la que se suponía protectora de la ciudad, llamábase Atenea; era ésta una diosa guerrera y al mismo tiempo amiga de las artes y la industria, cosas que no se compaginan; pero no hay que buscar la lógica en las religiones.

El jefe de la gente de la costa, después

de concertarse con Pisistrato, imaginó vestir á una bella campesina, alta y esbelta, con una armadura como la de la diosa. Hízola después subir á un carro, entre lucida escolta, y Pisistrato la seguía. El cortejo se encaminó á la ciudadela, mientras un heraldo gritaba así: «¡Atenienses! abrid las puertas á Atenea; ella os trae al que prefiere, ¡á Pisistrato!»

La estratagema dió el resultado apetecido; pero expulsado por segunda vez, tuvo Pisistrato que pasar diez años fuera del país; volvió por tercera vez, y una traición nueva le facilitó el desarme de todos los ciudadanos. Entonces pudo apoderarse definitivamente del gobierno.

Ocurrida su muerte, le sucedió su hijo Hípias, que al principio imitó á su padre en la moderación; pero dos jóvenes que se querían con amistad fraternal, Harmodio y Aristogitón, fraguaron una conspiración para librar á Atenas del tirano. No consiguieron matarlo, sino herir á Hiparco, hermano de Hípias.

Harmodio pereció en la tentativa; Aristogitón fué sentenciado á muerte y ejecuta-

do; hubo un gran número de ciudadanos presos.

Desde aquellos sucesos, Hippias cambió de carácter hasta hacerse odioso; Atenas acabó por expulsarlo, y él entonces fué á buscar refugio entre los persas, tratando de persuadirlos de que hicieran la guerra á sus conciudadanos para restablecerlo en el poder.

Los reyes hacen enseñar al pueblo á amar la patria y á morir por defenderla; pero cuando les quitan á ellos el poder, ó sencillamente cuando no encuentran bastante servilismo en la nación, son los primeros en traicionarla ó en atraer sobre ella la guerra con sus horrores: ¡que perezca todo antes que su poder! Dura lección, de que los pueblos todavía no se han enterado.

Hay que repetirlo: Hippias, tirano de Atenas, echado de la ciudad, atrajo á los persas al país, sabiendo que disponían de un ejército de tres millones de hombres, no pudiendo los griegos oponerles más de veinte mil.

Las circunstancias favorecieron la trai-

ción. Las colonias de Asia Menor, sublevadas, habían sido auxiliadas por los atenienses; dominada la insurrección por los persas, quedó el gran rey hondamente resentido contra Atenas y pensó en conquistar la Grecia de Europa, disponiéndose á realizar la empresa.

Reunió un poderoso ejército de tierra, que confió á su yerno Mardonio, y una flota auxiliar; á la vista del monte Athos quedó la flota deshecha por una tempestad, y fracasada la empresa se retiró Mardonio.

Dario se preparó de nuevo; antes de ponerse en marcha mandó heraldos á Grecia para pedir en su nombre la tierra y el agua, esto es, el reconocimiento de su soberanía; todas las ciudades griegas se le sometieron, con excepción de Platea, Atenas y Esparta, y se cree que en Esparta y en Atenas dieron muerte á los heraldos.

Entonces marchó Mardonio con su numeroso ejército en dirección de Atenas; entretanto, los atenienses también se preparaban y pedían auxilio á Esparta. Pero los supersticiosos espartanos no consintieron en ponerse en camino hasta la luna llena,

porque salir antes era un mal presagio, según ellos.

A todo esto, los persas desembarcaban cerca de Atenas, en la llanura de Maratón. Inmediatamente salieron de la ciudad los atenienses y acamparon frente al enemigo. Pocos días después, el general Milcíades, que ya había combatido contra los persas, persuadió á los suyos de que debían tomar la ofensiva, atacando los primeros; se dió la batalla, y los atenienses lograron la victoria; derrotados los persas, refúgiáronse en los barcos los que escaparon con vida.

El mismo día, después de la batalla, se presentaron los espartanos, que habían andado en tres días la distancia que los separaba del Ática. Llegaron, pues, nada más que para felicitar á los atenienses por su triunfo.

Supo Milcíades que los persas iban á atacar Atenas, por hallarse la ciudad sin defensores, y regresó precipitadamente. Cuando los barcos persas se presentaron frente á la ciudad, ya estaba allí Milcíades con sus tropas, y los persas volvieron á marcharse. Grecia se había salvado por primera vez (490 años antes de la era vulgar).

Otro ciudadano de Atenas, Temístocles, aconsejó á los atenienses que construyeran una flota mejor que la disponible, por componerse ésta de muy débiles embarcaciones mercantes, á fin de defenderse en adelante de los invasores. Seguido el consejo, los atenienses llegaron á ser una potencia marítima.

Pero Dario no abandonaba su proyêcto de vencer á los griegos, bien que murió sin haber acabado sus preparativos. Le sucedió Jerjes, su hijo, poco dispuesto á guerrear; pero sus consejeros no le daban tregua, y acabó por consentir que se emprendiera nueva expedición. Juntó un ejército compuesto de todas las fuerzas vivas de su imperio, conservando los de cada pueblo su traje y armamento nacionales. El conjunto era una muchedumbre pintoresca, pero desordenada, que arrastraba en pos de sí un enjambre de esclavos y de mujeres. Entre todos sumaban cinco millones de personas.

Para pasar el Helesponto (mar de los helenos, mar de Mármara), el rey mandó construir un gran puente de barcas; pero

esta primera obra la deshizo una tormenta. Jerjes, loco de ira, mandó que el mar fuera azotado, como si él gobernara las fuerzas de la Naturaleza.

Se reanudó el trabajo, se hizo el puente; y el gran rey, sentado en un trono de plata que se colocó en la playa, vió pasar todo su ejército. Duró el desfile siete días y siete noches.

Para invadir la Grecia central, necesitaban los persas atravesar un desfiladero angosto, comprendido entre el mar y las montañas: se llamaba «el paso de las Termópilas.» El rey de Esparta, Leónidas, estaba allí con trescientos espartanos y algunos aliados; rechazó varias veces á los persas; pero un traidor les indicó una senda á través de las montañas, y Leónidas, viéndose perdido, licenció á los aliados y se hizo matar con sus trescientos espartanos antes que abandonar el puesto que se le confiara.

Al mismo tiempo la flota griega, compuesta de ciento ochenta naves, se había concentrado en el promontorio de Artemisa. En frente se ordenaron mil doscien-

tos barcos persas; pero una borrasca los desordenó, destrozando á muchos de ellos entre las tinieblas de la noche. Al día siguiente los atacaron los griegos, quedando vencedores, gracias á que sus naves eran más ligeras y mejor construídas que las persas y á que sus marinos sabían manio-  
brar mejor.

Amenazada la ciudad por el ejército de tierra, Atenas fué evacuada por orden de Temístocles, que hizo embarcar á todos los hombres válidos. En seguida atacó á la flota persa en el estrecho de Salamina, y obtuvo una victoria completa. Jerjes contempló desde la orilla el combate y la derrota, observándolo todo atentamente desde su trono de plata. Y desde allí se marchó á sus dominios de Persia, dejando en Grecia á Mardonio con trescientos mil hombres escogidos (480 a. e. v.).

El gran rey se había embarcado con su séquito en un barco fenicio; el exceso de carga estuvo á punto de hacer que el barco zozobrará. Entonces Jerjes reunió á sus ministros y les dijo, como la cosa más natural del mundo, que se echaran al agua en

demostración de su fidelidad para que él salvara su preciosa vida. Los ministros y consejeros se postraron á sus pies y en seguida se tiraron de cabeza al mar.

Al llegar al término del viaje, el gran rey dispuso recompensar al piloto con una moneda de oro por haber sabido conservar le la existencia; pero un instante después lo hizo matar por no haber salvado la de sus amigos. Tal es la justicia de los reyes absolutos, y este hecho nos muestra á lo que pueden llegar el entendimiento y el corazón de un hombre si se cree superior á los demás y señor de todo un pueblo.

Entre tanto Mardonio destruía á la abandonada, á Atenas, y era la plaga del país. Pero al siguiente año sucumbió con su ejército en la batalla de Platea, al mismo tiempo que el resto de la flota era destruído en Micala.

Los griegos habían infligido á los persas el castigo que merecen los que intentan abusar de su fuerza.

## X

### **La Grecia después de las guerras médicas hasta la conquista de Felipe de Macedonia**

Después de la derrota de los persas, los atenienses volvieron á su ciudad y la hallaron destruída; tuvieron que restaurar todos los desastres de la guerra y se aplicaron á ello con ardor, no sin despertar los celos de los espartanos, que, obligados á dejar á los atenienses la gloria y el honor de haber salvado el país, hubieran preferido que la ciudad rival quedara sepultada en sus escombros.

Pero á pesar de esa mala voluntad, los atenienses reedificaron su ciudad y agruparon á su alrededor numerosos aliados, encargándose de defenderlos de toda agresión á cambio de un tributo; esto podía ser ventajoso para los aliados; para Atenas era un peligro moral.

Con el dinero del expresado tributo pudo Atenas proseguir su lucha contra los persas, hasta librar de ellos á los griegos del Asia Menor. Al mismo tiempo se embellecía la ciudad con obras de arte, las más bellas que hayan existido; por todas partes se erigían estatuas y se levantaban monumentos, debidos á tan grandes artistas como Fidias y Polignoto.

Los monumentos estaban agrupados en la Acrópolis, admirándose allí los Profileos ó puertas, el Partenón, el templo de la Victoria y la estatua de Atenea que dominaba toda la colina y se divisaba de muy lejos desde el mar.

La literatura realizó grandes progresos. La costumbre que tenían los griegos de reunirse varias veces cada año para celebrar sus fiestas, en las que se habían instituido concursos literarios y representaciones teatrales, sirvieron de estímulo á los escritores. Tres grandes poetas dramáticos se hicieron aplaudir por sus tragedias: Esquilo, Sófocles, Eurípides. El poeta cómico Aristófanes, y también Menandro, en comedias de fina observación mostraron sus defectos á

los atenienses. El pensamiento griego se desenvolvía en todos sus aspectos en los estudios de los filósofos, y si aquellos filósofos hubieran sabido observar la naturaleza en vez de buscar en su imaginación las causas de los fenómenos de la vida, hubieran impulsado grandemente los progresos de la humanidad.

La magnificencia de Atenas, su cultura intelectual, la vida elegante de los ciudadanos ricos, hicieron de la ciudad el punto de mira de toda Grecia y aun del extranjero. Los unos la admiraban, los otros la envidiaban acechando una ocasión de destruirla. Unos y otros veían nada más que lo externo de las cosas, ilusión que ha perdurado llegando hasta nuestros días; siempre se nos ha mostrado Atenas cual ciudad modelo y maestra de los pueblos, como si todos los esfuerzos debiéramos dirigirlos únicamente á imitarla.

Es un error; Atenas tenía sus vicios: una sociedad mal equilibrada, como que tenía por base la esclavitud; una asamblea tornadiza, dispuesta siempre á ser juguete de los intrigantes ó instrumento de los ambi-

ciosos; unos ciudadanos tan versátiles, que hacían de un hombre un ídolo sin saber por qué, y luego aplaudían cuando se le desterraba; por último, unos personajes que cuando perdían la popularidad se pasaban á los enemigos y vendían su patria.

Los atenienses, que se decían demócratas, adoraban el poder del oro en Pericles, que repartía sus bienes á los pobres para dejar sentado la reputación de su desinterés.

La injusticia es tan común en los hombres de Estado, que la historia nos conserva el recuerdo de Arístides, á quien se juzga dechado incomparable, sólo porque fué un ciudadano honrado y cumplidor exacto de su deber; parécenos, sin embargo, que el honor es cosa natural—ó debiera serlo—en los que se arrogan el derecho de gobernar á sus semejantes ó de aconsejarlos, y que el cumplimiento del deber no merece más que la estimación pública. Es verdad que hay cierto mérito en mostrarse justo en una sociedad que no lo es. Por otra parte, obsérvese que su rectitud fué para Arístides causa de persecuciones que lo con-

dujeron al ostracismo, y sólo por esto le tributamos nuestro homenaje.

Los atenienses no supieron conservar el favor de sus aliados, pues, además de la contribución, los sometieron á la obligación de ser juzgados por los tribunales de Atenas; también se les reprochaba el dedicar al embellecimiento de su ciudad el dinero que se les daba para la común defensa. Con todo, los servicios que prestaban eran efectivos, ya que mantenían la seguridad en los mares de Grecia; pero nunca se puede establecer una supremacía por medios justos, ya que toda autoridad es la injusticia misma.

Atenas, pues, se vió en el caso de emplear la fuerza para imponer su dominación y conservar, á despecho de los aliados y contra todo derecho, los lazos de alianza que algunos querían romper ó desatar. Se hizo la guerra, y los atenienses vencedores echaron de su país á todo un pueblo para reemplazarlo por otro.

Si los atenienses hubieran querido establecer un contrato legal entre ellos y las islas y prestar servicios sin abusar de su

fuerza ni de su influencia, habrían tenido una prosperidad mucho más grande y estable y no hubieran sembrado gérmenes de discordia y destrucción. ¡Pero qué lejos se encuentra la verdad del lisonjero cuadro que nos pintan cuando se habla de Grecia!

Quedamos en que la supremacía de Atenas era penosa para aquellos sobre quien pesaba; esto animó á sus enemigos los corintios, que disputaban á los atenienses el comercio por la mar, y á los espartanos, que aspiraban á dominar toda Grecia. De esto resultó una larga serie de guerras civiles, conocidas por el nombre de «guerra del Peloponeso». Estas luchas intestinas fueron atroces, con proscripciones, matanzas de prisioneros y, en una palabra, todos los horrores que suelen acompañar á este género de luchas.

Los pueblos que se dicen amigos de la libertad, no debieran olvidar que para ser verdaderamente libres es necesario no pretender el dominio sobre los demás. Querer imponer su autoridad á otros, aunque fuera mil veces bienhechora, es una iniquidad

que al fin se paga con la propia servidumbre.

Y eso es lo que sucedió en Grecia, donde cada pueblo, alternativamente, quiso imponer á los otros su preponderancia, y todas las fuerzas del país se consumieron en las guerras civiles, preparando fatalmente la pérdida definitiva de la independencia.

Después de la supremacía de Atenas vino la de Esparta, luego la de Tebas, por fin la de Macedonia, y esta era ya dominación extranjera.

No entraremos por ahora á detallar estos sucesos, porque antes de referirlos conviene dirigir una ojeada al resto de Europa y á los pueblos ribereños del Mediterráneo.

Antes de salir de Grecia tocaremos un asunto del que ya hemos hablado sin detenernos en él, y que por cierto merece nuestra atención; nos referimos á la creencia en que estaban los antiguos, y los griegos particularmente, de que los dioses eran oráculos, por lo que tenían la costumbre de consultarlos para todo lo que hacían.

Si hubo en el pasado alguna supersti-

ción funesta, fuente de toda clase de crímenes, fué ciertamente la creencia en los oráculos; por este medio, los sacerdotes que hacían de profetas eran dueños de los pueblos y de sus destinos, y vendían su intervención á quien mejor la pagaba.

Pero procedamos con orden.

El primer efecto sensible de los oráculos era la acción moral que ejercían sobre los espíritus: hemos visto que los espartanos abandonaron á los atenienses al comenzar las guerras médicas, porque el oráculo no les permitió ponerse en marcha. El hecho se repitió varias veces.

Fiando en profecías, vióse á menudo á los padres contribuyendo á la muerte ó á la desgracia de sus propios hijos, para evitar accidentes pronosticados á la hora del nacimiento. El exceso de precauciones era precisamente lo que en ocasiones provocaba la desgracia tan temida.

Otras veces ocurría lo contrario: fundándose en un oráculo, hubo padres—singularmente reyes—que abandonaban sus hijos condenándolos á muerte porque habían de serles funestos algún día. Y aquellos hi-

jos, criados al azar y lejos de sus familias, ó bien mataban á sus padres sin saberlo ó bien los asesinaban por venganza. Aun admitiendo que estos hechos sean fabulosos, nos ilustran acerca del mal que hace la falsa creencia de la predestinación.

Por último, los oráculos eran motivo frecuente de desalientos y de cobardías, cuando no eran favorables; en efecto, ¿á qué luchar contra lo inevitable?

En cuanto á los sacerdotes, no se contentaban con vender á los reyes predicciones favorables á sus empresas malditas, sino que se entregaban á verdaderos envenenamientos en las personas de las desgraciadas sacerdotisas encargadas de ponerse en comunicación con el dios á quien se interrogaba. Las hacían mascar hojas de laurel, ó bien las sometían á fumigaciones de datura, de beleño, de belladona, etc., que les daban horribles convulsiones durante las cuales decían palabras confusas é incoherentes que los sacerdotes traducían ó interpretaban á su gusto.

Agreguemos á esas abominaciones el degüello de las víctimas, de los prisioneros,

para leer en sus entrañas presagios misteriosos.

Y puesto que hablamos de la religión, digamos también que el mayor crimen, á juicio de los gobernantes y de los sacerdotes, ha sido siempre la incredulidad, y que muchos ciudadanos meritísimos han pagado con la vida el haber hecho uso de la razón ó el haber sido apóstoles de la verdad. Largas y sangrientas guerras, el exterminio completo de pueblos y de razas, han tenido por causa únicamente el haber labrado un campo consagrado á un ídolo; díganlo si no las guerras sacras, de las que hablaremos, y que dieron por resultado la sumisión de Grecia al rey de Macedonia.

---

## XI

### **Los primeros tiempos de Roma hasta el fin de las guerras púnicas.**

Cuando se sale de Grecia con rumbo al occidente, no se tarda en llegar á otra península mucho más grande y muy diferente de la tierra helénica; es Italia, cuyas costas rectilíneas son poco propicias á la navegación, en tanto que el interior del país es esencialmente agrícola. Esta doble circunstancia determinó el carácter de los primeros pobladores, poco aventureros, exclusivamente dedicados al cultivo del suelo y á la venta de sus productos, persiguiendo la ganancia, nada escrupulosos en los medios de enriquecerse, duros para el trabajo é inaccesibles á los sentimientos afectuosos y al amor de lo bello.

Aun en los tiempos más lejanos, dentro del período histórico, Italia se hallaba divi-

dida en tres partes: al norte, la región de los Alpes que llegaba hasta los Apeninos y al pequeño río el Rubicón; al centro, la Italia propiamente dicha; al sur, la Grecia mayor, llamada así por haberla colonizado los griegos.

Varios pueblos compartían el territorio de la Italia propiamente dicha; primero, hacia el norte, del lado del Adriático, los umbrios, del lado del Mediterráneo los etruscos; después venían los pueblos montañoses, sabinos y samnitas, y últimamente los latinos.

De todos estos pueblos, los etruscos eran los únicos un poco civilizados, es decir, que practicaran ciertas artes como la arquitectura y la cerámica imitada de los griegos; tenían una escritura, que era la antigua escritura griega; también tenían verdaderas ciudades, aunque no dignas de compararse á las de Oriente y Grecia.

Los otros habitantes de Italia llevaban una existencia grosera, siendo pastores, soldados, grandes aficionados al botín, ó labradores. Vivían en aldeas sin calles, en casas mal techadas y mal edificadas, y sin muebles. La ciudad, para ellos, no era más

que un sitio de reunión, un lugar al que iban á cambiar sus géneros y á vender los productos de una industria poco adelantada.

Todos aquellos hombres que tan bien hubieran podido entenderse para cultivar en común una tierra admirablemente fértil, vivían, al contrario, acantonados por tribus, envidiándose unos á otros, robándose mutuamente y tendiéndose lazos y asechanzas en emboscadas perpetuas.

Los más ávidos de todos parecen haber sido los latinos, habitantes del Lacio. Tenían por capital una ciudad que se llamaba Alba la Larga; los gobernaban reyes, y su historia se desvanece al principio en los confines de la fábula. El hecho más importante es que una cuadrilla de ladrones, expulsada de Alba, se estableció allí cerca, en el monte Palatino, donde fundó una pequeña ciudad llamada Roma (753 ?).

Bien pronto los romanos subyugaron á Alba y entraron en lucha con sus vecinos; lucha que no terminó hasta la absorción por Roma de toda Italia.

Insignificante en su origen, Roma no

tardó en engrandecerse hasta el punto de ocupar siete colinas.

Sin embargo, los romanos prefirieron la vida de los campos á la permanencia en Roma, no yendo á la ciudad más que los días de mercado ó de asamblea. Habían conservado mucho de las costumbres rústicas de la edad de bronce, costumbres que eran todavía las de casi todos los pueblos europeos. Desconocían las artes y no las hubieran comprendido, pues sólo veían de la existencia el lado material.

Todo el poder estaba en manos del padre de familia, que tenía sobre su mujer é hijos derecho de vida y muerte; podía vender sus hijos como esclavos hasta tres veces; este poder absoluto lo ejercía el padre en todos sus descendientes, que con él formaban una tribu llamada *gens*.

Los romanos de aquel tiempo vivían con estrechez, no pensando más que en el ahorro y en hacer valer su propiedad; los más ricos prestaban con usura á los artesanos y cultivadores pobres, pudiendo hacer esclavos suyos á los deudores insolventes.

Se dividía la población en tres clases, que

separaban infranqueables barreras: los patricios, grandes propietarios, descendientes del padre de familia; los clientes de los patricios, llamados hombres libres, sin fortuna, que trabajaban para los patricios, los servían y se colocaban bajo su protección, los cuales formaban parte de la *gens*; los patricios y sus clientes formaban el pueblo; por último, todos los pobres que no podían vivir sin el amparo de los patricios, y eran muchos, que constituían la plebe.

Todos los privilegios pertenecían á los patricios; todas las miserias eran el lote de la plebe; en cuanto á los clientes, colocados entre las dos clases, compartían más bien la desgracia de los plebeyos que la felicidad de los patricios.

También en Roma existía la esclavitud, y debió ser aun más penosa que en Grecia para el que tenía un amo avaro y codicioso de los que aprovechaban hasta los vestidos viejos del esclavo cuando le entregaban uno nuevo. Todos los malos tratos usados en otros pueblos se conocieron igualmente en Roma, sin que ninguna consideración atenuara sus efectos.

Roma fué gobernada, al principio, por reyes cuya autoridad estaba mitigada por una asamblea de patricios, el Senado, y por la asamblea del pueblo. Demasiado sabemos que tales asambleas sólo sirven para defender los intereses de los privilegiados.

Los reyes cometían las exacciones que son de uso corriente en los soberanos y jefes de Estado, por lo cual los patricios, lesionados en sus privilegios, al cabo de dos siglos echaron al monarca y establecieron la república (510 a. e. v.).

Aquella república era esencialmente aristocrática. El poder, fuera de la asamblea y del Senado, que subsistieron, se confió á dos magistrados titulados cónsules, al comienzo inamovibles, después elegidos para un año, y patricios necesariamente.

Se ve, por lo tanto, que la plebe no ganó nada en el cambio de gobierno. Como antes, siguió sometida al yugo de la riqueza, hambrienta, reducida á la esclavitud por la usura y diezmada por las guerras, que eran la principal ocupación de la clase gobernante.

Un día, sin embargo, se alzaron los ple-

beyos, en el momento de marchar á una guerra contra sus vecinos los volscos. Véase cómo se refiere el hecho.

El cónsul Apio Claudio, muy insolente y muy duro con los pobres, había reunido las tropas expedicionarias en la plaza pública de Roma. Súbitamente se presentó un anciano cubierto de cicatrices, gritando á los plebeyos que no marcharan. Él había hecho la guerra toda su vida, les gritó, había recibido infinidad de heridas por servir á Roma, y entretanto los enemigos habían destruído su casa llevándose todo lo que poseía. Obligado á recurrir á los patricios, éstos lo habían hecho esclavo, cargándolo de cadenas y matándolo á golpes. Esa es la recompensa de los pobres que trabajan y padecen por el Estado.

Indignados los plebeyos negáronse á marchar, pero cedieron al fin ante falaces promesas del Senado. Como estas promesas quedaron incumplidas, al regresar de la guerra se dieron por engañados y todos juntos se retiraron á un monte cercano, fortificándose en él y resistiéndose á penetrar en Roma.

Triste papel hicieron entonces los patrios en la ciudad desierta y en frente de una huelga general. ¡Cómo! ¿iban á tener que trabajar ellos mismos para satisfacer sus necesidades? ¡Horrible perspectiva, para gentes acostumbradas á vivir á expensas de los otros! Era preciso hallar un medio para coger de nuevo en sus redes á aquellos plebeyos, tan despreciados, pero tan indispensables.

Se cuenta que un tal Menonio Agripa tuvo la idea de ir á contarles un ingenioso apólogo, según el cual, cierto día se habían negado los miembros á ocuparse en llevar alimentos al estómago, que come siempre y no hace nada; pero que tardaron poco en advertir como iban perdiendo fuerzas y que la vida se les escapaba á ellos también, pues el estómago vacío no les enviaba ya la sangre que elabora para todo el cuerpo. Agripa comparaba la sociedad de Roma al cuerpo humano: el Senado era el estómago, los plebeyos las piernas y los brazos.

De haber sido plebeyos de aquel tiempo, hubiéramos contestado al orador que su comparación era la imagen fiel de una so-

ciudad organizada según las reglas de la justicia, pero no de la sociedad romana; que los patricios consumían siempre sin dar nada, pues, al contrario, abonaban sus campos con sangre de la plebe derramada en guerras que les aprovechaban á ellos solos, y por fin, nos hubiéramos negado categóricamente á regresar á Roma. El Senado mismo vió con claridad que el apólogo no era suficiente, y concedió á los plebeyos unos magistrados, llamados tribunos, encargados de su defensa.

Este fué el primer progreso en la vía de la igualdad y el comienzo de una lucha social que duró dos siglos.

Consiguieron los tribunos, sucesivamente, el reconocimiento ó la sanción por la ley de los derechos más amplios. Bastáballes colocarse delante de un plebeyo amenazado, para quitar al cónsul la facultad de prenderlo. La casa del tribuno debía de estar constantemente abierta, de noche como de día, para que el plebeyo pudiera encontrar en ella en cualquier caso un refugio.

La persona del tribuno era inviolable, es

decir, no podía golpeársele ni condenarle so pena de muerte y confiscación de bienes.

Más adelante pudieron los tribunos impedir la aplicación de las leyes que les parecían malas, pronunciando esta sencilla palabra: *veto*. Adquirieron además el derecho de asistir á las sesiones de las asambleas; privaron al cónsul de la facultad de condenar sin juicio, ni á la pena de muerte ni á la de multa muy considerable; el acusado podía apelar al pueblo de toda sentencia dictada por el cónsul.

También se prohibió interrumpir al tribuno que hablaba en una asamblea, y por último se reunieron los tribunos en una asamblea exclusivamente plebeya, cuyos votos, llamados plebiscitos, acabaron por tener fuerza de ley como los del Senado.

Al establecerse la república aun no había leyes escritas; pero los patricios, con el solo fin de garantir sus privilegios, pero dando al hecho una apariencia de justicia, decidieron escribir un código. Para redactarlo escogieron entre ellos á los diez más peritos (los decenviros), y les confiaron el gobierno hasta que su obra legislativa que-

dara terminada, que fué al cabo de un año. El código se llamó la Ley de las doce tablas, por la forma en la cual fué presentada al pueblo.

Al fin del primer año, los primeros decenviros fueron relevados por otros diez; pero estos últimos se negaron á entregar el poder cuando expiró su mandato. Numerosos abusos por ellos cometidos, fomentaron el descontento público.

Uno de ellos, el viejo Apio Claudio, pretendió hacer esclava suya á una joven plebeya muy hermosa que se llamaba Virginia. Acudió á los magistrados para obtenerla por juicio, y el juez, su compinche, se la adjudicó. Pero el padre de Virginia, que estaba en el ejército, volvió á Roma precipitadamente, y desesperando de obtener justicia mató á su hija para no entregarla.

Estos hechos produjeron indignación general, determinando la caída de los decenviros.

Se dice que Apio Claudio se mató en la cárcel.

La ley de las doce tablas consagraba to-

das las costumbres viejas: el derecho absoluto del padre; la esclavitud de la mujer, que soltera obedecía á su padre, casada á su marido, viuda al heredero del marido; la prisión por deudas, que duraba sesenta días, pasados los cuales era vendido como esclavo el insolvente, y si reclamaban diversos acreedores se le descuartizaba.

Los patricios no se descuidaron en sacar partido de todas las supersticiones; á la par que guerreros, los romanos eran religiosos.

No hacían nada sin consultar á sus dioses, por cierto innumerables, y cuya voluntad pretendían conocer por el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas sacrificadas ó el encuentro de éste ó el otro animal. Para interpretar estas señales habían instituído sacerdotes especiales, llamados augures, los cuales—y se comprende bien—no podían mirarse sin reirse.

Tenían los romanos un gran pontífice. Entre las funciones desempeñadas por los clérigos de Roma, recuérdense las barbaries que siguen:

Una vez al año celebraban las fiestas lla-

madas lupercales, en las que unos sacerdotes llamados lupercos, vestidos con una piel de macho cabrío, paseaban por los contornos de Roma golpeando con correas á todas las mujeres que encontraban.

Los romanos adoraban sobre todo á los dioses lares, dioses del hogar; cada casa tenía el suyo, y la ciudad de Roma había elevado un templo para mantener siempre encendido el fuego sagrado, que algunas jóvenes cuidaban de que estuviera perpetuamente encendido.

Estas sacerdotisas, llamadas vestales, recibían los más altos honores; pero si alguna dejaba apagar el fuego, era enterrada viva.

Cuanto más se examina las religiones, mejor se ve que los hombres han reunido en sus dioses todo lo que han encontrado de pérfido y cruel en el corazón de los seres más perversos.

Para conservar mejor su supremacía, habían ideado los patricios que no se pudiera consultar á los dioses en interés de un plebeyo; y como no se podía ser designado para una función cualquiera sin consultar

á la divinidad y obtener su aprobación, resultaba que todas las funciones importantes eran de los patricios. Jamás pudo un plebeyo ser pontífice, ni cónsul, ni censor (magistrado que repartía los impuestos), ni pretor (magistrado que administraba justicia).

No obstante, á fuerza de luchar, acabaron los tribunos en doscientos años por obtener que los plebeyos pudieran desempeñar las funciones del gobierno. Desde entonces, ya no hubo en Roma, según la ley, separación de clases; pero siempre hubo pobres y ricos, esclavos y amos, explotados y explotadores.

Debemos agregar que si los plebeyos acabaron por vencer en la lucha, fué porque había entre ellos algunas familias tan acaudaladas como las familias patricias.

La única diferencia era que los patricios descendían de los fundadores de Roma (de ladrones, por consecuencia), en tanto que los plebeyos ricos eran de origen italiano.

¿Qué importa la igualdad política mientras subsista la desigualdad social?

Los romanos edificaron un templo en honor de Jano, dios de la Guerra, el cual debía permanecer cerrado en tiempo de paz, y que hubo de estar constantemente abierto durante quinientos años.

Emplearon ese tiempo en subyugar sucesivamente todos sus vecinos, comenzando por los latinos continuando luego con las ciudades etruscas.

Ellos mismos sufrieron una invasión que puso en peligro la existencia de Roma, la de dos tribus bárbaras de galos (pueblo de que después nos ocuparemos) que habitaban entre el Po y los Alpes (Galia Cisalpina).

Ocurrieron después las guerras interminables contra los samnitas, montañeses que no se dejaron vencer fácilmente.

Todos estos acontecimientos coincidían con las luchas civiles de que hemos hablado en el capítulo precedente.

No daríamos á los sucesos guerreros más importancia que la que merecen, ya que nada enseña el relato de escenas de salvajismo; pero hemos de notar la costumbre que inspiraron á los romanos de establecer

colonias en los países que sometían, con objeto de impedir toda tentativa de rebelión por parte de sus habitantes. Esta medida, que sirvió para fortalecer la dominación de Roma en el exterior, fué en realidad una de sus principales causas de ruina.

Después de haber sometido los samnitas, Roma se apoderó de la Italia central, luego de la Gran Grecia y por último entró en lucha contra los cartagineses.

Cartago, la principal colonia fenicia, fundada por los tirios, hallábase situada en la costa africana del Mediterráneo en punto inmediato á la actual ciudad de Túnez.

Los cartagineses eran marinos y comerciantes como todos los fenicios; pronto extendieron su dominación á las restantes colonias fenicias y monopolizaron el comercio del Mediterráneo; iban á cada comarca á buscar los productos de su suelo y de su industria y los llevaban á Oriente á cambiarlos por perfumes y especias; pero lo que constituía el principal fundamento de su riqueza era el tráfico de esclavos.

Conservaban el idioma de sus antepasa-

dos lo mismo que su bárbaro culto: adoraban un coloso que llamaban Baal al que ofrecían víctimas humanas quemadas en el mismo interior del ídolo. Dícese que en tiempos de peligro las familias nobles sacrificaban así sus hijos.

El gobierno de Cartago era una república dirigida por un corto número de comerciantes que obraban despóticamente, puesto que á la nación no se le reconocía ningún derecho.

Para hacer la guerra reclutaban soldados extranjeros á quienes pagaban un sueldo: á tales hombres que hacen oficio de batirse por cuenta de quien les paga se les llamó mercenarios.

En un principio Cartago y Roma mantuvieron relaciones amistosas y aun ocurrió el hecho de que Cartago ayudase á Roma con su flota á la conquista del sud de Italia. Las dos repúblicas, igualmente ambiciosas, chocaron á propósito de la Sicilia, y de ahí arranca el principio de largas guerras conocidas con el nombre de guerras púnicas (de *Poeni*, nombre que los romanos daban á los cartagineses).

Para luchar con sus enemigos los romanos se construyeron una flota y se hicieron marinos. Entonces llegaron á apoderarse de la Sicilia y después se dirigieron directamente contra Cartago, donde después de alternativas de fracasos y de éxitos satisfactorios, acabaron por imponer á sus adversarios una paz por la cual se hacían reconocer como dueños definitivos de la Sicilia y se hacían pagar una cantidad considerable. (241 a. e. v.)

Cartago vencida y falta de recursos, la escasez abrumaba al pueblo y los mercenarios no pudieron ser pagados, por lo que éstos se rebelaron y emprendieron una guerra tan horrible por ambas partes que los contemporáneos la llamaron guerra imperdonable: los mercenarios cortaban las manos de los prisioneros, los torturaban y los crucificaban; por su parte los cartagineses hacían devorar los suyos por las fieras. El general Amílcar, después de firmada la paz, se aprovechó de las mismas circunstancias del tratado para aniquilar de un solo golpe cuarenta mil mercenarios. Ocurrió lo relatado en la isla de Cerdeña, donde se refu-

giaron los mercenarios, mientras que los romanos que no dejaron de tomar parte en la lucha quedaron dueños de la isla. (239 a. e. v.).

Después de tomar cuanto pudieron del sud y del centro de Italia, los romanos ambicionaron la posesión de la Galia Cisalpina, siéndoles su conquista harto penosa, y para conservarla establecieron en ella las tres colonias Cremona, Módena y Plasencia. (218 a. e. v.).

La lucha entre Roma y Cartago no tardó en encenderse nuevamente. Los cartagineses fundaron sobre la costa de España una colonia que denominaron Cartagena, ó sea nueva Cartago, y poco á poco, conducidos por Aníbal, hijo de Amílcar, se fueron apoderando de todo el país hasta el Ebro, donde se encontraron frente á los romanos con quienes rompieron otra vez las hostilidades, y esta vez sin esperanza de reconciliación.

Siguiendo Aníbal su camino hacia el norte, entró en la Galia y de allí pasó á Italia, donde venció á los romanos en varias ocasiones, especialmente en Canas (216), causándoles enormes pérdidas; pero bien

pronto Roma reparó sus desastres, y Cartago, vencida en España y luego en su propio territorio (Zama, 202) se vió reducida al estado de tributaria de los romanos (201).

Los vencedores dirigieron entonces sus miradas hacia Oriente, porque en su desmesurada ambición soñaban nada menos que con el dominio del universo; pasión que causó su ruina y fué su castigo.

---

## XII

### **Macedonia.—Felipe.—Alejandro hasta la conquista por los romanos.**

Al norte de la Tesalia y bañada al sudeste por el mar Egeo, se extiende una grande y fértil llanura, conocida antiguamente con el nombre de Macedonia (en la actualidad Turquía de Europa). Rica esta tierra en cereales y á propósito para la cría de ganados, los macedonios, por la influencia del medio, fueron, pues, agricultores y pastores, permaneciendo incultos y groseros, en tanto que los nobles, propietarios de la tierra y de sus productos como los privilegiados de nuestros días, dedicaban su tiempo á la caza, á la guerra ó á la orgía. Aunque en el país se hablase un dialecto griego, en Grecia se les consideraba como extranjeros.

En un principio sus reyes se manifesta-

ron amigos de los atenienses: uno de ellos recibió en su corte al pintor Zeuxis y otros artistas griegos.

Su sucesor, Felipe, ofreció su alianza á Atenas, pero como atenienses y macedonios ambicionaban la soberanía del mar Egeo y la posesión de las ciudades de la costa, aquella amistad fué de corta duración.

Por otra parte el objeto real de Felipe era dominar toda la Grecia, y con tal intento no cesaba de intervenir en todas las cuestiones que se agitaban entre sus vecinos del sud. Ostentaba generosidad, elogiábase su ingenio y su amabilidad, pero mientras prodigaba sus pérfidos favores, se ocupaba en organizar un ejército más fuerte y diestro que todos los hasta entonces conocidos, transformando á este fin su pueblo de agricultores en falanges guerreras, ignorantes hasta de las nociones más elementales, pero hábiles en el arte de matar. Compréndese que una vez en posesión de semejante instrumento de conquistas se apresurase Felipe á utilizarle.

Los atenienses estaban á la sazón dividi-

dos en opiniones diametralmente opuestas: querían los unos conservar la paz á toda costa y hacer una alianza con Macedonia; los otros juzgaban que era preciso combatir sin tregua contra Felipe que amenazaba la independencia del país. Alternativamente llegaron á hacer que prevaleciera su opinión cada uno de estos dos partidos y vese á los atenienses ofrecer al rey de Macedonia la corona de oro que casi al mismo tiempo otorgaban al orador Demóstenes que personificaba el partido de la guerra.

Una vez más la religión favoreció los intentos del conquistador: los tebanos incitaron á todos los griegos á largas y sangrientas guerras á causa de sus divinidades, acusando á los focios de haber labrado campos consagrados á Ceres y á Apolo. He ahí el origen de las guerras sagradas.

Parécenos que si fuéramos dioses, nos horrorizarían los males producidos por nuestra causa, é intervendríamos para impedir toda hecatombe y reconciliar los enemistados hermanos; pero á las divinidades les es grato el olor de los holocaustos guerreros. Por lo mismo es un consuelo pensar

que los dioses no han existido más que en la imaginación de los hombres, siendo, por tanto, posible suprimirlos y suprimir la explotación que en su nombre se ejerce sobre la credulidad pública.

De todos modos, Felipe llegó á imponerse á los griegos, aunque aparentando que respetaba su independencia. Reunió en una liga todos los helenos, excepto los espartanos, y se hizo proclamar generalísimo para emprender nuevas guerras médicas, por cuyo medio esperaba extender su dominio lo más lejos posible.

En tal situación volvió á Macedonia para arreglar los preparativos de esta expedición contra Persia. Antes de partir, celebró grandes fiestas en honor del matrimonio de su hija, y un día, en una procesión en la que se ostentó su propia estatua sobre un trono precedido de las estatuas de los doce grandes dioses de Grecia, y en que él mismo seguía el cortejo ridículamente ataviado, un joven noble que tenía contra él cierto resentimiento le mató de una puñalada. (336 a. e. v.)

Sucedióle su hijo Alejandro, joven de 20

años, dotado, según se ha dicho, de buenas cualidades naturales, pero que constituye un notable ejemplo del daño que puede causar una mala educación.

Su padre le rodeó de los maestros más sabios de la época, contándose entre ellos el célebre filósofo Aristóteles; pero contrarrestaba el efecto de sus lecciones la conducta de su padre y de todos los nobles que formaban su corte: oía constantes alabanzas al valor guerrero y á la supuesta gloria, tan odiosa en el fondo, de los conquistadores; era testigo constante del empeño que ponían los grandes en ganar para sí la opinión pública; había visto á su padre llevar el orgullo hasta hacerse representar por la figura de un ídolo; había tomado parte en aquellas vergonzosas orgías en que todos los convidados se embriagaban hasta perder la conciencia de sus actos y en que eran cosa lícita y corriente todas las manifestaciones del vicio; había visto, por último, á su propia madre asesinar á un hijo de Felipe y forzar á su madre á estrangularse, para asegurarle la tranquila posesión del reino.

Compréndese que las lecciones teóricas de sus maestros careciesen de eficacia para contener el desarrollo de las pasiones de tan excepcional manera sobrecitadas por cuantos le rodeaban, y que sus buenas disposiciones naturales fuesen sofocadas por la ola ascendente de los deseos y de la intemperancia hasta morir en plena juventud, á la edad de treinta y tres años.

Volvamos á los hechos. Al saber la muerte de Felipe, los griegos, por un movimiento unánime, quisieron sacudir el yugo macedónico; pero Alejandro pasó las Termópilas, y se vió inmediatamente el noble impulso hacia la libertad trocarse por cobardía en servil adulación. El Consejo de los Anfictiones otorgó á Alejandro el título de generalísimo que ostentó su padre, y los atenienses, excusándose por no haber previsto la decisión del Consejo, le dedicaron dos coronas de oro.

Entonces comenzaron las locas campañas de Alejandro: primeramente atacó á los tracios, sus vecinos del nor-este; luego entró en Grecia, donde destruyó Tebas, que había intentado emanciparse.

En 334 partió para el Asia con el propósito de despojar de su reino al rey de los Persas y avanzar después hacia el Oriente tan lejos como fuera posible.

Gustaba Alejandro de producir efectos teatrales: al desembarcar en Asia fué á ofrecer un sacrificio á Príamo, rey de los troyanos cantado por Homero, y cubrió de flores la tumba de Aquiles, á quien le agradaba compararse. Prosiguió luego sus conquistas, apoderándose sucesivamente del Asia Menor, de Tiro, de la Media, de la Persia, y juzgábase generoso y magnánimo porque trató bien á la familia de Dario que cayó en su poder; á una carta de reproche del rey de Persia respondió ingenuamente «que él no era su enemigo, sino que lo que se proponía era sencillamente quitarle el Asia.» En otra ocasión escribió á Dario recomendándole que no le tratase como su igual, sino como al dueño del imperio.

Cada vez que penetraba en una nueva comarca, entraba en los templos y ofrecía pomposos sacrificios al ídolo acreditado.

Después de la conquista de Tiro, que le fué muy costosa, entró Alejandro en Egip-

to, que aun permanecía bajo la dominación persa, y fundó la ciudad de Alejandría, que llegó á ser una de las más importantes de la antigüedad. Dirigióse luego al Alto-Egipto para visitar el templo de Amón, donde los sacerdotes le nombraron hijo del dios, como tenían costumbre de hacerlo para el faraón, y Alejandro, tomando el título en serio, quiso que le adorasen, adoptando al efecto los trajes y costumbres de los príncipes orientales y obligando á todos sus vasallos á prosternarse en su presencia.

Los griegos le escribieron irónicamente manifestándole que por su parte le permitían hacerse llamar dios si eso era de su agrado. Un noble macedonio, llamado Casandro, que vino á visitarle en su nuevo esplendor, estalló en ruidosa carcajada al verle. No obstante, la mayor parte de sus compañeros adulaban bajamente su manía.

Una noche, después de un festín orgiástico en que todos los convidados se emborracharon según costumbre, mientras que todos adulaban al amo, uno de sus más fieles amigos, Clito el Negro, que le salvó la vida en una batalla y á quien indignaba

toda aquella farsa, se permitió dirigirle severos reproches. Alejandro, enfurecido, cogió la lanza de un guardia y le mató en el acto.

Al día siguiente y muchos días después el rey lloró amargamente, manifestando gran arrepentimiento; pero un cortesano le persuadió de que siendo dios no había cometido falta alguna, porque á los dioses todo les es lícito.

Alejandro se consoló en efecto, y de tal modo aprendió la lección que mató é hizo matar muchos de sus mejores amigos, entre ellos Calístenes, Parmenión y su hijo Filotas.

Extraño carácter, que no sabía dominar ninguno de sus impulsos, desquitándose luego con sus lágrimas y sufriendo sincero arrepentimiento por sus faltas. Aquel hombre que quería ser dueño de un inmenso imperio era esclavo de sus menores caprichos.

Sometida la Persia, Alejandro internó su ejército en la India, atravesó una parte de aquel país sin sentir la necesidad de poner término á sus correrías aventureras; pero sus soldados, cansados de ocho años de

campana, se negaron á ir más lejos y obligaron al rey á retroceder á la Macedonia. Al pasar por Babilonia se sintió atacado de una fiebre perniciosa de la cual murió al cabo de diez días de enfermedad. (321).

Sus generales se disputaron el imperio en guerras prolongadas que causaron en todo el Oriente los más horribles males, poniéndose al fin de acuerdo para dividir el Oriente en tres partes: Asia, Egipto y Macedonia; pero pronto surgió una multitud de pequeños Estados independientes: los reinos del Ponto, Pérgamo, Capadocia, Bactriana y Armenia en Asia; el reino de los Partos en las orillas del mar Caspio. Todos fueron destruídos por los romanos antes de cumplir dos siglos de su fundación.

Después de la partición del imperio de Alejandro, la atención se distrae de la Grecia para fijarse en Egipto, que unos príncipes griegos, los Ptolomeos, habían transformado en verdadero foco de helenismo; es decir, de la civilización griega. Alejandría, la nueva capital, llegó á ser la ciudad griega por excelencia, refugio de todos los sabios y artistas de la época.

Ostentaba esta ciudad un monumento hasta entonces desconocido, el Museo, que contenía una biblioteca de 400,000 manuscritos; un jardín botánico donde se cultivaban todas las especies de plantas conocidas á la sazón, colecciones zoológicas y hasta una sala de anatomía, lo que era el colmo de la audacia científica en aquellos remotos tiempos.

No obstante, el estudio de la naturaleza hallábase aún singularmente reducido. La mayoría de los «sabios» continuaban buscando únicamente en su imaginación la solución de las cuestiones filosóficas. Para dar idea de sus preocupaciones, recordemos lo que hicieron en Caldea los que acompañaban á Alejandro.

Los caldeos, como es sabido, eran notables observadores del cielo, y á ellos se deben importantes descubrimientos en astronomía y en matemáticas; acostumbraban á escribir sus observaciones en placas de barro que cocían al horno convirtiéndolas en una especie de ladrillos inalterables, constituyendo de este modo una verdadera biblioteca muy digna de ser consultada;

pues el filósofo Calístenes fué el único que la consultó, hizo traducciones y envió copia á su maestro Aristóteles. Los demás desdennaron esos documentos para entregarse con pasión al estudio de la astrología; es decir, á las supersticiones por medio de las cuales los caldeos pretendían conocer lo porvenir por la inspección de los astros.

El resultado fué que en lugar de ser provechoso para la humanidad, todo el trabajo que se hizo en Alejandría se derrochó en crear toda clase de sistemas erróneos que acabaron por fundirse en una religión nueva, el cristianismo, del cual fueron inventores los filósofos de Alejandría.

En Grecia, la muerte de Alejandro pareció ser la señal de la emancipación general; pero si los griegos se desembarazaron del yugo de los macedonios no supieron poner término á sus disensiones civiles. El partido del pueblo y el de los ricos continuaron disputándose el poder; cada uno de ellos alternativamente vencedor y vencido, desterraba á sus adversarios, confiscaba los bienes y vendía las personas como esclavos.

Tan sensibles divisiones fueron útiles á los romanõs, que comenzaron por apoderarse de la Macedonia; luego, después de adular á los griegos afectando reconocer su independencia completa, entraron en la península reduciendo todo el país á provincia romana.

Sin embargo, no pereció la civilización griega; antes al contrario, los vencedores entraron en la escuela de los vencidos, y en ella se despojaron de su grosería, aprendieron á amar y cultivar la literatura y las artes, y tuvieron á honra enviar sus hijos á instruirse en Atenas y en Alejandría, inclinándose inconscientemente ante las obras de la paz y de la inteligencia, que constituyen lo que en el mundo reviste el carácter de verdaderamente imperecedero.

---

## XIII

### **El helenismo en Roma.—Las provincias romanas.**

Cuando los romanos se pusieron en contacto con los griegos, produjéronse grandes cambios en su manera de vivir; renunciaron á la existencia grosera de sus antepasados y se dieron cuenta de que la sociedad no debe estancarse copiando incesantemente el pasado; porque todo progresa en la naturaleza y la humanidad no debe constituir una excepción en esa ley universal de transformación.

Con el hallazgo de hombres más cultos que ellos, los romanos se aficionaron á las cosas de la inteligencia que hasta entonces ignoraban: leyeron, estudiaron, imitaron á los artistas griegos, enviaron sus hijos á estudiar en las escuelas que los griegos fundaron en Italia, y aun los más ricos

compraron esclavos griegos que sirvieran á sus hijos de preceptores.

El abandono de la ignorancia inspiró á los romanos el amor á la vida fácil y elegante; se hicieron construir casas espaciosas como las de los atenienses, cambiaron de traje, viajaron por placer y se hicieron representar producciones dramáticas.

No se contentaron ya con el alimento pobre y sencillo á que estaban acostumbrados, y necesitaron manjares exquisitos y vinos famosos servidos en vajilla lujosa por numerosa servidumbre.

Compréndese que nos referimos aquí á los ricos; porque los trabajadores, campesinos y artesanos, viéronse forzados á conservar su pobreza y la rudeza de la vida antigua. Para ellos no hubo instrucción, ni alimento, ni abrigo suficiente, disputándose penosamente el trabajo, que les producía un mezquino salario, con los esclavos y con los extranjeros. Su único placer consistía en asistir á los juegos del circo; es decir, á los combates de hombres y de fieras, espectáculo bárbaro y repugnante que convenía á su ignorancia, toda vez que eran incapa-

ces de apreciar los placeres intelectuales.

Mas ¿de qué podían quejarse? ¿no eran ciudadanos romanos? ¿no se les permitía el derecho de vestir la toga? y ¿no se había proclamado que ante la ley eran los iguales de los patricios?

¡Ah! ante la ley, quizá; pero no ante la justicia: la suma enorme de bienestar y de privilegios con los cuales los ricos insultaban su miseria, les permitía considerar en toda su extensión cuán ilusorios eran «los derechos políticos» que les habían costado doscientos años de lucha.

Otra iniquidad cometida por los nobles consistió en emanciparse parcialmente de las preocupaciones religiosas, manteniéndolas cuidadosamente para la plebe, inspirados por el filósofo griego Evhemero, que enseñaba que los dioses eran hombres extraordinarios que habían embellecido la historia. Un gran pontífice romano llegó hasta decir: «No es conveniente negar los dioses en público, pero puede hacerse en particular.» Este gran pontífice, llamado Cotta, para satisfacción de su honor, hubiera debido renunciar á unas funciones que él

mismo calificaba de impostura, en vez de dar el ejemplo de una hipocresía lucrativa.

Y ocurría que aunque cada uno en su conciencia íntima se libraba de supersticiones absurdas, los unos querían mantenerlas como medio de dominación, y los otros no se atrevían á emanciparse francamente por temor á la opinión pública, y de ese modo continuaba en todo su vigor un culto público de que todo el mundo se burlaba en secreto, resultando que el error y las malas costumbres con todo su séquito de desgracias é injusticias se perpetúan por cobardía de los que temen poner de acuerdo su conciencia y su conducta.

Sin embargo, algunos autores latinos, especialmente Lucrecio, tuvieron el valor de escribir obras filosóficas antireligiosas, «con el propósito, dice aquél en su poema *La Natura*, de librar á los hombres del temor de los dioses y emanciparlos de la tiranía de la religión;» pero fué esto un esfuerzo aislado, sin efecto notable, porque los que tenían interés en mantener las creencias eran también los únicos que sabían y podían leer.

Con el aumento de placeres y bienestar los patricios aumentaron también el número de sus esclavos, y si bien no les trataban mejor que sus antepasados, les daban ocupaciones más variadas, empleándolos como domésticos en las casas, como obreros en las manufacturas, como labradores en los campos y aun como preceptores de sus hijos.

La ley romana se había dignado ocuparse de los esclavos, pero solamente para consagrar su ignominia y los privilegios de sus amos: les negaba el título de hombres, les asimilaba al ganado y les privaba del derecho de poseer y de fundar una familia; el esclavo era la propiedad del amo, quien podía torturarlo á su antojo sin que el desgraciado pudiera quejarse ni acusar á su verdugo.

Los esclavos rurales eran los tratados más duramente: se les encadenaba para trabajar en los campos, llamándoles por este motivo raza térrea; algunos trabajos como los del molino á brazo y el de las canteras eran tan penosos que se destinaba á ellos á los esclavos acusados de faltas graves,

y después de una tarea diaria tan ruda é insoportable se les encerraba por la noche en una especie de calabozo subterráneo llamado ergástula.

Al esclavo que trataba de escaparse se le echaba á las fieras del circo, y cuando no se le quemaba envolviéndole en una tela impregnada de pez. Por un robo ó una mentira se le suspendía por el cuello, sin estrangularle, en una horca, dejándole allí más ó menos tiempo. Cítase cierto personaje que poseía un vivero para la cría de lampreas y les echaba como pasto los esclavos que rompían algún objeto.

A los esclavos enfermos se les abandonaba en una isla del Tíber.

Existen tratados de moral en que se leen preguntas como estas:

«¿Es permitido á un hombre honrado alimentar á sus esclavos en tiempo de hambre?»

»Si en un naufragio es necesario arrojar al mar parte del equipaje, ¿debe sacrificarse un caballo de alto precio antes que un esclavo?»—(*Tratado de los deberes*.—Hecaton, libro VI.)

Concíbese que con tales tratamientos fuese difícil á los esclavos ser buenos y sinceros, ya que no podían pensar más que en desviar la cólera de sus amos por la mentira, la astucia, la adulación y la complacencia á todos sus caprichos y á todos sus crímenes, porque tales son los únicos recursos de los ignorantes y de los explotados; por lo mismo la palabra esclavo es sinónimo de vil; sólo que se comete un error aplicando esa calificación á los que son víctimas de la esclavitud, en vez de deshorrar con ella á los que la imponen para su provecho.

No alcanzó solamente al género de vida de los ciudadanos el cambio notable producido por las guerras, sino que tuvo mayor trascendencia, cual fué la creación de una nueva clase de personas cuyo rango social establecióse entre el patriciado y la plebe, denominándosele los caballeros ú orden ecuestre.

Entre los romanos de los primeros siglos, los que poseían cierta fortuna determinada por la ley hacían su servicio militar en la caballería; en la época á que alcanza nues-

tro relato, habíase abandonado esa costumbre, pero continuaba llamándose caballeros á los que poseían el capital exigido, y como muchos soldados se habían enriquecido sin escrúpulo robando á los vencidos en la guerra, á su regreso á Roma se dedicaron principalmente á los negocios ó al comercio exterior, y los censores, magistrados encargados de llevar las listas de los contribuyentes y de inspeccionar las costumbres de los ciudadanos les inscribieron en la orden equestre. Cuando llegaban á los grandes cargos de la República, sus hijos se hacían nobles: los caballeros eran, pues, como un plantel de patricios.

Frecuentemente ejercían su actividad explotando sin contemplación los países conquistados.

A medida que iban haciendo conquistas, los romanos constituían provincias bajo el poder absoluto de un gobernador en cada una llamado procónsul.

El Senado ponía luego á subasta los impuestos que debían pagar sus habitantes; es decir, mediante una cantidad más ó menos importante, un particular podía

comprar el derecho de imponer contribuciones arbitrarias al país. Los que compraban el arriendo de los impuestos al exterior se denominaban publicanos y pertenecían también al orden de los caballeros.

El publicano seguía al procónsul, se instalaba en la provincia, montaba su administración y vendía como esclavos los contribuyentes á quienes reducía á la miseria.

Entregábase además á otro negocio infinitamente más lucrativo aunque infame en la misma proporción: sea por cuenta propia, sea por la del procónsul que solía ocultarse bajo el nombre del publicano, prestaba dinero á rédito enorme, empleando luego todos los medios, incluso el hambre y el estado de guerra y todos los desastres imaginables para cobrar los intereses usurarios. Y si alguna vez, á costa de grandes sacrificios, los habitantes de la provincia reunían el capital prestado y querían quedar en paz, el publicano no aceptaba el dinero prefiriendo la continuación indefinida de aquellos honrados... beneficios; para eso disponía siempre de un ejército dispuesto á imponer su voluntad.

Cuando se había estrujado hasta el extremo al país sacando de él cuanto podía sacarse, intervenía el procónsul, aplicaba la ley y vendía como esclavos á todos sus habitantes.

El cargo de procónsul duraba un año, por lo que procuraban estos funcionarios emplear tan corto plazo en enriquecerse por los medios más odiosos: la vida, la libertad y el honor de sus administrados estaba á merced de su poder absoluto. Si alguna vez, en su desesperación extrema los provincianos se quejaban á Roma, el Senado destituía al procónsul, pero su sucesor se encargaba de hacer pagar cara la denuncia. Por eso las quejas eran muy raras y se tiene la costumbre de decir que Roma ha llevado el orden y la paz siguiendo á sus ejércitos. Basta un examen imparcial para convencerse del mal que han causado los romanos.

Con la sumisión del Oriente, no quedó aún satisfecha la ambición de los romanos, quienes volviendo sus miradas al oeste resolvieron apoderarse de España, donde ya habían penetrado so pretexto de defen-

der la península contra los cartagineses.

España, llamada á la sazón Iberia, hallábase habitada por montañeses rudos y valientes, divididos en tribus, entre las que sobresalían los celtíberos y los lusitanos, ocupando estos últimos la parte que forma hoy Portugal.

Harto difícil fué vencerlos: tenían pocas ciudades, vivían en montañas casi inaccesibles y podían ocultarse de sus enemigos sin dejar de hostilizarles un momento, llevando su feroz heroísmo al extremo de que los prisioneros preferían el suicidio á la esclavitud, y frecuentemente echaban á pique los barcos en que eran transportados á Roma.

No pocos ejércitos romanos fueron destruidos por esos bravos montañeses, y la lucha se prolongó durante muchos años; personalizándose la resistencia en el lusitano Viriato, que por espacio de diez años tuvo en jaque á las legiones de Roma, hasta que la traición, ávida de oro, terminó con el asesinato del héroe. (139).

Las consecuencias fueron lamentables, porque los lusitanos, acostumbrados á obe-

decer á un jefe hábil que merecía su confianza, eran incapaces de obrar por sí mismos, y la muerte de su general, incidente que deber tenerse siempre previsto, les sumergió en enervante desaliento, con tanto mayor motivo cuanto que en su ignorancia supersticiosa creían el triunfo dependiente de la persona de su jefe; bien lejos, por tanto, de pensar que cada individuo era un instrumento de la obra común y que á todos por igual correspondía buscar su salvación. La independencía de un pueblo no ha dependido jamás de la voluntad de un hombre solo, sino en cuanto todos los demás han abdicado de su pensamiento y de su voluntad, reposando ciegamente en la confianza ilimitada concedida á un hombre á quien divinizaban.

Sin embargo, no toda España se declaró vencida, encontrando la resistencia un último núcleo entre los arévacos, pueblo poco numeroso del norte de la península, que poseía una sola ciudad, y aun de escasa importancia, no lejos de las fuentes del Duero.

Por espacio de diez años rechazaron todos los ejércitos romanos, dando, no sólo

alto ejemplo de valor, sino también de moderación en la victoria, contentándose después de cada triunfo con pedir la paz á sus enemigos. El general romano Mancino, enviado contra los numantinos, se dejó sorprender y derrotar vergonzosamente, y habiendo aceptado la paz que le impusieron los vencedores, el Senado de Roma se negó á reconocer el tratado y entregó Mancino á sus enemigos, pero éstos le devolvieron á su campo.

Por último, el general Scipión vino á poner sitio á Numancia resuelto á vencer por el hambre, pero los valerosos habitantes salían de la ciudad pasando á nado el río y abastecían de víveres á los sitiados; entonces los romanos cercaron el río, y comprendiendo los numantinos que ya no había esperanza de salvación, resueltos á no caer en manos del vencedor, se mataron unos á otros, llegando á no poder presentarse vivos ante Scipión más que cincuenta. El general ordenó destruir la ciudad por completo, y la orden se llevó á cabo de modo tan absoluto que actualmente se desconoce el sitio que ocupaba.

Comparando la conducta de los numantinos con la de los romanos en esta ocasión, resulta que los últimos destruyeron una nación por la violencia sin provecho alguno, dejando Numancia convertida en un desierto, mientras que los primeros, envueltos entre las ruinas hicieron mucho por la educación de la humanidad, enseñando á los hombres que no hay dignidad sin libertad y que la vida de un pueblo esclavo no vale la pena de ser conservada.

Para mantener su dominio en España los romanos necesitaban paso franco por el sud de la Galia (Francia actual). En aquella comarca, á la desembocadura del Ródano, se habían establecido unos griegos procedentes del Asia Menor, y fundaron la ciudad de Marsella, que se hallaba en estado muy próspero, y cuyo puerto tenía ya gran importancia comercial. Los marselleses fundaron colonias en todo el litoral, y como no estaban en buenas relaciones con los galos, se aliaron con los romanos para pelear contra las tribus vecinas. Esto dió á Roma la ocasión de destituir del dominio del país á los griegos: después de una guerra contra

los alobroges y los arvernos, dos de las más importantes tribus galas declararon todo el sud de la Galia provincia romana. De ahí viene el nombre de Provenza que ha conservado el país.

Por último, siempre celosos de los cartagineses, los romanos no tuvieron reposo hasta que destruyeron definitivamente á Cartago y tomaron las medidas que juzgaron conducentes á impedir todo conato de reconstrucción.

Roma se hizo dueña de todas las costas del Mediterráneo: orgullosa de su poder, ¿tenía razón para manifestarse satisfecha? La continuación de su historia nos lo demostrará.

---

## XIV

### **Guerras civiles en Roma al fin de la república**

Roma, ya lo hemos visto, no hacía únicamente la guerra por orgullo: la rapiña era su principal objeto. La parte más importante del botín robado á los vencidos consistía en tierras que constituían la propiedad del Estado; pero los nobles se apoderaron después de ellas y disfrutaron durante varios siglos como si les perteneciesen realmente.

Durante aquel tiempo, los ciudadanos pobres vieron aumentarse su miseria, sin que nadie entre los que se arrogaban el derecho de gobernarles pensase lo más mínimo en disminuir sus sufrimientos.

Es la eterna historia de los bandidos, entre los cuales los más hábiles en decidir al mayor número á cometer el crimen son los únicos que de ellos se aprovechan.

No obstante, formóse en Roma una corriente de opinión favorable á una reclamación de la plebe, y un joven de una familia ilustre, Tiberio Graco, tomó con empeño la causa popular, y, habiendo obtenido la categoría de tribuno, propuso al Senado y á la asamblea del pueblo la distribución á los ciudadanos pobres de las tierras propiedad del Estado. Esta proposición, conocida con el nombre de ley agraria, fué la señal de luchas entre sus partidarios y sus enemigos.

Tiberio Graco, en un elocuente discurso dirigido al pueblo, decía:—«Mienten los generales cuando exhortan á los romanos á combatir por sus hogares lo mismo que por el suelo que cubre sus sepulcros; por lo que combaten y por lo que mueren es para sostener el lujo ajeno; se les llama señores del mundo y carecen de todo y ni son dueños del terreno que pisan.»

Triunfó Graco en un principio por la firmeza y la constancia que desplegó, obligando al Senado á ceder y á oponer su veto á todos los actos del gobierno. La asamblea del pueblo votó la ley agraria y en-

cargó á Tiberio, á su cuñado Apio y á su hermano Cayo el arreglo de la distribución de las tierras; pero pasado el año del tribu- nado de Tiberio, los senadores, que desde tiempo atrás buscaban una oportunidad, lograron asesinarle en la asamblea, donde penetraron capitaneando una gavilla de esclavos armados de garrotes, y con él pe- recieron la mayor parte de sus partida- rios. (133).

Diez años después emprendió de nuevo la lucha Cayo Graco, y lo hizo con elocuen- cia y vigor superiores á las de su hermano: propuso, no sólo dar tierra á los plebeyos que consintieron en alejarse de Roma, sino además comprar trigo para venderlo á bajo precio á los que no saliesen de la ciudad. Quiso también reformar la magistratura quitando á los nobles el poder de juzgar los asuntos criminales; pero, lo mismo que Tiberio, pereció asesinado en un motín pro- movido por los nobles, junto con tres mil de sus partidarios. (121).

Conviene observar, á propósito de la ley agraria, que hacer partícipe á la clase po- bre de las riquezas cuya mayor parte había

contribuído á adquirir era un buen pensamiento; pero hacer al Estado su ejecutor era un medio malísimo que no podía dar más que resultados injustos: primero porque divide la sociedad en protectores y protegidos, y luego porque los protectores tienden siempre al abuso, mientras que los protegidos, desprovistos de toda iniciativa, pierden la noción de la actividad y buscan su salud fuera de sí mismos, dispuestos siempre á seguir al primer ambicioso que quiera engañarlo con una falsa generosidad.

Después de la muerte de los Gracos la guerra civil continuó en Roma de una manera permanente, disputándose el poder algunos generales ambiciosos que se entregaban á los mayores excesos.

En la continuación interrumpida de tantas guerras acabó Roma por agotar su población, y vióse obligada á recurrir á los mismos vencidos para renovar y conservar sus ejércitos; formándose así soldados profesionales pagados para combatir y que pasaban toda su vida en los campamentos ó en los campos de batalla. Estos hombres,

naturalmente, se habituaron á todas las violencias, sofocando en sí todo sentimiento que no fuera la pasión del botín; no conocían más freno á su voluntad que el general á quien se les había enseñado á obedecer ciegamente. Por lo mismo, cuando un jefe militar quiso apoderarse del poder, tuvo siempre á su disposición un ejército dispuesto á todos los crímenes para apoyar sus pretensiones y triunfar de sus conciudadanos por la fuerza y el terror.

Mario fué el primero que aparece en la serie de generales sediciosos: soldado grosero é ignorante, llegó al mando supremo por la traición contra su bienhechor.

Distinguióse principalmente destruyendo una invasión de pueblos del norte de Europa, los cimbios y los teutones. Con tal motivo se le prodigaron las mayores adulaciones, saludándole con el título de tercer fundador de Roma, y faltó poco para divinizarle.

Trató Mario de ganar el favor popular declarándose favorable á las leyes agrarias, pero distaba mucho de tener el desinterés y la probidad de los Gracos. Si hubiese

sido noble hubiera solicitado el apoyo del Senado; plebeyo como era, buscó la ayuda de los suyos, por lo tanto sus opiniones no eran más que un pretexto para satisfacer su ambición.

La guerra civil, mal extinguida, encendióse nuevamente, causando gran número de víctimas. A los desórdenes interiores se mezclaron las reclamaciones de los aliados italianos, quienes, después de su derrota, suministraron soldados y contribuciones sin obtener en cambio ningún beneficio. Las consecuencias degeneraron en guerra social (91), que terminó en favor de los romanos; pero el Senado creyó prudente conceder á los vencidos el título de ciudadanos romanos que reivindicaban (90).

Pronto tuvo Mario un competidor: Cornelio Sila, uno de sus lugartenientes, patricio principalmente conocido por sus vicios, se atrajo sus soldados por la complacencia con que les permitía saquear y asesinar á los vencidos. Su fama cundió rápidamente en todos los campos y no tardó en obtener una gran fuerza por cuyo motivo suplantó á Mario.

Hallábase Roma á la sazón en guerra contra Mitrídates, rey del Ponto (Asia Menor), quien había sublevado contra los prócsules toda la provincia de Asia y la Grecia.

Sila obtuvo el mando de la expedición; pero Mario compró la complicidad del tribuno Sulpicio, que por entonces dominaba á la asamblea con una banda de seiscientos hombres armados que llamaba él su anti-Senado, hizo proclamar á Mario general en jefe. Negáronse los soldados á obedecerle y cayeron sobre Roma, donde después de una batalla en las calles de la ciudad fué vencido Mario, quien tuvo que refugiarse en África.

Dueño Sila del campo fué á Grecia á combatir con Mitrídates y los atenienses, y esto dió ocasión á sus soldados para saquear completamente el Asia, con lo que adquirió en absoluto la adhesión de sus soldados.

Sila había dejado el gobierno de Roma á dos cónsules que no pudieron entenderse (87). Uno de ellos llamó á Mario, que tomó nuevamente el poder y le retuvo hasta su muerte (86).

A partir de aquel momento, la guerra civil llegó al colmo de crueldad. Los lamitas y los etruscos, unidos á los partidarios de Mario para impedir la vuelta de Silá, fueron completamente anonadados y su país fué repartido á los soldados vencedores.

Después Sila hizo asesinar á todos sus adversarios, llegando á tal extremo que sus mismos amigos le aconsejaron designase las víctimas para «regularizar la matanza,» lo que le decidió á formar y fijar tres listas en las que inscribió los nombres de todos aquellos á quienes temía ó de quien quería vengarse, acogiendo todas las denuncias que recompensaba con la cesión á los delatores de los bienes de los proscritos; bárbara crueldad, infame astucia que causó la muerte de muchas personas que no habían tomado parte alguna en aquellas luchas.

Sila permaneció dueño absoluto en Roma, donde restableció el poder de la aristocracia por una serie de leyes á que dió su nombre (leyes cornelianas), y se hizo dar los honores del triunfo, ceremonia reser-

vada á los generales vencedores y que casi les divinizaba; los nobles se prestaban á la farsa, siguiéndole coronados de flores, formando un conjunto odioso y ridículo. Para su seguridad organizó un ejército especial compuesto de diez mil esclavos manumitidos de los que pertenecieron á los proscritos, y bajo su salvaguardia se entregó sin freno á la corrupción y á la orgía, acabando por morir en un acceso de cólera (79).

A Sila sucedieron Pompeyo y Lúculo: guerras civiles y extranjeras; continuación de las matanzas, incendios y saqueos; pero la historia permanece muda durante ese período respecto de los trabajadores honrados. Claro es que sufrirían la mayor parte de los males engendrados por los motines y por las conquistas, toda vez que el Estado creíase dispensado de hacer más después de las distribuciones de trigo que hacía y que no tardaría en suspender. No pudiendo trazar aquí su vida y sus sufrimientos, pasaremos sin detenernos á detallar los crímenes cometidos por las clases directoras; unos fingiéndose inspirados por el bien público y las reivindicaciones popu-

lares, y otros con el pretexto de conservar un régimen que decían ser el fundamento de la salud del pueblo, cuando no pasaba de privilegio exclusivo para sus mantenedores: conservadores y demagogos no merecen más que desprecio y silencio.

Correspóndenos tratar ahora de las tentativas hechas por los esclavos para alcanzar su emancipación: tres veces trataron de sacudir el terrible yugo que sobre ellos pesaba, y otras tantas fracasaron después de aparentes victorias.

La primera vez, los esclavos del rico Demófilo, en Enna, se sublevaron, matando á su amo y á todos los suyos, excepto á su hija, que siempre había sido su protectora, lo que prueba la gratitud de los esclavos revolucionarios, y constituye una circunstancia rara vez mencionada por los adulares de los privilegiados. Atrajéronse después otros grupos de esclavos fugitivos que arruinaron todo el sud de Italia (135).

La segunda rebelión de los esclavos tuvo lugar en Agrigento y se extendió á toda la Sicilia (103).

La tercera fué la de los gladiadores (73-71),

es decir, la de los esclavos adiestrados para la lucha contra las fieras del circo, con peligro de su vida pero con placer de sus amos; con respecto á la destreza puede hallarse analogía con los modernos toreros.

Los gladiadores acabaron por cansarse de exponer su vida sin otro objeto que divertir á una multitud estúpida. Eran en su mayoría prisioneros de guerra celtas, germanos ó tracios, escogidos por su elevada estatura, buena presencia y genial bravura, y por esta última circunstancia pusieron en la rebelión todo el valor de que eran capaces; lo que no impidió que fueran vencidos, parte por traición, parte por inexperiencia.

Lo que faltaba principalmente á los esclavos era comprender sus verdaderos intereses, ¿pero qué extraño era que careciesen de tan elemental conocimiento, si habían pasado su vida entera reducidos á la condición de bestias de rebaño? Para aquellos infelices, reducidos á una dominación de hierro y de sangre, condenados á los más penosos trabajos, no había más que un ideal: vivir como sus amos en la ociosidad,

la hartura y el lujo; no veían el reverso de la medalla y no sospechaban los males morales y las enfermedades físicas, casi tan difíciles de soportar como la miseria, que hieren á los que no trabajan y sólo buscan los falsos placeres.

Por lo mismo sus rebeliones no tenían más objeto que reemplazar á sus amos para entregarse á los mismos vicios, que les parecían inmensos goces, y vengarse de sus opresores por el fuego y el asesinato. El jefe de la primera sublevación fué un antiguo esclavo sirio que quería pasar por profeta y ambicionaba el título de rey. Espartaco, jefe de los gladiadores, era un ambicioso que aspiraba al mando, y cuantos les seguían ciegamente, no despojados de la superstición y terror que les inspiraban aún sus antiguos amos, de quienes les había separado un momento de pasajera cólera, hallábanse dispuestos á someterse á nuevo yugo tan pesado como el primero.

La condición esencial á un pueblo que quiera conquistar su libertad de una manera definitiva consiste en emancipar su espíritu por la ciencia para organizar luego

una sociedad conforme con la verdadera naturaleza humana, y en seguida organizarse para luchar con unanimidad de esfuerzos, sin desaliento y sin hacer el juego de ningún intrigante.

A pesar de la repugnancia que nos inspira es preciso ocuparnos otra vez de la política y de los gobernantes. Después de haber obtenido una serie de victorias lejanas, Pompeyo volvía á Roma, seguro de entrar como señor, pero encontró en el Senado una oposición inesperada, lo que le inspiró la idea de asociarse á un patricio de talento, llamado César, sobrino de Mario, y á Crespo el más rico de los romanos; pero César abrigaba el propósito de suplantar á sus dos colegas, y trató de adquirir por la guerra un ejército adicto y una popularidad de que aun carecía. Hízose dar el gobierno de estas tres provincias: Iliria, Galia Cisalpina y Provenza (60) y se propuso conquistar toda la Galia transalpina.

Los galos vivían en tribus, algunas de ellas muy poderosas; y poseyendo una instrucción bastante desarrollada, exportaban vinos, quesos, mantas de lana y otros mu-

chos artículos que cultivaban ó fabricaban. Comerciabán principalmente por agua, utilizando el curso de los ríos, que llamaban «camino que marchan,» y algunas tribus del litoral oceánico poseían verdaderas flotas, y sus barcos eran mayores y mejor construídos que los de los romanos.

Estas tribus galas no tenían todas el mismo gobierno: las unas tenían por jefe un rey; las otras eran repúblicas aristocráticas; pero todas se hallaban sometidas al dominio sacerdotal de los druidas, cuidadosos como han hecho siempre y hacen en todas partes los sacerdotes de imposibilitar toda tentativa de parte del pueblo de emanciparse de la tiranía de su poder y del de los nobles; es decir, de aquellos que habiendo usurpado la propiedad de la tierra, la hacen cultivar para sí.

Los galos no se dejaron vencer fácilmente; resistieron mucho tiempo y César se mostró particularmente cruel y odioso con ellos: á sus prisioneros de guerra los hacía degollar ó los vendía como esclavos, y permitía á sus soldados la horrible distracción

de obligarles á luchar unos con otros hasta la muerte.

«César mata, toma y vende,» dijo uno de sus contemporáneos. Se calcula que vendió un millón de cautivos. Sobre la orilla derecha del Rhin, en la Alsacia actual, destruyó por completo la población, y se eleva hasta dos millones el número de sus víctimas, solamente en esta provincia; para repoblar el país debió permitir á los germanos acampados en la ribera opuesta venir á establecerse en Alsacia.

El norte de la Galia, llamado Bélgica cuyo nombre conserva, opuso una tenaz resistencia, desgraciadamente infructuosa, bajo el mando de Ariovisto.

Por último, las tribus galas, en vez de combatir aisladamente, como hasta entonces habían hecho, respondieron todas al llamamiento de los arvernes y formaron una fuerte confederación bajo el mando de Vercingetorix, rey de los arvernes. Combatieron con éxito durante muchos años; pero César acabó por apoderarse completamente de la Galia para reemplazar su civilización por la romana. Se ha dicho que

César fué el bienhechor de este país; falso: un asesino no es jamás el bienhechor de sus víctimas ni de sus descendientes. Además es un gran mal impedir el libre desarrollo de un pueblo, aunque sea para imponerle un género de vida que se crea superior; porque todo lo que venga como resultado de la fuerza adolece de un vicio de origen que nunca se traducirá en buenos resultados.

Vencidas las Galias, César fué á apoderarse de la Bretaña (nombre que á la sazón se daba á Inglaterra). Volvió á Roma y se apoderó del gobierno, haciendo varias reformas que agradaron á los romanos, siendo la más importante la del calendario, que hizo coincidir de una manera más exacta con el año astronómico positivo.

Pero César imponía su superioridad á los cónsules y á los senadores; se unió dos partidarios adictos á sus intereses, Antonio y Lépido, que secundaban sus proyectos orgullosos, se hizo dar públicamente honores de príncipe, y acabó por dar cuerpo á la sospecha de que aspiraba al trono: esto fué la causa de una conspiración en la cual

entró Bruto, su hijo adoptivo, quien le asesinó el mismo día en que sus partidarios querían proclamarle rey.

Aquella muerte no libertó á los romanos. Un joven llamado Octavio, sobrino de César, aceptó el testamento de su tío, y, con la ayuda de Antonio y de Lépido, formó un triunvirato (gobierno de tres hombres). Los triunviros no estaban siempre de acuerdo y fomentaban los motines; después, cuando se reconciliaban, se abandonaban mutuamente, como prenda de buena fe, sus parientes y amigos para hacerlos ejecutar.

Al final quedó Octavio como señor único: su primer cuidado fué desembarazarse por la muerte de todos los que temía. Una vez tranquilo cerró el templo de Jano como signo de paz, exclamando enfáticamente: «¡Basta de ejecuciones!» y los romanos, cansados de guerras civiles, le concedieron, en el año 27, un poder absoluto con el título de emperador y el sobrenombre de Augusto (grande y respetable).

La república quedó para siempre abolida en Roma.

---

### **Reflexiones sobre los primeros tiempos de la historia.**

Llegados á este punto de nuestra relación histórica, parécenos conveniente echar una mirada sobre el conjunto de las épocas que acabamos de atravesar.

En primer lugar hemos visto á los hombres sometidos á la dominación casi absoluta de la naturaleza, luchando penosamente para conservar una vida precaria y sin placeres; sus instintos de ambición son tanto más fuertes cuanto menos medios de satisfacer sus necesidades más imperiosas están á su alcance. Los hombres primitivos eran verdaderas fieras que cedían sin consideración alguna al deseo de apropiarse cuanto les atraía: tal fué el reino de la fuerza bruta en todo su horror. Los más fuertes y los menos inteligentes se apoderaron violentamente primero de los productos naturales de la tierra, luego de la tierra misma

y hasta del hombre, que le sujetaron á trabajar para los que se habían erigido en sus señores.

Vino después el primer despertar de la conciencia humana; los amos no se contentan ya con ser los más fuertes, y tratan de revestir su usurpación y su explotación inhumana de una apariencia de justicia, recurriendo entonces para fin tan inicuo á las religiones y á las legislaciones. A través del velo de error que tienden ante los ojos de sus víctimas, los tiranos dejan adivinar que temen algo, y tratando de justificar sus actos, declaran, sin quererlo y sin saberlo, que usan de un poder abusivo, de una autoridad ilegítima.

Prosiguiendo siempre el progreso moral, aunque con extrema lentitud, su camino, se han presentado á nuestra vista los primeros estados democráticos, imperfectos aún, puesto que dejaban subsistentes la esclavitud y el predominio de la riqueza; pero indudablemente superiores á las primeras monarquías absolutas.

El pensamiento humano se fortifica y ensancha y produce obras maestras de lite-

ratura y arte; el trabajo se perfecciona y da productos verdaderamente notables; pero los hombres no habían sabido observar aún la naturaleza, quedando su espíritu sometido al imperio de la superstición y de los terrores de la ignorancia; sometidos al dominio de la superstición, intentan por medio de ella comprender las causas de la vida.

Ahora vamos á presentar una época en que, bajo el impulso de nuevos pueblos, aparecen amenazadas de desaparición las primeras conquistas de la civilización; pero el progreso general no se detiene á pesar de las apariencias, porque obedece á leyes fisiológicas inmutables que lanzan á los hombres en una vía de la que no pueden retroceder.

FIN

# ÍNDICE

---

	PÁGS.
LA ESCUELA MODERNA. . . . .	1
PREFACIO. . . . .	3
I.—Tiempos prehistóricos.—Época de la piedra cortada y de la piedra pulimentada. . . . .	5
II.—Desventura del hombre primitivo.—Primeras manifestaciones del ingenio humano. . . . .	18
III.—Las primeras guerras.—Principio de la explotación del hombre por el hombre. . . . .	27
IV.—Época histórica.—Edad de hierro.—Egipto primitivo. . . . .	34
V.—Continuación de la historia de Egipto.—Las guerras y las conquistas. . . . .	55
VI.—Los pueblos del Asia Menor y de las cuencas del Tigris y del Eufrates. . . . .	76
VII.—Los griegos: Esparta y Atenas hasta las guerras médicas. . . . .	89
VIII.—Las colonias griegas.—Indios.—Chinos y japoneses. . . . .	120
IX.—Las guerras médicas. . . . .	132
X.—La Grecia después de las guerras médicas hasta la conquista de Felipe de Macedonia. . . . .	146
XI.—Los primeros tiempos de Roma hasta el fin de las guerras púnicas. . . . .	156
XII.—Macedonia.—Felipe.—Alejandro hasta la conquista por los romanos. . . . .	176
XIII.—El helenismo en Roma.—Las provincias romanas . . . . .	189
XIV.—Guerras civiles en Roma al fin de la república. . . . .	204
Reflexiones sobre los primeros tiempos de la historia. . . . .	221

---

---

